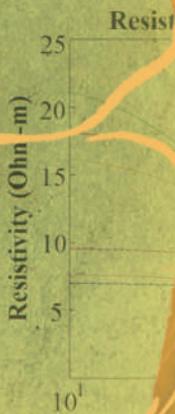
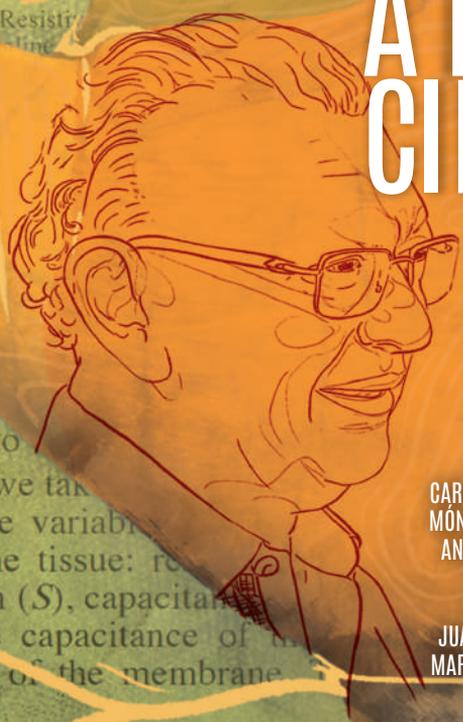


ncy for the prem
ows that the val
ies lower, the 20
e and higher in th
measurements ar
determined by th
e graph shows th
o say, F_c is low
ostmenopausal stag



SENDEROS A LA CIENCIA

CAMINO DE DOS
DESTACABLES
CIENTÍFICOS



CARLOS ANDRÉS URREGO ZULUAGA
MÓNICA ANDREA ARANGO ARANGO
ANDRÉS FELIPE ROLDÁN GARCÍA

CON LA COLABORACIÓN DE:
JUANA VALENTINA BUSTOS VILLALBA
MARIA FERNANDA AGUDELO VALENCIA

$$= \frac{R_0 R_{inf}}{R_0 - R_{inf}} \quad (2)$$

NS
me
ostn
de
D.*, Will
z, M.D.*
Gloria
8407 - Aceptad
e la es-
detec-
erino.
stósica
versal-
e-selec-
Seraron
nt pre-
rograma
Ciencias para
físico: 886
iversidad
mento de
e Calles
cuello
vi
m
(k
ji
ca
R
la
sa
N
m
H
co
9,
va
N
ci
Ta

Senderos a la ciencia

Camino de dos destacables científicos

Carlos Andrés Urrego Zuluaga
Mónica Andrea Arango Arango
Andrés Felipe Roldán García

Con la colaboración de:

Juana Valentina Bustos Villalba
María Fernanda Agudelo Valencia

Prólogo: Pablo Correa



Universidad de Manizales

Duván Emilio Ramírez Ospina

Rector

Yamilhet Andrade Arango

Vicerrectora

César Augusto Sepúlveda Ortiz

Secretario General

Héctor Mauricio Serna Gómez

Dirección de Investigaciones y Posgrados

Senderos a la ciencia: Camino de dos destacables científicos

© Universidad de Manizales

© Fundación Academia de Dibujo Profesional

Primera Edición

Manizales, 2023

ISBN: 978-958-5468-50-4

ISBNpdf: 978-958-5468-51-1

Dirección de Investigaciones Universidad de Manizales

Fondo Editorial, Universidad de Manizales

Diseño y diagramación: Luis Tejada

Ilustraciones: Andrés Felipe Roldán García

Fotos: Cortesía de Sara Victoria Alvarado, Germán Olarte,

Juana Bustos y Maria Fernanda Agudelo.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en ninguna forma por medios electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin la previa autorización por escrito del Centro Editorial Universidad de Manizales, la Fundación Academia de Dibujo Profesional y los autores. Los conceptos expresados en este documento son responsabilidad exclusiva de los autores y no necesariamente comprometen a la Universidad de Manizales ni a la Fundación Academia de Dibujo Profesional.

Carlos Andrés Urrego Zuluaga

Comunicador social y periodista de la Universidad de Manizales. Magíster en Estudios Políticos de la Universidad de Caldas. Docente de la Escuela de Comunicación de la Universidad de Manizales, coordinador de la Unidad de Apropiación Social del Conocimiento de la misma institución y asesor en temas de comunicación científica de la Universidad de Caldas. Ha escrito para La Patria, El Espectador; El Tiempo, Revista Semana, Banco de la República, Pesquisa, entre otros medios sobre temas científicos. Editor de la revista Eureka, director de El Vespertino y director de la revista Página. Premio Nacional de Periodismo Fasecolda en el 2013 y Premio Nacional de Periodismo Orlando Sierra Hernández en el 2019. Investigador Junior según el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación. Integrante de Consejo de Redacción.

Mónica Andrea Arango Arango

Comunicadora social y periodista de la Universidad de Manizales. Magíster en Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira. Gestora de redes sociales con énfasis en ayuda humanitaria; experiencia en medios de comunicación, docencia universitaria y *copywriting*. Becaria Global Mission Fellows de la United Methodist Church (Estados Unidos). Coordinadora de Comunicaciones e Incidencia para América Latina y el Caribe de Church World Service.

Andrés Felipe Roldán García

Diseñador Industrial de la Universidad Nacional de Colombia, especialista en Gestión de la Innovación Tecnológica de la Universidad del Valle, magíster en Ingeniería Industrial de la Universidad del Valle, magíster en Estética y Creación de la Universidad Tecnológica de Pereira y doctor en Diseño y Creación de la Universidad de Caldas. Director del grupo de Investigación EIDON – Investigación en Diseño adscrito a la Fundación Academia de Dibujo Profesional – Cali. Investigador del Grupo de Investigación en Arquitectura, Medios de Representación y Comunicación de la Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales. Actualmente es docente de planta adscrito a la Escuela de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de Colombia en la sede Manizales.

Colaboradores:

Juana Valentina Bustos Villalba

Comunicadora social y periodista de la Universidad de Manizales. Joven investigadora e innovadora del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación. Periodista de la Mesa de apropiación social de la ciencia y el conocimiento de la Universidad de Caldas. Editora web de la revista Eureka, de la Universidad de Manizales.

Maria Fernanda Agudelo Valencia

Comunicadora social y periodista de la Universidad de Manizales. Profesional en comunicación en la Unidad de Comunicaciones de la Universidad Autónoma de Manizales.

*A quien se acerque a estas historias y las
extienda con sus múltiples lecturas.*

*A todos quienes se dedican a responder y
reflexionar sobre los interrogantes de la vida.*

Índice

Prólogo

| | |
|---|---|
| Saber mirar y contar la ciencia | 7 |
|---|---|

Sara Victoria Alvarado Salgado 9

| | |
|--|----|
| i. La casona | 11 |
| ii. Díganle Toya | 17 |
| iii. El convento de Huetamo | 23 |
| iv. La Cuba: un poema | 35 |
| v. Manizales al alcance de lo humano | 45 |
| vi. Un proyecto de paz | 51 |
| vii. Tejiendo cosas | 59 |
| viii. Al filo de la oportunidad | 67 |
| ix. Despedidas | 77 |
| x. Para atravesar el muro: un cuento del tamaño de lo humano | 81 |

Germán Olarte Echeverri 101

| | |
|---|-----|
| i. En el centro de la vida | 103 |
| ii. Preguntando se llega a Roma | 111 |
| iii. Una abuelita en piso de tierra | 119 |
| iv. Enfermedad social. | 127 |
| v. Caminando | 143 |
| vi. Luz en medio de la oscuridad | 149 |
| vii. Cuesta abajo. | 161 |
| viii. Un viaje a Chinchiná. | 171 |
| ix. Lo que nunca cesa | 179 |



Invitamos a que **escanee este código** y conozca más de estas historias de destacables científicos.

PRÓLOGO**Saber mirar y contar la ciencia***Pablo Correa*

En Colombia nos hemos acostumbrado por mucho tiempo a nombrar como héroes a futbolistas, ciclistas o boxeadores; a veces escritores, con frecuencia cantantes y lamentablemente en demasiadas ocasiones un simple ministro o alcalde. Hemos, por falta de interés o por incapacidad para contar sus hazañas, invisibilizado una vez tras otra a los científicos y las científicas.

Los periódicos y las revistas en Colombia, desde su fundación, prometieron contarnos la economía, la política y la cultura. Todos parecen haber olvidado que era la ciencia moderna la que estaba moldeando nuestra vida en este planeta. Una señal clara de nuestro rezago “narrativo”: la revista *Scientific American* se ha publicado desde 1845 siendo la revista de publicación continua más antigua de los Estados Unidos. Nosotros, en 2023, aún no tenemos una publicación nacional dedicada a la divulgación de la ciencia.

Por fortuna en los últimos años estamos siendo testigos en Colombia de un creciente interés por narrar la ciencia. En algunos medios nacionales es posible detectar, aún con los dedos de las manos, periodistas que se van especializando en temas científicos. Por el lado de los museos de ciencia, mientras Maloka intenta renacer, en Medellín Parque Explora ha logrado atraer a sus salas interactivas y programas de divulgación a miles de ciudadanos para hipnotizarlos con relatos científicos.

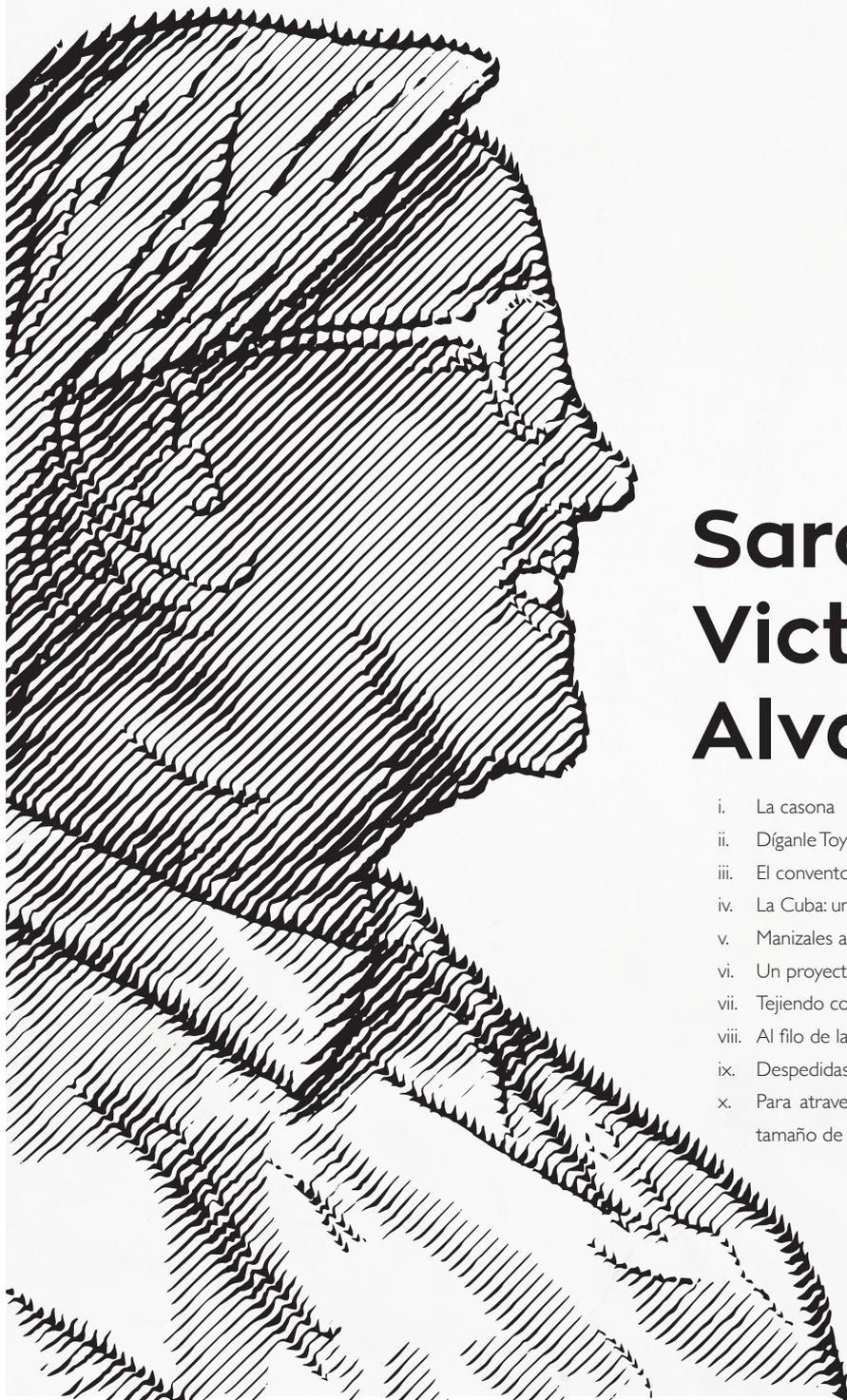
En las universidades también se ha despertado esta conciencia. Además del esfuerzo continuo de la Universidad Nacional con su Agencia de Noticias, apareció en la Universidad del Norte la revista *Intellecta*, en la U. Javeriana la revista *Pesquisa*, en Eafit la Revista Universidad Eafit y en la U. de Manizales nació *Eureka*. Todas con un enfoque de periodismo científico. Varios

grupos de amantes de la ciencia se han sumado a este renacimiento de la divulgación con proyectos colectivos como Ciencia Pa' Sumercé en manos de un grupo de biólogos o El Desparche que aglutina a periodistas de ciencia con diferentes trayectorias. Aquí y allá la lista se va extendiendo.

Este libro es hijo de esta renovada pasión y necesidad por narrar la ciencia en Colombia. Como un llanero solitario en medio de las montañas de Manizales, hace casi una década, Carlos decidió que su ciudad y su región tenían mucha ciencia por contar. Primero, desde el centro Bios se esforzó por hacer visibles a los científicos que comenzaban a reunirse en torno a ese supercomputador. Luego, desde la Universidad de Manizales, contagió a sus alumnos y compañeros, quienes hacen parte de este grupo de escritores, la curiosidad por lo que ocurre tras las ventanas de los laboratorios o en las salidas de campo de los científicos locales.

En un esfuerzo narrativo más exigente, este equipo apostó esta vez por escudriñar a fondo la vida de dos héroes científicos regionales: el médico y ginecólogo Germán Olarte Echeverri y la investigadora social Sara Victoria Alvarado Salgado. El perfil no es un género fácil pues requiere paciencia, tiempo, mucha investigación y una gran sensibilidad humana. Requiere saber mostrar sin decir. Leila Guerriero, la escritora y periodista argentina, dijo en alguna ocasión que "el arte de hacer un perfil consiste en saber mirar". Este libro, estos dos perfiles, demuestran que quienes llevaron a cabo la tarea de construir estos relatos saben mirar la ciencia y saben mirar a los científicos.

Pero hay algo más. Estos dos perfiles, este libro, de forma tácita esconden un mensaje político: hay que destruir la idea de centro y periferia también en la ciencia. Nos deslumbramos con facilidad por las noticias que llegan de afuera, de los grandes laboratorios, de las universidades extranjeras, e ignoramos por completo lo que ocurre en las nuestras. Al narrar la vida de Sara Victoria Alvarado y la de Germán Olarte, nos están diciendo que la ciencia florece en todos los rincones del planeta donde existan mentes curiosas y perseverantes.



Sara Victoria Alvarado

- i. La casona
- ii. Díganle Toya
- iii. El convento de Huetamo
- iv. La Cuba: un poema
- v. Manizales al alcance de lo humano
- vi. Un proyecto de paz
- vii. Tejiendo cosas
- viii. Al filo de la oportunidad
- ix. Despedidas
- x. Para atravesar el muro: un cuento del tamaño de lo humano



10 DE AGOSTO DE 1973
BOGOTÁ, COLOMBIA

I.

La Casona

Como los caracoles con su particular táctica de llevar la casa encima, así mismo hicieron los habitantes de un caserón republicano en la capital colombiana, por allá en los años 70. Ante una inminente expulsión, decidieron dismantelar el interior de la estructura y dejar apenas la fachada. Muebles, palos, baldosas, todo lo que sirviera entró en el inventario del trasteo. El desalojo dejó un esqueleto de ecos, una memoria de resistencia. Ese es parte del argumento de una película colombiana¹ inspirada en un hecho que está presente en la vida de Sara Victoria Alvarado Salgado, suceso que destaca como uno de los detonantes en sus búsquedas académicas y políticas.

10 de agosto de 1973. Bogotá, Colombia. El frío apaga el fuego de nuevo. Un grupo de más de 20 voluntarios recoge un poste de madera caído y continúa, entre la neblina, sobre la avenida Los Cerros, el corazón de una protesta que no da tregua en el oriente de la capital. Ya se completan tres días de ocupación en el barrio La Perseverancia. Logran avanzar unas cuatro cuadras, pero antes de que los jóvenes lleguen con la leña para encender el fogón y cocinar, la policía los detiene. La multitud se dispersa.

“Nadie nos sacará de los cerros”, gritan quienes llevan casi 50 años viviendo allí. “Nadie nos sacará de los cerros”, gritan los estudiantes que se unieron a la huelga. “Nadie nos sacará de los cerros”, exigen una indemnización justa y una vivienda digna.

¹ 'La estrategia del caracol', dirigida por el colombiano Sergio Cabrera. La película se estrenó en 1993. Ganó premios nacionales e internacionales en categorías de mejor película, guion, director, música y escenografía, entre otros.

En el Archivo Digital del Instituto de Estudios Urbanos de Colombia hay una fotografía en sepia reseñada con esa fecha. En primer plano, dos hombres y una mujer dan la espalda y observan a un grupo de personas saliendo de un marco de ladrillo y tablas con una puerta entreabierta en la que se alcanza a leer un letrero que dice *La Casona*. Ese es uno de los pocos registros que se tiene del anunciado desalojo, reprogramado en tres ocasiones por la imposibilidad de un acuerdo.

La comunidad se unió para frenar la expulsión de 55 familias (unas 300 personas). Por allí pasaría un fragmento de la avenida Los Cerros (o avenida Oriental), obra de infraestructura con una polémica planeación y una abrupta ejecución en los años siguientes. Los moradores se rehusaban a abandonar sus hogares para dar paso al desarrollo vial propuesto por la administración municipal, pero ese plan estuvo marcado por los desalojos arbitrarios.

La propuesta de un proyecto urbano con innumerables avances sonaba bien. El plan: nueve subprogramas² con financiación de la Alcaldía de Bogotá y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Por dónde comenzar: por el programa que requería más inversión; esa era la avenida Oriental, estimada en 30.150 millones de pesos³. Sería la solución para descongestionar la famosa y transitada carrera Séptima. ¿Qué pasó? No se concertaron los términos para adquirir el dinero, hubo disputas políticas entre conservadores y liberales, crecieron las dudas frente al real interés del proyecto⁴ y la comunidad se organizó en comités para rechazar el aparente avance que tendrían en la deprimida zona oriental de Bogotá.

² El proyecto urbano PIDUZOB contemplaba nueve subprogramas en el siguiente orden: 1. Pavimentación. 2. Salud. 3. Centros comunales. 4. Habitacional. 5. Alcantarillado. 6. Energía. 7. Educación. 8. Avenida Oriental. 9. Institucional. El de más costos era la avenida Oriental (30.150 millones de pesos), y el más económico, el de pavimentación (4.150 millones de pesos).

³ Aunque para la fecha de su finalización, ese valor solo representaba el 35% del costo total.

⁴ PIDUZOB fue propuesto en el periodo del presidente Misael Pastrana Borrero (conservador; 1970-1974) y se finalizó en el gobierno de Alfonso López Michelsen (liberal, 1974-1978).

Sara está entre las 14 personas que van a parar a la cárcel. Ella es una estudiante de Psicología de la Pontificia Universidad Javeriana, que hace rato se cansó del conductismo tradicional y que en los últimos meses ha estado compartiendo más con los compañeros de la Universidad Nacional, militando con la izquierda y su postura social. Durante su encierro, le toca compartir celda con Irene Villamizar, una monja. Lo que conversa con ella cambiará su vida para siempre.

Para ese momento, Irene tiene unos 33 años, es de contextura gruesa, tiene cabello corto y crespo, de color negro. Usa saco y jean. No tiene maquillaje. No hay prisa. Está calmada. Todo lo contrario a Sara, ansiosa y angustiada pensando en un interrogatorio e incluso en una tortura, como sucede con frecuencia. A sus 23 años, con su cabello largo y castaño, ella es una mezcla de *hippie* e hindú con colores tierra en su falda, blusa y suecos. Las dos mujeres coinciden en un estilo desvencijado, de apariencia sencilla.

La joven comienza a hablar con Irene y descubre que ella conoce a todas las familias que están a punto de ser desalojadas, a diferencia suya, que solo recuerda estar abajo en la calle brincando y cantando canciones revolucionarias, jugándose la vida por un pueblo sin rostro. Esa es una ruptura radical con su forma de vida, con su dinámica de estar en la lucha sin conocer al de al lado. Irene recuerda nombres, personas, las tiene presentes. ¿Quién es el pueblo, entonces? Se pregunta Sara. ¿Yo por quién estoy aquí?

Ella está en la mitad de su carrera, ya se fue de su casa y vive en el municipio de La Calera (Cundinamarca) con su compañero; eso ya es bastante revolucionario para la época. Colombia está en pleno proceso latinoamericano de educación popular. Ese año se da el desalojo de La Casona. El mismo año en el que se crea oficialmente el Parque Nacional Natural Los Nevados, se termina la construcción del Museo de Arte de la Universidad Nacional de Colombia, Perú gana el Campeonato Sudamericano de

Voleibol Femenino y el boyacense Rafael Antonio Niño se corona campeón (por segunda vez) de la Vuelta a Colombia.

“¡Quiubo compañero! ¡Qué más compañera!”. Por seguridad, nadie se llama por su nombre. Por eso, de estos días con el parche de la Nacho, de la Juco (Juventud Comunista Colombiana)⁵ y otros que se suman a las protestas o encuentros, Toya, así la llamaban, solo recordará uno que otro apodo, como el del Sardino, estudiante de la Javeriana. El movimiento de la avenida Los Cerros es grande, y el de La Casona se convirtió en un emblema de resistencia, de apoyo a los barrios populares. La causa: vivienda digna, justicia. El llamado: “Parceros, a defender todo eso allá”.

Miedo y oscuridad son las dos únicas palabras que se le vienen a la mente cuando trata de recordar ese momento de encierro. No está segura de si es un recuerdo físico o emocional, o los dos. Calcula que fueron cuatro días, pero esa percepción es relativa. No hay mucho que pueda agregar: “Yo no creo que eso fuera muy largo, porque uno psicológicamente se quiebra, pero yo no sabría decir hoy cuántos días fueron (...). No recuerdo nada distinto a cuando nos cogen a todos. Luego, solo recuerdo a Irene porque nos encerraron en el mismo roto. Nos interrogaban, nos asustaban. Yo no me acuerdo qué me preguntaban, sólo sé que eran cosas muy amenazantes. Yo sólo sentía miedo, mucho terror”.

Entre el frío, el estrés y la falta de luz en la prisión, Sara no logra calcular cuántos días ha estado en esa celda, pero sabe que Irene salió libre antes que ella porque recuerda una noche de terror sola. De otra cosa tiene certeza: los detuvieron una tarde y pasaron más de una noche allí, tal vez cuatro. Para ese momento, la joven no se habla con su familia, apenas con su hermano Alfredo, de quien recibe unas “cositas” de mercado que él le

⁵ La Juco fue un grupo de carácter marxista fundado en 1932 como la JCC. Así funcionó un par de años -casi en la clandestinidad- y se disolvió más tarde por persecuciones políticas. En 1951 se reorganizó nuevamente y desde 1959 sus siglas cambiaron a Juco.

lleva de la casa. Últimamente, su sustento se está basando en hacer trabajos para sus compañeros de clase. Juan Manuel, su compañero sentimental, va por ella. De sus demás camaradas no supo nada, solo que llegaron juntos en un camión y los separaron en la cárcel. A todos los liberaron en momentos diferentes. Nunca los volvió a ver: "Trato de recordar rostros pero mira, es como si me los hubieran borrado", dice.

Dos vidas paralelas, eso es lo que está viviendo en ese instante. Por un lado, está la estudiante de psicología que piensa seriamente en el cambio de rumbos que debe tomar su campo de estudio, pues siente que la mirada conductista termina casi amaestrando el comportamiento de los seres humanos. Por el otro, está la militante de izquierda y miembro de la JUCO con otras preocupaciones que van más allá de ser una profesional. Hay más quiebres y cuestionamientos. Toya, como todos la conocen, no está feliz con su aprendizaje, quiere, debe hacer otras búsquedas.

Cuando sale de la celda decide hacer una transformación radical en su vida: ser monja. "Yo me voy, me voy y me quiero ir al convento, donde están esas personas que conocí, descubriré un rostro que quiero explorar".



Al escanear este código puede ver a Sara Victoria contar cómo fue que llegó a la cárcel



Al escanear este código puede conocer más de la historia de Sara Victoria Alvarado



II.

Díganle Toya

La describen como un ser humano del cuidado. De niña, robaba pañales y leche a su mamá (quien cuidaba de sus hermanos menores en casa), y luego, secretamente (al menos, eso creía) se los llevaba a la bebé que su tía Raquel (Rachis) adoptó. La madre de la menor había fallecido. “A mí, la bebé me producía algo como que necesitaba protección. Yo siento que es algo que me ha acompañado muchísimo en la vida. Mis hermanos me perciben como eso: la persona que los cuida, que los quiere y protege”.

En su casa nadie utiliza un nombre completo. Toya es mamá de Angie y Cami, esposa de Ospí, hija de Alfred y Martucha, hermana de Tata, Falbis, Lucho, Roco y Pochis⁶. Nació el 16 de agosto de 1955 en Bogotá, Colombia. Fue la segunda en llegar a la familia Alvarado Salgado. “De todos, me robé una cosa bonita que me permite relacionarme con otros”, sonrío y recuerda las picardías que hacía con sus hermanos, la complicidad de su madre y el mal genio de su padre. “Somos, desde niños, muy unidos. Mi papá era una persona muy brava y muy autoritaria. Mi mamá es una persona súper linda que nos ayudaba y alcahuetaba todo lo que no podíamos hacer frente a mi papá. Éramos todos muy pícaros. Cuando nos reunimos, pensamos: “¿Cómo hizo mi mamá para no aburrirse con nosotros? Éramos necios. Mucho, mucho”.

Ella era la más indisciplinada. Eso contrastaba con sus calificaciones de buena estudiante. Por eso, los profesores no sabían qué hacer con ella

⁶ En el mismo orden: Angélica y María Camila Ospina, Héctor Fabio Ospina, Alfredo Alvarado y Marta Salgado. Hermanos: Martha, Alfredo, Luis Eduardo, Roberto y Adriana Alvarado Salgado.

y sus bromas, “bobadas, no maldades”, asegura. Por ejemplo, se le hacía muy divertido recoger hojas de un árbol que había en el colegio (era una especie conocida como *trompeta de ángel* o *borrachero*, característico por expeler un olor sumamente fuerte), tirarlas en el suelo del salón de clases y pisarlas para que los niños gritaran: “¡Huele feo, huele feo!” y así, presionar al profesor para que los dejara salir. El problema era que cuando él preguntaba quién había sido, ella alzaba la mano. “Sacaban a todos mis compañeros al jardín y a mí me dejaban dentro del salón con el olor del *borrachero*”, cuenta Toya y luego suelta una risa.

De su amor por la clase de matemáticas, le quedó la habilidad de hacer cuentas y llevar las finanzas en casa, organizar presupuestos e inventar fórmulas para todo. De la clase de geografía, recuerda al profesor Quintero y las veces que le escondió los zapatos en el basurero, solo para ver su cara de desconcierto cuando iba a buscarlos debajo del escritorio, donde los dejaba mientras hacía algún dictado. Y de la música, inmediatamente piensa en la guitarra. ‘El Mono’, un novio que tenía su hermana Tata, tocaba este instrumento. Mientras que el novio de Toya durante su adolescencia, Fernando Cancino, montaba en bicicleta. “Pero a mí no me gustaba montar en bicicleta y a Tata sí; a Tata no le gustaba tocar guitarra y a mí sí, entonces nos intercambiamos los novios. Éramos locos, no había uno que fuera cuerdo”.



Al escanear este código puede ver a Sara Victoria contar la historia del *borrachero* y algunas de sus travesuras de niña

Toya destaca la solidaridad de sus hermanos. Ella es la única que no vive en Bogotá. Quienes la conocen, coinciden en que siempre se preocupa por los demás y no ahorra esfuerzos cuando alguien la necesita. De hecho, ella también se identifica así: “Yo creo que soy un ser humano del cuidado”. Ese pensamiento lo complementa su hija Cami: “Ella es una persona entregada al cuidado, quisiera que todo esté bien y tiene un alma muy solidaria. Tiene un corazón en el que le cabe toda la gente... ella cuida de nosotros y de los demás”.



Al escanear este código puede ver a Sara Victoria hablar acerca de su relación con la guitarra

Fue la fiel guardiana del pequeño Roberto (Roco), uno de sus hermanos, quien sufría de asma desde el nacimiento. Con apenas 10 años, Toya se pasaba las noches en vela, sentada en la cama, acariciando tiernamente a su hermanito, pues había detectado que si él dormía sentado, tenía menos posibilidades de que se ahogara. “En ese tiempo, esos tratamientos para el asma eran malísimos, los niños se ahogaban en la casa y tenían que correr con ellos para la clínica. Las cámaras de oxígeno eran unas cosas muy fuertes”, cuenta.

Fue una militante de izquierda que dejó su casa a los 18, y ese mismo año, en medio de una huelga, decidió que quería ser monja. Se quedó en Colombia hasta terminar su carrera y luego salió del país. Fue la primera de su promoción en graduarse de psicología. Pasó los siguientes cuatro años en un convento en México, pero por sus ideas revolucionarias y el coraje de alzar la mano para participar en seminarios donde sólo podían hablar los superiores, casi la envían de vuelta a Colombia deportada. Sentía que era una obligación hablar de las opciones de los pobres e intentar

1965

construir condiciones de mayor dignidad y justicia para ellos. Eso era vivir a Dios, verlo reflejado en los otros. A pesar de las críticas o miradas de desaprobación durante su época en el convento, ella insistía en formar niños, jóvenes, campesinos e indígenas. La actuación política, social y espiritual debía ir ligada. "Una acción que tocara la realidad de la vida, una construcción de mundo en la que cupiéramos todos".

A sus 23 años, la joven estaba casada con su compañero Ospi (Héctor Fabio), el cómplice en su misión de hacer que todo eso que estaban consumiendo de teóricos, líderes sociales, cantautores y hasta poetas, no se quedara en el limbo, y que al contrario, se validara en la realidad de su país. En 1978, cuando Toya tenía 29 años, nació Cami, Angie cumplió cuatro años y la orgullosa mamá terminó la Maestría en Ciencias del Comportamiento, en la Fundación Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano (Cinde). Un año más tarde, ya estaba abriendo la primera cohorte de ese mismo posgrado en Manizales, ahora como directora. El plan era mudarse a esa ciudad con su familia durante los siguientes dos años. Ya lleva 35 en la capital caldense.

1978

1984

1985

Su primera actividad, después de levantarse a las 6:00 de la mañana, es caminar. Luego, prepara el desayuno con su esposo, Héctor Fabio Ospina y se arregla para salir (de afán) hacia el trabajo. Ella no necesita maquillaje ni muchos colores en su rostro; un poco de labial y polvo están bien. Le gusta la simplicidad. Los detalles los añade con accesorios: aretes, collar y reloj. Se pone las gafas, dos marcos rectangulares color café que le ayudan a enfocar todo. A veces tiene las uñas pintadas, aunque no es una prioridad. Su cabello es rubio, lacio y corto; no alcanza a tocar los hombros.

A Toya le gusta cantar y programar veladas musicales, comer asados y también prepararlos para sus amigos. No acepta la mentira ni la hipocresía, eso la descompone y la saca de su habitual buen humor. Le molestan las injusticias. Ama estar rodeada de gente pero también su soledad en la finca, nadar, contemplar las pequeñas cosas y aprovechar esos espacios

de reencuentro. Después se siente más creativa. Entonces, reflexiona y “rebobina” cosas.

Trabajadora, sensible, un poco loca y soñadora, así es ella. Leyó a Benedetti y cantó a Mercedes Sosa; oyó los poemas que su compañero le declamó, plantó ideas en una montaña y se convenció de que si el conocimiento no podía hacer algo por el mundo, no valía la pena. No le veía sentido a una teoría social interesada, producida por y para sectores privilegiados.

Ante la violencia, fastidio. Ante el llanto de un niño, dolor. Y si alguien le grita a ese niño, indignación.

Las infancias, la juventud y la escuela. Las acciones políticas, las construcciones sociales, el conflicto armado, las deconstrucciones de violencias simbólicas, las perspectivas de género y las historias de vida de mujeres. El juego, las representaciones de lo público y la construcción de paz. Los imaginarios de los niños en torno a la violencia. Las políticas de bienestar y desarrollo humano. Las estrategias de desarrollo social. La democracia y la investigación. La población infantil. Todos estos son los temas que se trazaron a lo largo de sus rutas de viajes e intercambio de experiencias con poblaciones en situación de vulnerabilidad social.

Hoy, Toya es investigadora *emérita* de Minciencias⁷, doctora en Educación con una estancia posdoctoral de Investigación en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud. Ha dirigido tres maestrías y un doctorado, entre otros cargos, ha coordinado programas universitarios, ha participado en consultorías del Gobierno, en ponencias y conferencias, y en la creación, dirección y consolidación de redes nacionales e internacionales. De Antioquia a Santander, del Eje Cafetero a Cundinamarca, o de Colombia a Nicaragua, México, Estados Unidos, Brasil, Argentina y Chile. La lista comienza a expandirse con los temas en los que ha trabajado y dan cuenta de más

⁷ Ministerio de Ciencia Tecnología e Innovación.

de 39 proyectos de investigación, 42 libros publicados y 134 (datos actualizados hasta el año 2020, cuando se terminaron las entrevistas con Sara Victoria Alvarado) colaboraciones en capítulos de libros, además de apoyo en diferentes prólogos.

Ella es perfeccionista y le gusta que cuando habla en público, da clases o conferencias, todas sus presentaciones sean impecables; si no lo logra, se frustra. Algunos podrían llamarla obstinada y terca, persiste hasta el cansancio con sus ideas hasta que las ve materializadas; así le pasó en más de una ocasión, cuando comenzó a construir y aportar en las redes de trabajo investigativo que hoy son el eje vertebral de un centro de estudios reconocido internacionalmente.

2019

En el 2019 la investigadora fue elegida, junto con 46 personas más (16 mujeres) para integrar la Misión Internacional de Sabios, coordinada por la Vicepresidencia de la República de Colombia con apoyo del Ministerio de Educación, Colciencias y 10 universidades que ejercían la Secretaría Técnica General. Desde que recibió esta invitación, ella reflexionó sobre cuál sería su rol allí: la defensa de las ciencias sociales y el humanismo.



Al escanear este código, puede ver el espacio interactivo con audios y videos de Toya

III.

El convento de Huetamo

Ayudó en cirugías y recibió bebés en partos. Soportó la infernal temperatura de un pueblo al que llegó castigada. Trató picaduras de alacranes, conoció otra cultura con el Día de Muertos y comió tortillas con frijol refrito. La novicia rebelde. Así podría llamarse este capítulo en su vida. Por lo menos, así la vieron en el Convento de las Auxiliadoras del Purgatorio, comunidad Francesa con casa en México y Colombia. Toya, una mujer alegre, espontánea y llena de ideas, quería hacer algo que no estaba bien visto: opinar; y menos si quienes tenían la palabra eran los sacerdotes. “Estuve cuatro años en el convento, hasta que me echaron”.

La idea de un Dios vivo, bacano, humilde y comprometido con los más pobres, la convenció del camino que eligió poco tiempo antes de graduarse como psicóloga. Ese, quizá, fue uno de los acontecimientos que más la marcaron aquel día de la toma de La Casona, en la capital colombiana. Toya estaba cautivada con la paz y serenidad que le transmitía la monja Irene, compañera de celda. “Yo empiezo a sentir la diferencia radical, ella es una mujer humilde, que entiende que la vida no le pertenece y eso significa la presencia de Dios”.



Al escanear este código puede escuchar a Sara Victoria hablar sobre su apoyo a las cirugías en el hospital

“¿Pero mi rollo qué es?”, pensó en silencio. “Es de acá”, se respondió, al tiempo que se tocaba la cabeza. “No es de acá”, y luego se tocó el pecho. Hoy en día, cuenta que “rapidísimo y muy fácil” entendió que eso era lo que quería.

Una secretaria: antes de viajar, Toya se quedó unos meses en Colombia con la comunidad jesuita, mientras se graduaba de la universidad. Le encargaron hacer las actas de las reuniones. Una de las primeras a las que asistió fue en el encuentro de teólogos que organizó el Curso Latinoamericano de Curas y Monjas en Planeación Pastoral, realizado en la Casa de la Juventud de los Jesuitas, en Bogotá. La tarea fue fácil; de hecho, la joven terminó con dos versiones de la reunión: la oficial, que consignó en el acta; y la suya, con pensamientos y reflexiones sobre lo que esas personas habían dicho.

“¿Qué son esas notas?”, preguntó un día José Luis Romero, coordinador académico de la institución. “¿Puedo leerlas?”, añadió. Fue tal el asombro después de ver los escritos (no oficiales) de Toya, que Romero los expuso ante el comité académico. “¿Qué estamos haciendo con Toya de secretaria? ¡Estamos locos! Ella tiene que formar parte del seminario”, afirmó aquel día.

Sin embargo, la madre superiora Inés (Guadalupe González), no lo aceptó. “Si Toya no puede cumplir con la función que ustedes requieren de ser secretaria, mandamos a otra”, dijo. Al final, resolvieron dejarla con las dos tareas. “Éramos 32 personas de América Latina reflexionando sobre *los otros*. Eso fue una cosa maravillosa y allí armé unos nexos que hasta hoy existen, de una profundidad impresionante”, dice Toya y enseguida nombra a Federico Soneira, un sacerdote con quien estableció una amistad que siguió presente en su familia. De hecho, fue él quien casó a su hija Cami. Hoy, Soneira está radicado en Uruguay.

México. Tan heterogéneo y tan híbrido. Tan viejo, tan nuevo y tan extenso. Tan local y tan global. El ancestro, el dólar y el universo. El color y la poesía, el olor a superpoblación y el ruido del progreso. Toya llegaba a un particular encuentro con la revolución (su revolución) en el Convento de las Auxiliadoras del Purgatorio, y animada con la misión de trabajar con las comunidades.

En el continente tomaba fuerza la Teología de la Liberación⁸, una propuesta socialista de adoptar las prácticas de la vida de Jesús: compartir con los oprimidos, defender la justicia y el amor. Esa reflexión de la realidad concreta ya no se preguntaba, según Francois Houtart (uno de los precursores de la corriente) si Dios existía, sino dónde estaba, y la respuesta era: en la lucha por la liberación de los pueblos.

Obreros, campesinos, laicos, estudiantes, organizaciones de mujeres, líderes sociales, se sumaron a esa praxis cristiana que rechazaba el capitalismo como sistema y optaba por una línea marxista para entender las causas de los pobres. “A mí eso fue lo que me cautivó y me permitió hacer un tránsito muy interesante de la vida política aguerrida, a una vida que seguía luchando por los mismos ideales, pero desde otra perspectiva”, dice Toya.

Con esa idea en mente llegó a México. Los primeros días, asistió a una asamblea con las monjas. En el convento, ellas tenían la opción de decidir si usaban los hábitos o no. En medio de la conversación, Toya, espontánea y desprevenida, pidió la palabra. Otra vez. Y otra vez. De repente, comenzó a sentir que la miraban raro, pero ella siguió con su don de fluir. Cuando terminó la reunión, una monja se le acercó:

⁸ De vertientes católicas y protestantes. Comenzó a definirse en Latinoamérica entre las décadas del 60 y 70. Fueron determinantes el Concilio Vaticano II y la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, realizado en 1968 en Medellín (Antioquia, Colombia).

- Tú tienes que desarrollar la humildad -le dijo
- ¿En qué no fui humilde? -preguntó la joven
- Una novicia no habla en una asamblea -respondió

El asombro fue mayor cuando recibió un castigo “por ser rebelde y orgullosa”.

En la Enciclopedia de los Municipios y Delegaciones de México⁹, exactamente en la sección del estado de Michoacán, hay una breve pero interesante descripción de uno de sus municipios: Huetamo. Resulta que esta palabra es de origen Chichimeca¹⁰ y quiere decir “cuatro jefes”. Más adelante, explica que en su escudo está dibujado el sol sobre el Cerro de Dolores (principal monumento natural) para representar “la renovación diaria de la gente, en su deseo de ser cada día mejor”.

Allá llegó Toya. Rodeada de carencias y un calor estepario que registraba tiempos frescos cuando la temperatura bajaba a 33 grados centígrados, la monja asumió sus tareas cotidianas, su nueva rutina. A pesar de todo, la vida en el convento, especialmente, en Huetamo, “era maravillosa”. Vivían en una casa grande con un jardín central; y alrededor, las habitaciones (en cada una dormían hasta cuatro jóvenes), el comedor, el estudio y el oratorio.

Cada día, muy temprano, todas madrugaban a arreglarse y luego a orar: “Era una oración en la que me encantaba estar porque Sunchi -se llamaba Asunción, era una mujer hermosa- y yo, cogíamos las guitarras y

⁹ Enciclopedia de los Municipios y Delegaciones de México. Consultado en: <http://www.inafed.gob.mx/work/enciclopedia/EMM16michoacan/municipios/16038a.html>

¹⁰ Lengua amerindia que hablaban algunos de los pueblos indígenas de México, agrupados en un grupo con el mismo nombre Chichimeca. Según la Real Academia Española, esta palabra viene del náhuatl chichimecatl, y se refiere, entre otros, a “una persona: Indígena que habitaba al poniente y norte de México”.

cantábamos”, narra Toya, y añade que se trataba de oraciones lindas y vivenciales. Cada una compartía sus reflexiones sobre la vida, el trabajo, sus comprensiones de Dios y su lectura del evangelio.

El desayuno también era una experiencia colectiva. Mientras una hacía el café, otra picaba la fruta y otra se encargaba de las tortillas. Y así se daba todo hasta que salían a trabajar. Se repartían por turnos durante la semana. Unos días, en el hospital (eso le encantaba a Toya); otros, en las veredas (también conocidas como ranchos); otros, en actividades parroquiales (lo que más la aburría, pero igual lo hacía); otros, dando catequesis a los niños o pastoral a las parejas que planeaban casarse.

Lo que más le gustaba a la recién llegada era ir a los ranchos y trabajar con los niños y mujeres. En ese espacio, ella aplicó una variada cantidad de técnicas que había aprendido con el trabajo social y político. Tal vez, eso fue lo que incomodó a las monjas, verla trabajando en otras instancias (más críticas) con la comunidad; como por ejemplo, con procesos de análisis de la realidad, para que esa población que visitaba una o dos veces a la semana, entendiera cuál era su situación y estableciera cartografías de sus vidas. Las charlas sobre la familia, el sentido de convivir en pareja y lidiar (en muchas ocasiones) con el machismo, se tornaron habituales. Que los niños tuvieran la palabra y hacer mucho más relevante su presencia, fue el mayor interés de la joven monja.



Así recuerda Toya a Sunchi



Al escanear este código puede escuchar a Sara Victoria contar las razones por las que disfrutaba tanto ir a los ranchos

Otro escenario recurrente fue el Hospital del Pueblo, un proyecto auspiciado por la Red Solidaria Cáritas para que quienes quisieran ser médicos y enfermeros, se formaran y luego volvieran a ejercer la profesión en su región. Un día, en una de tantas veredas que visitaba, hubo un temblor intenso. En esa zona eran comunes las picaduras de alacranes, por eso en el hospital se conocían muy bien los síntomas. El principal de ellos era la sensación de ahogo y dificultad para respirar, como si una pelusa estorbara en la garganta. Normalmente, los afectados recibían una, dos y hasta tres dosis del antídoto; mientras este hacía efecto, ellos quedaban al cuidado de las enfermeras (y monjas) para monitorear las altas fiebres que la picadura les causaba.

Las casas eran rudimentarias, y por causa del temblor, los alacranes comenzaron a salir de las grietas, cada vez más y más. “Yo recuerdo que tenía unos sueros, pero poquitos. Yo decía: ¿Qué hago?, entonces se me ocurrió -no sabía si estaba bien o mal- no darle toda la dosis a una persona sino dividirla entre dos o tres”, recuerda. Tampoco había transporte público, solo unas camionetas de dos puestos con una bandeja atrás para llevar al-

gunos pasajeros. Pasaban dos veces al día. No había cómo llevar los enfermos más graves al pueblo. Finalmente, se formó una cadena de solidaridad, lograron avisar, mandaron ayuda y transporte.

En otra ocasión, la inexperta ayudante tuvo que atender un parto. A urgencias llegó una señora gravemente herida, y el doctor que estaba listo en la sala de partos para recibir al bebé, salió a atender la emergencia. "Entonces el doctor me dijo: 'tienes que terminar el parto'. Yo casi me muero, pero entendí que si no lo hacía, el bebé y la mamá podían morir, y eso era más importante que el miedo que sentía. Fue uno de los desafíos más enormes de la vida", cuenta. Le fue tan bien, que la siguieron llamando como asistente. Fueron 10, 15, quizá 20 nacimientos en los que estuvo presente.

Prueba de fuego: al pueblo llegó una epidemia. Agua y alimentos contaminados. Esa es la principal fuente de propagación de la fiebre tifoidea, causada por la bacteria *Salmonella typhi*. Altas temperaturas corporales, diarrea o estreñimiento, fatiga y dolor abdominal son algunos de los síntomas más comunes, y según la Organización Mundial de la Salud (OMS)¹¹,



Al escanear este código puede escuchar a Sara Victoria contar su vivencia con los alacranes y la comunidad

¹¹ "En diciembre de 2017 la OMS calificó la primera vacuna conjugada contra la fiebre tifoidea": <https://www.who.int/features/qa/typhoid-fever/es/>



Al escanear este código puede escuchar a Sara Victoria revivir este momento

un estimado de 11 a 20 millones de personas contraen la enfermedad cada año. De ese grupo, mueren entre 128 y 161 mil. El mayor riesgo lo corren las comunidades en situación de vulnerabilidad social.

Ahí estaba Toya, con una emergencia a su alrededor; intentando apagar un incendio de dolencias y pobreza. En los pasillos, acostados en colchonetas, en salas de espera, por todas partes, el hospital se llenó de enfermos, incluyendo a varios médicos y monjas; hasta a la madre superiora. “Ella estaba con fiebre, pálida, sudando. Se amarraba el suero a un palo y ese palo, lo ataba en su brazo. Así ayudaba a inyectar a la gente”, narra Toya. Añade que por suerte, ella no se enfermó.

Pasaron varios días inyectando cloranfenicol. El problema con este medicamento era que tendía a esclerosar (endurecer) las venas. La parte del cuerpo donde se inyectaba, solo servía una vez. Además, el proceso tardaba más de 10 minutos y debía repetirse cada seis u ocho horas; entonces, había que buscar otra vena, y otra, y otra. “Me impactaba mucho con los bebés. Tocaba buscarles la vena en la cabecita o en el tobillito. Los niños sufrían mucho, esa medicina era muy fuerte. Como yo les contaba cuentos, les cantaba, los consentía, todos querían que fuera yo la que los inyectara”.

Dos semanas después, se superó la crisis:

“Trabajamos día y noche, sin dormir. Ahí comprendí el dolor, el límite y la necesidad de darlo todo, de la generosidad sin límites. Y yo siento que eso me dejó marcada para toda la vida. Si alguien me preguntara quién soy yo o qué me caracteriza más, diría que es el darme sin límites. Estar allí, en otro país, en esa cotidianidad, en la mitad de un pueblo, de una pobreza impresionante, significó aprender a valorar sus culturas y costumbres”.

La fragilidad humana la educó. Esas experiencias que la llevaron al límite, marcaron su deseo no solo de conocer sino de comprender las dinámicas de interrelación. Hoy, Toya cree que esa flexibilidad en la mirada es lo que le ha permitido ser investigadora toda su vida: “Siempre detrás de cada realidad, hay intenciones, vivencias, historias y génesis”.

Por sus referencias políticas y activistas, las monjas comenzaron a pensar que esa muchacha se estaba metiendo en otros caminos. Más de una vez, le recalcaron que no tenía vocación, pero la joven las ignoraba. El problema siguió creciendo.

Era costumbre que cuando las muchachas llegaban al convento, sus pasaportes permanecieran bajo la custodia de las superiores. Un día, le informaron a Toya que ya no tenía permiso de estar en México y la iban a deportar. Su salvación llegó con el obispo de Cuernavaca, monseñor Méndez Arceo (quien admiraba a la valiente joven). Él la ayudó a escapar y la escondió 20 días en la Catedral de Cuernavaca. Finalmente, ella consiguió un pasaporte diplomático y logró salir del país pero sin ser deportada. Aunque hoy solo guarda imágenes borrosas, como escenas de una película que vio y ya no recuerda con exactitud, una frase se le viene a la mente cuando piensa en esos episodios de su vida: “Terrible, eso fue terrible”.



Al escanear este código puede escuchar a Sara Victoria recordar al obispo que le ayudó

Terminó su carrera de Psicología siendo monja. Redescubrió la dimensión de lo que significaba creer en Dios. Fueron tres años en México que le dejaron un sabor muy fuerte frente a la iglesia y lo eclesial, con recuerdos de dinámicas espantosas de las que ya no quería hacer parte. “Fui replanteando mi posición y entendiendo que la iglesia no eran ellos y que tenía lógica que yo les rompiera tantos esquemas”, asegura; luego comenta que hace cinco años cuando regresó a México, buscó a la superiora que le hizo pasar por tantas incomodidades. “Fue un reencuentro hermoso porque me pidió perdón. Cerré ese capítulo”.

Se prometió que su vida tenía que estar articulada, siempre, alrededor del trabajo por la gente, ya no desde la confrontación, las protestas y la actuación en las calles; tampoco desde un convento. Esta vez, desde la Teología de la Liberación, con la idea de ver a ese superior en el otro, en el pobre, con la imagen “no de un Dios encaramado¹², sino de un Dios encarnado, que todos los días te está demandando ser un buen ser humano”. La fe no estaba intacta, volvía resquebrajada, cuestionada. Ahora seguía otra fase en su vida.

¹² Haciendo referencia a un Dios inalcanzable, en lo alto.

Y si antes tenía presente a Colombia, ahora tenía a todo un continente en el corazón. De ahí vino su interés de armar redes para todo. “Es que América Latina para mí, es una cosa impresionante”. Comenzó su trabajo popular, en los barrios y comunidades. “El día que yo me gradúo como psicóloga, siento que soy otra, no una profesional común. Decía: yo quiero estar, pero quiero estar distinto”.



Al escanear este código puede escuchar a Sara Victoria hablar sobre el Día de los Muertos



IV.

La Cuba: un poema

- “¡Agárrate bien duro!” -Le decía Humbertico a Lili, luego de sentarla en la superficie plana y metálica de la pala que le servía de transporte. Ella obedecía y se sujetaba fuerte. Después, el pequeño emprendía una carrera por las montañas hasta llegar a una mina de carbón, donde trabajaba su papá. Se iban loma abajo, como dos animalitos sueltos, “sin Dios ni ley”.

Esa herramienta de excavación ahora hacía las veces de transporte para su hermanita, a quien Humbertico tenía que cuidar durante el día. Él, de seis años; ella, de 20 meses de nacida. Con una mano, el niño agarraba el mango de la pala; y con la otra, la encomienda que debía entregar: un tarro con guarapo¹³.

“Nunca vi que la niña se cayera”, recuerda Toya. En la universidad, ella había aprendido que los niños tienen un desarrollo por fases y que su motricidad fina apenas comienza a partir de los dos años. Pero cuando veía a la bebé Lili encima de una pala, deslizándose por una loma, las teorías se le desbarataban solas.

Motivada por su reencuentro con el país, la psicóloga comenzó a apasionarse por la investigación y su trabajo desde el contacto con el otro en cada viaje, en cada puerto. Héctor Fabio, un hombre de sonrisa amplia, de cabello un poco rizado, de habla poética y delicado proceder, conquistó

¹³ Jugo de caña de azúcar.



Al escanear este código puede escuchar a Héctor Fabio recordar a La Cuba



Al escanear este código puede escuchar a Sara Victoria hablar acerca de los pasatiempos en esta vereda

a Toya. Se fueron a vivir a la vereda La Cuba, en el municipio de Lengua-zaque¹⁴ (Cundinamarca).

Nunca tuvieron lujos pero tampoco los necesitaron; una vida tranquila, un amor apasionado y el trabajo con la comunidad, era suficiente para que la joven pareja sintiera que lo tenía todo.

Allá aprendieron a cultivar la arveja y el trigo, a compartir con los mineros y a entender la vida de los campesinos, que ahora eran sus amigos. “Entonces, tú empiezas a entender que no sabes nada de la vida, que tú no comprendes nada”, señala Toya.

Llegaron a una vereda donde las mujeres tenían mínimas opciones de realización personal. La comunidad vivía en condiciones de pobreza extrema, sin energía eléctrica ni agua. Los niños cuidaban de sus hermanitos menores y debían asumir labores o responsabilidades que no les correspondía. No tenían tiempo para, simplemente, ser niños.

¹⁴ En idioma muisca (o chibchas, son un pueblo indígena del altiplano cundiboyacense y el sur del departamento de Santander, en Colombia) quiere decir “fin de los dominios del Zaque”. Zaque era el título noble como se denominaba a los gobernantes durante la época de la confederación muisca.

“Debemos hacer algo”, pensaron Toya y Ospí. “Nuestro proyecto de vida debe ser un proyecto para que las cosas sean distintas”. La pareja comenzó a trabajar con las mujeres de la vereda, en su mayoría, analfabetas, explotadas y maltratadas. Entre todos, recogieron las historias de vida y las plasmaron en pinturas y escritos. De ahí salió la primera publicación de la comunidad, todavía de manera muy improvisada: *Las Mujeres de La Cuba*. Entre tantas experiencias, hubo una que impactó a Toya. Recuerda su nombre: Isabel, una adolescente que le entregó el dibujo de una mujer colgada de los brazos, en una viga, como crucificada. “Me pregunté: ‘Pero, ¿esto qué es?’ y comencé a leer su historia y a hablar con ella”.

Isabel pasó una infancia de maltrato. Su papá la golpeaba a ella y a su mamá. Un día, a la menor le encargaron ir a comprar harina al pueblo. Para eso, debía bajar una montaña. Así lo hizo; pero al regresar, unos perros la atacaron. Su reacción fue tirarles la harina y correr. Llegó a casa con las manos vacías. Como castigo, el papá la colgó de una viga, le ató las manos, la golpeó y la dejó allí, suspendida en su dolor. Quién sabe cuánto tiempo pasó hasta que ese hombre le dio permiso a la mamá para soltar a su niña. Ella quiso aliviar la pena de Isabel con una agua de panela caliente, pero como tenía las manos “dormidas” después de ese episodio, la pequeña no sintió el calor de la taza y se quemó.

“A mí esa historia nunca se me borró. La condición de la mujer en esa época, era terrible, simplemente, terrible”, afirma Toya.

En la casa de don Raúl, doña Hermelinda y sus hijos Soila, Crisanto y Rosa, había una habitación que no tenía ventanas, apenas un huequito en una esquina del techo, que daba a un zarzo. Allí dormían Toya y Ospí, quienes durante mucho tiempo fueron vistos como “exóticos”, un par de extraños que llegaron a la vereda. “Me acuerdo de ese huequito porque los tres niños se divertían asomándose”, dice Toya. El piso era de tierra. No



Al escanear este código puede escuchar a Sara Victoria recordar cómo vivían en ese cuarto

había sanitarios, solo letrinas. Era una vida muy rústica, muy pobre, muy bella.

Ejercicios matutinos a las cinco o seis de la mañana. Así empezaba el día. Luego, seguía el baño, la parte más fría del día. Como no había agua en la zona, Ospi se ingenió un baño artificial que consistía en cuatro palos formando un cuadrado, forrados con plásticos y una manguera que pasaba por un tanque, hasta llegar a un nacimiento de agua. El sistema era simple: succionar con la boca el aire que venía de la manguera, hasta que por fin saliera lo que para Toya era “hielo”. Mientras tanto, quienes esperaban su turno afuera en la fila, escuchaban las noticias matutinas de Todelar.

Seguía el desayuno en la casa de doña Helena y don “Reyes”, quienes más tarde serían los padrinos de matrimonio. Arepa con agua de panela o café; a veces, cuando se podía, se incluía un huevo en el menú. La dieta de la comunidad se basaba en carbohidratos, no existía la costumbre de comer verduras. “Era pura papa, pasta, arroz y de pronto, arveja, más la carne, que eran vísceras. La otra opción era comprar una cabeza de ganado y sacarle picadito de las orejas. Era gente pobre, muy pobre, entonces nuestra vida allá fue difícil”, narra Toya, y aclara que a pesar de cualquier cosa, fueron completamente felices. “Todo fue maravilloso”.

Las mañanas de trabajo estaban dedicadas a la alfabetización de mujeres y niños. Después del almuerzo, seguían los encuentros con los adolescentes. La mayoría ya trabajaba en las minas. Con ellos, Toya y Ospi entendieron

otras dinámicas y procesos; como por ejemplo, que su cuerpo también reaccionaba a ese contexto en el que estaban creciendo. A los 12 años, ya tenían bigote, pues los gases a los que se exponían a diario les envejecía el cuerpo. Cuando completaban 17 años, ya se sentían cansados, agotados.

Muchos de los problemas del presente radicaban en esas infancias, en cómo los niños habían llegado y sobrevivían en este mundo, en cómo habían empezado, desde hace mucho tiempo, a configurar su futuro. “Entonces, empiezas a ver que si no se atiende a la niñez y a la juventud en primera instancia, la más temprana, la más chiquita, pues el futuro ya está un poco comprometido. Y de una manera muy seria”, afirma Toya. Por eso, en medio de ese “trabajar como locos”, ella y su compañero se mantenían en la idea de transformar con el conocimiento.

“Ese es el origen de nuestra vida investigativa, como profesores”, apunta Héctor Fabio (Ospi), quien hoy es profesor e investigador del Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud¹⁵, y agrega que en La Cuba estudiaron sobre los patrones de crianza y socialización de los niños (lo que años más tarde sería la tesis de maestría de Toya) y sobre los asuntos económicos y sociales presentes para hacer una propuesta de alfabetización (tesis de maestría de él).

En las tardes, la tarea consistía en organizar la escuela y abrirla para recibir a los campesinos, quienes comenzaban a llegar desde cinco de la tarde. Como no había energía eléctrica, iluminaban el espacio con lámparas de gasolina. El día se despedía con canciones. “Guitarriábamos”, recuerda Toya, ese era el máximo deleite y una forma para celebrar en las fiestas y cumpleaños de la comunidad. “Toya, ¡saque la guitarra!”, le pedían a la joven. Ese instrumento estaba siempre presente.

¹⁵ A través del Doctorado y la estancia posdoctoral en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud. Sus área de investigación son las pedagogías críticas coloniales y latinoamericanas. Es editor de la Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud.

Para descansar, los enamorados se dedicaban a leer poesía en medio del frío y divisaban las tierras tapizadas de semillas. De pronto, salía el sol. “Nosotros éramos poetas locos, le cantábamos al trigo, a la flor”, dice Héctor. “Leíamos el Cantar de los Cantares¹⁶ todas las mañanas viendo ese paisaje lindo, porque ese es el canto de los enamorados que a través de la palabra de Dios, enriquecen su vida de amor”. También acompañaron sus días con los versos de Pablo Neruda y las letras de Mercedes Sosa, y en una suma de autores e ideas, construyeron su amor revolucionario, que buscaba una vida digna para los campesinos, las mujeres y los niños.

Don Raúl les cedió un lote pequeño para poner la escuela con la que esta pareja soñaba. Otros profes se unieron a la tarea y, con materiales prefabricados e improvisados, levantaron la estructura. Detrás de la escuela, construyeron otra casa para la familia entera. Más adelante, cuando Toya y Ospi se casaron, se independizaron: contrataron un maestro de obra y construyeron una habitación unida a esa misma casa, pero con puerta independiente.

Sara Victoria Alvarado Salgado, hija de don Alfredo Alvarado y doña Marta Salgado, contrajo nupcias con Héctor Fabio Ospina Serna, el 1 de junio de 1980. La celebración, sin lugar a dudas, fue inolvidable, sobre todo para los invitados ciudadanos, que se adentraron en una montaña para “untarse de pueblo”. “Yo creo que les provocaba morir”, comenta Toya, y todavía riéndose, añade: “Qué pecado de mi papá. ¡Pobrecito! Era la primera hija que se le casaba; yo creo que él se imaginaba el vestido blanco, la iglesia, la pedida de mano. Pero nada, ¡en la montaña! Él ni siquiera conocía a Héctor Fabio. Lo conoció ese día”.

¹⁶ Conocido también como el Cantar de Salomón, un libro poético del Antiguo Testamento en la biblia cristiana.

- ¿Cómo le fue en el matrimonio? -le preguntó Manuel a su amigo Alfredo, quien acababa de regresar a Bogotá.

- ¡Cuál matrimonio? ¡A mí, a lo que me llevaron fue a un *meeting* comunista! -respondió él.

Así comenzó el gran día: los novios se levantaron, como siempre, a las cinco de la mañana. Antes de ir a bañarse, llegó un grupo de ocho jóvenes preguntando por Toya. Era tradición en la comunidad que la novia eligiera el próximo en casarse. Para eso, tomaron la ternera que sería el banquete en la tarde, después de la ceremonia; delante de Toya, degollaron al animal, recogieron el primer chorro de sangre caliente que salió de su pescuezo y se lo pasaron a ella.

- Dios mío, yo qué hago -pensó Toya.

- Tienes que entregársela a uno de nosotros. Él se va a casar primero -dijo un joven.

El elegido se tomó la sangre. Toya volvió a su casa, todavía con náuseas. Necesitaba un baño, pero el aguacero de la noche anterior fue tan fuerte, que el agua recogida en el tanque estaba demasiado turbia. Ospi se bañó. Toya no. De vuelta a casa (pues el baño quedaba lejos), fueron a desayunar donde doña Helena, la madrina.



Al escanear este código, puede escuchar a Héctor Fabio hablando de su matrimonio con Toya

- ¿Cómo así mi Toyita que el día de su matrimonio no se va a bañar? ¡No señora! -doña Helena llamó a su hijo Uriel, de ocho años, y le pidió que fuera a buscar agua limpia.

Mientras Urielito se iba monte arriba, subido en un burro y cargando dos porrones con capacidad para cinco litros de agua, cada uno, a la pareja le sirvieron un desayuno especial: vino espumoso y pastel. “Yo me acuerdo que era dulce, redulce. Y el pastillaje de la torta era una crema azul encendida. Héctor Fabio me miró y yo le dije: ¡Hágale mijo!”. Nos comimos ese graseo y esa azúcar y brindamos con ese vino”, cuenta Toya en la risa habitual de sus anécdotas. “Lo que uno hace en la vida, qué locura”, añade.

Después de ese trago dulce, faltaba algo más. Urielito volvió con el agua.

- Mi Toyita, vaya y se baña porque si uno no se baña el día del matrimonio, ese matrimonio va a ser sucio -afirmó doña Helena.

Detrás de unos plásticos, al fondo de la casa, Toya empezó, por fin, a bañarse. De repente, sintió algo extraño en el cuerpo: el agua estaba llena de renacuajitos.

- ¿Pero, yo con qué cara salgo a decir que no me baño? después de que un niño se fue en burro a traerme agua... -la joven lo pensó por unos instantes y luego dejó que los animalitos diminutos se resbalaran por su piel. Se quitó el fastidio con la toalla y siguió el plan del día.

El atuendo. Ella, una falda de flores, blusa blanca, suéter y zapatos de goma. Él, un pantalón de pana y un saco. “Nada qué ver con nada”, comenta Toya.

Los invitados. Llegaron elegantes y encorbatados. Ese día cayó un aguacero enorme. Ningún carro logró subir por el camino de la montaña llena de lodo. ¿Entonces? A pie.

El escenario. Se casaron en la escuela. No había sillas, pero acomodaron esteras en el suelo para que la gente se sentara. Adentro, estaban los campesinos; afuera, de pie, asomados por las ventanas o en la puerta, los invitados que venían de Bogotá y no querían juntarse con los demás. Finalmente, la ceremonia se realizó y los novios reafirmaron sus intenciones: “Si se me olvida que mi compromiso es con el pueblo colombiano, que se me pegue la lengua al paladar”, esa es una expresión bíblica muy bella. Con esto hacíamos un cierre de un proceso y abríamos el compromiso futuro, y lo hemos mantenido hasta el día de hoy”, comenta Héctor Fabio.

La vida en la montaña continuó. Al poco tiempo, se comenzó a gestar el primer fruto de esa unión: Angie. “Todas las noches, cuando llegaba a la casa, había sobre mi estufa, agua de panela caliente y dos arepitas. Nunca supe quién las ponía. Yo decía: ese es el máximo signo de generosidad del otro”. Las mujeres debían recoger la cosecha de arveja, pero “yo era una animal para eso, era muy inútil”, comenta Toya. Mientras las demás lo grababan un bulto de arveja, ella apenas



Al escanear este código puede escuchar en la voz de Héctor Fabio esta promesa



Una vida de poetas, eso dice Héctor. Al escanear este código puede escucharlo hablar sobre este momento de su vida

cargaba dos kilos; entonces, sin que ella se enterara, le llenaban el saco con más granos. Sucedió igual cuando lavaban la ropa en el río. Allí ellas se liberaban, compartían y reían. Cuando Toya llegaba, le recibían su carga de ropa y la empezaban a lavar.

Hubo un tiempo en que las mujeres quisieron aprender a coser. Toya quería agradecerles por sus atenciones. “Yo no sabía cómo coser; así que fui a Bogotá y le dije a mi mamá que me enseñara. Mi papá tenía una fábrica de paños y me regaló una pieza grande de paño morado”, recuerda. Al final del curso de modistería que se inventó, todas las mujeres de la vereda, incluida ella, tenían la misma falda, el mismo pantalón, y del mismo color.

Casi tres años después de amistad y convivencia con la comunidad, los esposos se despidieron. Toya, con ocho meses de embarazo, necesitaba prepararse para recibir a Angie en Bogotá. En La Cuba ya tenían los servicios básicos, las mujeres montaron su propia cooperativa, los habitantes participaron de las actividades de alfabetización, los niños terminaron su preescolar y los adultos, su básica primaria.

Después de años de experiencias y construcciones colectivas en la vereda, la pareja continuó recibiendo el apoyo del Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP). Cuando regresaron a Bogotá, Carlos Vasco y Guillermo Hoyos, representantes de la organización, los llevaron a trabajar a las Aldeas Infantiles SOS, para manejar la casa de jóvenes. Al mismo tiempo, comenzaron la Maestría en Ciencias del Comportamiento en la Fundación Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano (Cinde), en Bogotá.

El siguiente paso fue la vida en la capital caldense, pues cuando terminaron la maestría, Marta Arango Montoya, fundadora del Cinde, les propuso abrir la Maestría en Educación y Desarrollo Social en Manizales, Caldas. Así fue como comenzó el siguiente capítulo de vida en La Perla del Ruiz junto con Angélica, quien para ese entonces ya tenía cuatro años, y su segunda hija María Camila, quien tenía uno.

V.

Manizales al alcance de lo humano

*“El que tiene imaginación, con qué facilidad
saca de la nada un mundo”.*

Gustavo Adolfo Bécquer.

Y con qué facilidad, de ese mundo, se construye un sueño. La casa de Cami y Angie fue ese lugar de encuentro para sus amiguitos del barrio Arboleda, en Manizales, el sitio para jugar y pasar las tardes brincando. De hecho, era un mundo para ellos, fabricado a su medida, donde todo parecía posible.

Ellas vivían cerca del Colegio San Luis Gonzaga. La rutina de juego en las calles incluía algo de barro, tierra y pasto, por eso a los papás de sus amigos no les gustaba dejar entrar a los niños a las casas. “El orden era más importante que el juego”, recuerda Cami. Caso contrario sucedía en su casa, donde el “recreo” estaba al alcance de todos. A la creatividad de sus tíos, quienes eran diseñadores industriales, se sumó el instinto infantil de sus padres y el “alma de artesano” que todos tenían en esta familia; así construyeron muebles “bajitos”, con capacidad y espacio suficiente para que tanto adultos como niños se sentaran allí. “Cuando iban mis amigos, ahí se sentaban; y si iban los compañeros de maestría de mis papás, también. Eran adultos tratando de estar al nivel de nosotros los niños, y no al revés”, agrega Cami.

Esta no era la casa de Toya y Ospí; era la casa de Cami, Angie, Toya y Ospí, un espacio democrático en el que todos opinaban y decidían en grupo; como la vez que las niñas se antojaron de una mascota, Ospí no quería y Toya se abstuvo de votar. Ganó la mayoría y llegó un nuevo in-



Al escanear este código puede escuchar a María Camila recordar cómo era su casa

tegrante al hogar: Natacha. Educadas bajo la participación, el juego y la verdad, Camila ya con ocho años y Angélica con once, conocían muy bien el término autonomía y lo aplicaban a su diario vivir. “Un día le pregunté a Cami, ¿ya hiciste tus tareas del colegio?, yo trabajaba de vicerrector en la Universidad de Manizales, y ella me dijo: “Papi ¿yo te pregunto a ti si tú preparaste tus clases y tu trabajo para ir a la Universidad?, si me vuelves a preguntar, nunca en la vida te lo respondo porque yo sé qué tengo que hacer, así como tú también sabes qué tienes qué hacer”. A Ospi se le dibuja una sonrisa cuando recuerda aquella hazaña, que todavía le sorprende.

Así se convivía en la casa club del barrio, que siempre estaba abierta. Las mancuernas con peso y otros implementos deportivos que Ospi utilizaba para ejercitarse, hacían las veces de gimnasio del club. Y la hamaca que había en la habitación de Cami, otra excusa para jugar, balancearse y reír. Ni hablar del camerino en que se convertía el clóset de los papás para las fiestas de disfraces, a las que ellos también se sumaban. Era una casa habitada por niños. Después, en la adolescencia, Toya se convirtió en el lugar seguro para esos jóvenes. “Ella era la confidente de nuestros amigos, era la persona que no los iba a juzgar”, dice Cami.

¿Y para aprender? El mundo. Angie, aficionada por el medio ambiente. Cami, feliz escribiendo cuentos. Todo era una aventura. Salían de viaje en el carro, con una carpa y mucho interés por conocer. “Lo que estaba muy presente es que si estábamos de paseo: estábamos de paseo, entonces

cualquier cosa podía pasar. Una vez, nos robaron la carpa y pues nada, buscamos qué hacer y asumir la vida muy liviana, disfrutar mucho. Eso fue una característica muy fuerte en nuestra familia”, cuenta Cami y agrega que los viajes siempre se hacían con poco presupuesto, pues por un lado, el dinero era limitado, y por otro, sus papás mantenían firme la visión social y el trabajo por el prójimo puesto en marcha como proyecto de vida. Si había dinero, lo principal era ponerlo al servicio de las comunidades.

Esa postura académica adoptada años atrás en Lenguazaque, continuaba ahora en la ciudad. La primera cohorte de la maestría en Educación y Desarrollo Social que abrió el Cinde en Manizales se dictó en la Universidad Católica. Los dos años previstos para este posgrado culminaron exitosamente. De ese primer grupo, se graduaron reconocidos académicos como Marco Fidel Chica¹⁷, Francia Restrepo, Teresa Luna y Gloria Isaza de Gil.

Toya y Ospí fueron requeridos nuevamente en Bogotá, pero ellos decidieron quedarse. Los nómadas habían encontrado su hogar: lomas por calles y neblina por luz. La Cuba, en medio de las montañas, representaba el frío; el bochorno infinito de Huetamo enardecía los días; Bogotá era, de costumbre, lluvioso y congelado, pero Manizales, una colina iluminada, se vestía de blanco y tenía dos estaciones, invierno y un intento de verano. Las ruanas ya no eran tan comunes, algunos adultos mayores las usaban y la moda era camisa o blusa y jean ‘Caribu’. Las lluvias se presentaban, regularmente, entre marzo y septiembre, los meses faltantes eran días frescos, uno que otro soleado, cuando las nubes decidían tomarse un descanso.

¹⁷ Marco Fidel Chica es docente investigador del Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud. Francia Restrepo es profesora investigadora en Neurociencia Cognitiva, de la Universidad Autónoma de Manizales. Teresa Luna es postdoctora en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud por la Universidad de Manizales, el Cinde y Clacso. Gloria Isaza es docente investigadora, candidata a Doctora en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud.

“Empecé a descubrir que uno podía confiar en la gente. Yo venía de unos contextos complicados, de una ciudad fuerte en relaciones, violencias e inseguridades”, cuenta Toya, y recuerda el asombro que le causó cuando realizó su primera compra en Manizales: una cortina de baño. Preguntó si podía pagar con cheque y aceptaron sin problema, en cuestión de minutos. Esto en Bogotá hubiera sido un proceso largo, mientras verificaban que no era una estafa. “Los señores de los taxis me conversaban, en Bogotá eso me intimidaba. Entonces, yo siento que lo primero es que este es un lugar donde la gente es totalmente amable, abierta, acogedora y no te agrede, no te intimida en el diálogo”, enfatiza.

El segundo factor que le causaba una inmensa curiosidad era el manejo del tiempo, un concepto que adquirió otro significado en esta nueva vida. Ahora, le sobraba, al igual que el espacio, tanto que alcanzó a sentirse en lugares “vacíos”, lo que nunca le pasó en la capital colombiana. “Recuerdo que los domingos, nos levantábamos, jugábamos con las niñas, nos íbamos a Sancancio o a Confamiliares, íbamos a Chispaloca y comíamos pollo; íbamos al parque y después al Bosque Popular a jugar y montar bici. Tres o cuatro de la tarde, ¿qué más hacemos? En Bogotá, si tú salías al parque, llegabas a las dos de la tarde cansado, ibas a un cine y ya se te acababa el día”. En el trabajo le pasaba igual. Toya leía, escribía, atendía a sus alumnos, daba clases, dirigía la maestría y podía jugar con sus hijas, almorzaba con ellas todos los días. “Yo empecé a sentir que esta ciudad era una ciudad del tamaño de lo humano¹⁸”.

¹⁸ Encuentre ese capítulo especial, al final de este perfil: *Para atravesar el muro: Un cuento del tamaño de lo humano*, escrito por Sara Victoria Alvarado Salgado hace 25 años (no recuerda la fecha exacta). Una reflexión sobre su vida en Manizales.

Por su parte, Ospi cuenta que les propusieron manejar la sede del Cinde en Medellín, pero ellos estaban cautivados con Manizales, de su gente, del quehacer investigativo y de su vida familiar. Aquí, cada pequeña acción relacionada con el interés investigativo y la curiosidad de sus hijas, fue un motivo para “volverse locos juntos”. “Nos fuimos al Nevado a buscar un cóndor y a la costa a ver manatíes”, comenta el orgulloso padre, y añade que Angie y Cami también se vincularon al trabajo investigativo y social desde niñas. Ellas formaron el grupo *Amigos de la paz*, cuyo lema era “O todos en la cama, o todos en el suelo”.

En este grupo, se encargaron de darles una visión desde la niñez a los talleres que sus papás realizaban. “Nosotras les decíamos que eso estaba muy aburrido, que estaba muy horrible y que los niños no les entendían bien lo que ellos querían. Entonces, ellos nos explicaban a nosotras y luego nosotras hacíamos de profesoras con los niños de nuestras edades”. Después, cada niño se convertía en un *multiplicador* de esos conocimientos. A medida que crecían, irían encontrando más compañeros para continuar la formación en las escuelas. El proyecto se basó en



Al escanear este código, puede ver el video de Camila contando cómo Toya terminó siendo “la loca del pueblo”



Al escanear este código, puede escuchar cómo recuerdan la infancia en esta familia

cinco talleres que trataban potencialidades a desarrollar en los niños y jóvenes para entender sus capacidades de resolución de conflictos, el ser, su forma de comunicarse, su afecto y su entorno.

“Eso fue lo que me llevó a querer estudiar Psicología; incluso, cuando mi hermana empezó a estudiar ingeniería civil, también hizo ingeniería ambiental, porque le interesaba hacer una articulación de la construcción sostenible. Ese estar ahí nos permitió tener una sensibilidad social y política muy grande”, afirma Cami. Luego, ella hizo una maestría en Psicología Clínica de la Pontificia Universidad Javeriana, el doctorado en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, de la Universidad de Manizales y el Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud, y un Ph.D de la Universidad Libre de Bruselas y el Instituto Taos, en Bélgica.

Por su parte, Angie, además de las dos ingenierías de pregrado, hizo su maestría en Building Construction and Integrated Facility Management, por el Instituto de Tecnología de Georgia (Estados Unidos) y el doctorado de Building Construction por esa misma institución.



Al escanear este código puede escuchar a Sara Victoria recordar una anécdota que le quedó marcada sobre la inteligencia en la niñez

VI.

Un proyecto de paz

El *Festival por la Paz* era quizás uno de los momentos más esperados en el desarrollo del proyecto *Constructores de Paz*, el espacio en el cual se compartía lo construido cada seis meses y en el que se escogían a los llamados *multiplicadores*, para llevar sus conocimientos a otros jóvenes y niños. En una ocasión, una de las instituciones acudió a Toya con gran preocupación porque uno de los menores elegido como representante para asistir al encuentro, era Julián, de 12 años, quien, según sus compañeritos, infundía miedo, ira.

“La primera vez que yo trabajé con ese niño, se me acercó y me mostró un puñal en la media del zapato y me dijo: ‘Yo espero que ustedes me respeten porque yo aquí al rector le he dicho que donde me la monten, me encuentran’”, recuerda Toya. Para tratar de disuadirlo, lo nombraron secretario oficial del encuentro y le encargaron funciones de tesorero y cuidado de equipos. Con gran asombro, el menor recibió la noticia y aceptó su cargo que, para sorpresa de todos, asumió con responsabilidad y empeño. Se hospedó en la cabaña donde Toya y su familia compartían.

Al terminar el encuentro, Julián lloraba inconsolable.

- Juli, mi amor ¿Qué te pasa? - le preguntó Toya
- Es la primera vez que me han tratado con amor en la vida. - Respondió él y se aferró a ella en un abrazo.

Julián se convirtió en un destacado líder de su comunidad, terminó el bachillerato, se unió a la Defensa Civil colombiana y nombró a Toya y Ospi como sus padrinos de ceremonia. “Cuando yo lo miraba pensaba: por este niño, todo ha valido la pena, todo ha valido la pena”.

Esa era una de las tantas historias que se quedarían en el recorrido de esta nueva etapa que la Fundación Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano – Cinde, emprendía en la capital caldense en un contexto de violencia bastante marcado.

1999. Época difícil para el país. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) y el Gobierno de Andrés Pastrana fueron primicia todo el año. Subió a 400.000 el número de personas desplazadas por la violencia, hubo 139 municipios afectados por el conflicto armado¹⁹, muchas *pescas milagrosas*²⁰ que dejaron alrededor de 3.000 secuestros, asesinatos públicos como el caso de Jaime Garzón y un intento fallido de diálogos de paz. Agrio balance.

A Toya no le quedó de otra que tratar de configurar su país. El Cinde ya había abierto sus puertas en Manizales pero la familia, en un intento de no alejarse del trabajo de campo, comenzó a acercarse a las escuelas públicas en territorios permeados por ese panorama sombrío de la época. Así se fortaleció uno de los proyectos emblema del Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud, vigente hoy en día: *Constructores de Paz*, pensado en el acercamiento a las escuelas públicas para entender una problemática social como la violencia, el uso y abuso de sustancias psicoactivas y el sicariato. Este programa nació en 1999; desde entonces, ha llegado a cerca de

¹⁹ Datos suministrados por el Plan de acción para la prevención y atención del desplazamiento forzado de 1999.

²⁰ Método de secuestro y asesinato implementado por las FARC y las AUC donde realizaban retenes por las carreteras del país, tomaban personas al azar para secuestrar y extorsionaban a los familiares para recibir altas sumas de dinero. En algunos casos, les mataban inmediatamente en la carretera.

35.000 niños y jóvenes del país y se reinventó para atender a la primera infancia. El reto era investigar y entender cuál era la base de esas violencias que atacaban las instituciones educativas y cómo articularse para construir más y mejores posibilidades para esos niños y jóvenes.

Julián Andrés Loaiza de la Pava, recién graduado de la Licenciatura en Educación Física de la Universidad de Caldas, llegó al Centro de Estudios para realizar la Maestría en Educación y Desarrollo Humano. Luego se vinculó como joven constructor de paz. Van 21 años, y contando, de trabajar por y con los niños, niñas y jóvenes del país. “En estos años de investigación se fueron construyendo estrategias educativas a partir de la voz de los niños y las niñas. Las escuelas estaban aplicando políticas públicas construidas en el centro de este país hacia la periferia. Estos programas se diseñaban y enseñaban en masa, sin atender a las necesidades de los territorios”, afirma Julián.

En su fase de ejecución, a esta apuesta le hacía falta capital. Toya ya estaba gestionando estos recursos a medida que dictaba los talleres. Inclusive, consiguió una reunión con representantes del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF²¹). Julián, líder activo de esa investigación, fue el encargado de sacar a flote una detallada explicación del proyecto. “Toya lo tira a uno al agua”, comenta él mientras afirma que logró un financiamiento para aplicar la investigación en los Montes de María, zona ubicada entre los departamentos de Sucre y Bolívar donde se perpetuaron

²¹ Fondo para la Infancia de las Naciones Unidas.



Al escanear este código puede ver a Julián Loaiza abordar los resultados de estos procesos

de manera irremovible las secuelas de la violencia. El territorio fue foco de masacres, desplazamientos forzados y combates.

En ese contexto, el proyecto pasó por distintas fases para elaborar la categoría de *subjetividad política*: cómo el niño es capaz de tener pensamiento propio, ser autorreflexivo, tener una posibilidad de memoria en la vida, saber de dónde viene, dónde está y hacia dónde se dirige. Una categoría que reflexiona sobre la capacidad de actuar colectivamente con otros en proyectos comunes, y que revisa la función del liderazgo para entender la relación con los escenarios y los contextos en los que se desarrollan las subjetividades.

Se trataba de “centrar estrategias educativas en las potencialidades para poder estar con otros, para construir con otros, para no pasar por encima de los otros, para valorar la diferencia, para valorar el conflicto como posibilidad de transformación de aquello que no nos interesa, pero también al mismo tiempo, para poner al margen la violencia”, agrega el investigador.

Por otro lado, él asegura que una de las capacidades de Toya es construir redes, conectar ideas, gente y situaciones, “y esa capacidad le da a ella esa característica que le hemos denominado como ‘inteligencia’”. Precisamente, otro reto que ella tenía en mente era crear una alianza con una universidad local para que el Cinde se instalara en la región y generara recursos. A la primera Maestría asistieron académicos reconocidos, entre ellos, Ligia López Moreno, directora de la Maestría en Educación y Desarrollo Humano de la Universidad de Manizales (UM), y Guillermo Orlando Sierra, exrector de esa misma institución. Toya recibió una invitación para capacitar a los profesores de la Facultad de Psicología y ayudar a montar las líneas de investigación de la universidad.

En adelante se forjaron proyectos conjuntos como la Red de Educación y Desarrollo Humano; encuentros internacionales en Pedagogías Activas y en Éticas Ciudadanas y se estructuró la Maestría en Educación y Desarrollo

1996

Humano, en 1996. Para sellar la alianza Cinde-Universidad de Manizales, en el año 2000 se creó el Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud. Allí se consolidó el Doctorado en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, el primer doctorado de la región, en el campo de las Ciencias Sociales, acreditado de Alta Calidad.

“El liderazgo que Sara tiene con el programa, nos ha llevado a tener alianzas fuertes y recursos altos ante Colciencias, pero siempre con una finalidad, el mejoramiento de la calidad de vida de los niños y jóvenes de nuestro país”, comenta la exdirectora de docencia de la Universidad de Manizales, María Piedad Marín Gutiérrez.

1996

Un libro azul fue el siguiente escalón para la trayectoria de Toya. En 1996, la Universidad de Manizales, bajo las recomendaciones del Ministerio de Educación, atendió al llamado de reorganizar sus líneas investigativas. Para esto, necesitaban un puente entre la investigación que se planteaba desde la región y el país con las prácticas de la institución. Entonces, las directivas decidieron que era Toya quien debía liderar esa transición. “Es una maga”, asegura el exrector de la Universidad de Manizales, Guillermo Orlando Sierra: “Esa mujer tiene grandes habilidades sociales y además, es ilustrada, reinteligente. Finalmente, Toya a uno lo coge y usted por cabeciduro que sea o por flexible que sea, siempre termina diciendo: bueno señora”.

Y no era para menos. En ese momento, la Universidad contaba con nueve facultades en las que se aplicaban las habilidades investigativas bajo los conceptos de la *gnoseología* (teoría del conocimiento). Estaban en una fase en las que investigadores se habían adherido a unas teorías sin aceptar que esas prácticas tomaran otros caminos, se dispersaran. Toya logró llegar a un acuerdo con ellos para adaptar dichas habilidades investigativas y avanzar en este ámbito educativo. Esto se plasmó en una serie de libros que en su tiempo se llamaron *Los libros de colores* y se realizaban por facultades. El primero fue el libro azul, de psicología. Según el rector, “en ese libro, Toya solamente hizo todo”.

A ella la describen como una mujer incansable, entregada, cuidadosa, inteligente y bondadosa. Sin embargo, hay algunas cosas que logran sacarla de sus cabales. “Por ejemplo, cuando presenta una ponencia, planea el tiempo exacto que se va a demorar en cada diapositiva, se aprende todo lo que va hacer muy meticulosamente. Si ella está presentando y ve un error en una diapositiva, eso la descompone porque siente que está perdiendo un poco el control sobre lo que tenía organizado”, comenta Daniela León, exasistente de Dirección del Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud, mano derecha y “parcera” de Toya.

Desde hace diez años, Daniela se unió al equipo de trabajo junto a la que considera una amiga invaluable. Empezó como practicante de Trabajo Social en el programa *Constructores de Paz*; luego, hizo parte de diferentes actividades durante la realización de la Primera Bienal Latinoamericana y Caribeña de Infancias y Juventudes en Manizales, y más adelante, entró a hacer parte del equipo de apoyo de la Escuela Internacional de Postgrados, un proyecto más de la persona con la que aprende “todos los días”.

“Yo nunca le he dicho ‘Sara’, nunca le he dicho ‘doctora’, nunca le he dicho ‘jefe’, jamás. Yo creo que la condición que pone ella de que le digan Toya, también denota su humanidad. Nunca nos ha exigido que le digamos doctora. Ella es la compañera de trabajo, ella es la amiga, ella es la confidente, ella es la parcera”. Para Daniela, su exjefe (aunque nunca le dice así) es alguien a quien le puede decir libre y tranquilamente: “No sé hacerlo”, “enséñame”, “ayúdame”.

Más que profesionales, en el Centro de Estudios se trabaja por campos misionales. Para Daniela, eso se refleja en lo que Toya les ha inculcado de que la investigación en sí no sirve para nada; debe gestionar conocimiento, usarse socialmente, con proyectos de desarrollo para los niños, en diferentes formas y plataformas de circulación y apropiación. Por otro lado,

2011

entra en juego otro componente: la formación avanzada, como los cursos virtuales, la especialización, las maestrías, el doctorado y la estancia posdoctoral. “Aquí en el Centro tenemos psicólogos, trabajadores sociales, educadores, antropólogos, sociólogos, comunicadores, pero yo creo que más que la profesión, se pone en juego la apuesta por el trabajo y por el desarrollo con los niños y los jóvenes”, afirma Daniela.

La fortuna que le significó llegar al Centro de Estudios a través del programa *Constructores de Paz* fue aprender a ver la potencia que había en el otro, sobre todo en los niños. Además de entender el relacionamiento estratégico y “moverse” en las redes internacionales como su amiga lo hace. “Para Toya, nadie es competencia, todo el mundo es bueno y eso es muy bonito, la capacidad de confiar que tiene ella en los otros. Ella en todo el mundo ve la potencia, en todo hay una oportunidad”.

Dentro de las últimas aventuras en las que se han embarcado ella y el equipo de Toya, es un Observatorio Internacional de Infancias y Juventudes, un espacio en el que todo el tiempo estén circulando datos e información sobre lo que está pasando con las infancias y la juventud en América Latina, un organismo de consulta para los referentes de política pública en el continente. “Ella es una soñadora incansable y tiene también un equipo que soñamos al lado de ella, y bueno, ahí le copiamos en todos los sueños en los que ella nos quiera involucrar también”, dice Daniela.



10 DE AGOSTO DE 1973

Por vigésima tercera vez funcionarios encargados de hacer cumplir la orden de desalojo a los habitantes de "La Casona" se vieron impotentes para llevarla a efecto ante la protesta de las trece familias (200 personas) que allí residen desde hace varios años. Sobre la zona se contemplan proyectos básicos para el desarrollo de la zona oriental. Cuál será en definitiva la solución social al problema?. (Foto de Catañeda).

VII.

Tejiendo cosas

Cuando Toya trabaja, tiene claro lo que quiere: crear redes. Una de sus premisas es que mientras se esté en red, “el pensamiento no está quieto”, “hay amor regado, es algo muy bonito porque surgen amigos en todo el mundo”, y más que financiación, con las redes hay cooperación. En muchos ámbitos y desde hace muchos años, estas ideas resumen su meta de “tejer cosas con otros”.

Casi como si fuera una vocecita interna que la acompañaba en sus aventuras académicas, Toya encontró en su profesor de maestría y doctorado, el referente vertebral que le faltaba para consolidar sus líneas de trabajo. Se trataba de su amigo Guillermo “Guillo” Hoyos Vásquez (1935-2013), uno de los filósofos colombianos que trajo al país el pensamiento crítico de la Escuela de Frankfurt, fundada en Alemania en 1924.



Al escanear este código puede ver a Toya hablar sobre América Latina y sus amadas redes

“De Guillo, aprendí infinito”. Toya confió en él la evaluación de las primeras tesis doctorales que dirigió en el Centro de Estudios Avanzados de Niñez y Juventud. “Era la primera vez que yo dirigía una tesis doctoral; entonces, yo quería tener como una confrontación, un tutor que me estuviera confrontando y diciendo: ‘Toya, no meta la pata, no haga esto, vaya por acá. Guillo era una persona recontra exigente; yo creía muchísimo, muchísimo en él, lo quería muchísimo y siento que él fue mi maestro en toda esa época’”.

Guillermo Hoyos es considerado uno de los principales exponentes de la filosofía política en Latinoamérica. A Toya no le alcanzan las palabras para describirlo: un hombre visionario, inteligente y dispuesto a ayudar. “Cuando murió, le hicieron un homenaje en el que nos invitaron a hablar a distintas personas. A Carlos Augusto Hernández, que era el vicerrector de la Nacional, lo pusieron a hablar de ‘Guillo el pensador’; a Antanas Mockus, de ‘Guillo el demócrata’; y a mí, a hablar de ‘Guillo el amigo’, porque para mí, Guillo era eso: un amigo incondicional.

El filósofo dirigía el Instituto Pensar, de la Pontificia Universidad Javeriana, dedicado a la investigación social interdisciplinaria, que a su vez, se articulaba con el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Clacso, creado por él en compañía de otros pensadores como el sociólogo, investigador y escritor colombiano, Orlando Fals Borda²². Hoy en día, esta institución reúne los principales centros de investigación y posgrado en el campo de las ciencias sociales y las humanidades en Latinoamérica, Estados Unidos, Canadá, Alemania, España, Francia y Portugal.

“Hágale”, esa fue la respuesta de Toya a la sugerencia de Guillo para que el Cinde entrara a hacer parte de Clacso. Las condiciones eran: pagar la inscripción de mil dólares y elegir un representante. La primera reunión

²² Orlando Fals Borda. Barranquilla, Colombia. 11 de julio de 1925 - Bogotá, 12 de agosto de 2008.

a la que Toya asistió, la asamblea de directores que realizaban cada tres años, fue en Río de Janeiro (Brasil). “Yo empecé a ver que eso era una cosa re interesante, oír a todos los principales ponentes de América Latina que yo había leído en los libros y yo decía: ¡Wow!, qué es esto tan rico de poder estar acá”.

La estrategia de Clacso para reunir a los investigadores eran los GT (Grupos de Trabajo). En lugar de adherirse a uno, Toya propuso crear el suyo. Con ayuda de su amigo Mario Waldo Sandoval, trabajador social chileno²³, reunió a un grupo de 25 investigadores distribuidos en diferentes países de América Latina. Tres años después, cuando se presentaron a la convocatoria de renovación del grupo ante Clacso, Toya propuso unirse con el grupo que quedó en segundo lugar, liderado por Pablo Vommaro²⁴, profesor de Historia y doctor en Ciencias Sociales, a quien ella hoy se refiere como “mi parcero”. En un comienzo, la inquietud de sus compañeros ante esta idea fue que no alcanzarían los recursos para tanta gente, pero ella sostenía que esa era una manera de ser coherentes con eso que estaban analizando: las perspectivas democráticas para la juventud.

“Cuando esto empieza a fluir, empiezo a encontrar un valor inmenso en la cooperación internacional, entre investigadores, y empecé a soñar que eso podía crecer y podía ser distinto, que podían pasar cosas allí”.

Quince años después, este grupo cuenta con 159 investigadores de 17

²³ Magíster en Ciencias Sociales de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Doctor en Sociología de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Realizó una estancia posdoctoral en Sociología de la Juventud y de la Educación de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Director del Doctorado en Estudios de Juventud de la Universidad Católica Silva Henríquez.

²⁴ Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) y coordinador del Equipo de Estudios de Políticas y Juventudes (EPOJU) del Instituto de Investigación Gino Germani (UBA). Es miembro del grupo de trabajo «Juventudes, infancias: políticas, culturas e instituciones sociales» del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso)

países y 28 centros de investigación; ha publicado siete libros, además de revistas, publicaciones e investigaciones internacionales, desarrollados con la Red INJU (Red Iberoamericana de Posgrados en Infancia y Juventud²⁵) y la Bienal Latinoamericana y Caribeña de Infancias y Juventudes. En el camino, este Grupo de Investigación (GT) de Clacso, también creó una estancia posdoctoral en Ciencias Sociales, hoy dirige la Escuela Internacional de Posgrados en América Latina y están realizando una especialización internacional en Infancias y Juventudes²⁶.

Este crecimiento ayudó a posicionar el tema de las juventudes, ligado a las infancias y las niñeces. “Esta categoría nos la inventamos y la hicimos pública” -explica Toya-. Desde hace diez años están fortaleciendo más este campo, con la colaboración de otros investigadores invitados que se especializan en las infancias. Hoy son uno de los grupos más importantes en Clacso y en el primer periodo del 2020 crearon el Observatorio Latinoamericano Caribeño de Infancias y Juventudes.

Son tres los ejes temáticos de este GT:

1. Movimientos de las colectividades
2. Violencias, memorias, desplazamientos
3. Desigualdades sociales para las infancias y las juventudes

²⁵ Creada por iniciativa del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso) y el Centro de Altos Estudios Universitarios de la Organización de Estados Americanos (OEI) y lanzada en el 2010. Hoy, participan las siguientes instituciones: Universidad de Manizales y Cinde, Colombia; Pontificia Universidade Católica de São Paulo, Brasil; Universidad de la República, Uruguay; Universidad Nacional de San Martín, Argentina; Universidad Mayor de San Andrés, Bolivia; Universidad Católica Silva Henríquez, Chile; Universidad Autónoma de Barcelona, España; y FLACSO Brasil.

²⁶ En la Bienal del año 2020 se inscribieron más de 1.500 ponencias, la mayoría, internacionales.

2014

Desde el 2014, Toya entregó la coordinación directa del grupo y comenzó a participar en la coordinación internacional de la Red INJU. Entre otras redes, también hace parte de la ChildWatch, la Red Mundial de Centros de Investigación en infancia, con sede en Noruega. Y desde el 2013 y hasta el 2019 estuvo en la coordinación de la Red de Ciencias Sociales en América Latina (dentro de Clacso).

2011

Por otro lado, el Centro de Estudios también se vinculó desde hace quince años a la Red de Parlamentarios y Exparlamentarios por la Primera Infancia, creada en Puebla, México, el 25 de octubre del 2011. "Yo fui al primer evento y me pidieron formar parte del comité científico. Desde entonces he participado todos los años. Siempre han invitado entre 50 y 70 investigadores internacionales. Ha sido maravilloso porque he interactuado con gente que yo pensaba que nunca ocurriría". Toya resalta que en estos espacios compartió mesa de trabajo con Howard Gardner²⁷, autor de las siete inteligencias, y con Fraser Mustard²⁸, uno de los principales neurocientíficos del mundo. "Esta red fue un reto porque tuve que aprender muchísimo. Y así se fue creando ese grupo de parlamentarios que menciono, para poder impactar la política pública con todos los saberes que se estaban construyendo. Ahora estoy coordinando el nodo colombiano".

La autogestión. Otra palabra clave. Cuando con su equipo de trabajo crearon la Escuela Internacional de Posgrados en Infancias y Juventudes, recibieron la financiación de la Organización de Estados Iberoamericanos - OEI y de Clacso. El primer encuentro anual, organizado en Cartagena

²⁷ Howard Earl Gardner (Estados Unidos, 1943): es un psicólogo y pedagogo estadounidense que ha dedicado gran parte de su vida a la investigación. Gardner es popularmente conocido por su teoría de las inteligencias múltiples. Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales en 2011.

²⁸ James Fraser Mustard (16 de octubre de 1927 - 16 de noviembre de 2011): fue un médico canadiense e investigador de renombre en el desarrollo de la primera infancia. Nacido, criado y educado en Toronto, Ontario. Ganó muchos premios, incluido el hecho de ser compañero de la Orden de Canadá, el nivel más alto de la orden, y fue incluido en el Salón de la Fama de la Medicina Canadiense

de Indias (Colombia) costó cerca de 90 mil dólares. Aunque todo se realizó según lo planeado y recibieron buenos comentarios al respecto, para el segundo encuentro, los financiadores les dijeron que ahora eran ellos como grupo quienes debían gestionarlo.

-Bueno Toyis, ya lo hicimos ese año, fue algo bueno -le dijo Pablo Ariel Vommaro a Toya-.

-¡Qué tal! ¿Abrimos esta opción tan linda y la vamos a dejar caer?
-respondió Toya- No, hermano. ¡Hay que hacer algo!

Finalmente, con los “amigos en red”, consiguieron alojamientos, pasajes, ayudas en especie, material de estudio y todo lo que se necesitara para realizar la segunda versión anual de la escuela, en Montevideo (Uruguay). Esta vez, tenían cuarenta cupos disponibles para representantes de política pública que trabajaran en infancias y juventudes en cualquier país, representantes de organizaciones sociales, ONG, colectivos juveniles, estudiantes de maestría y doctorado en campos afines, entre otros.

Toya es consciente y hasta disfruta del hecho de que una vez se inicia un trabajo en red, esta irá creciendo de tal manera que será difícil parar; será, en ocasiones, “una locura”, la frase que se le viene a la mente cuando hace un repaso de todo lo que ha logrado su equipo. Porque en medio de la presión por la necesidad de recursos, los plazos de entregas, las convocatorias, los problemas, contratiempos, retrasos y todo lo que pueda traer consigo el andamiaje de estos proyectos, de ahí recibe también una especie de adrenalina, una felicidad de moverse con las ideas que ya no son de ella, ni de otros, son de todos. Luego, el reto es poner esas ideas al servicio de las infancias, las niñeces, las juventudes: los futuros.

Por eso su energía es inagotable. “Yo todo el tiempo le pregunto: ¿cómo lo haces?, no te cansas. A mí me da sueño, yo me canso, ella no”, dice Daniela León. Las sesiones de trabajo arduas y concentradas son algo

normal en esta dinámica: “Un día -agrega Daniela-, estábamos en Honduras, en la Escuela Internacional de Posgrados. Nos concentramos tres días a trabajar día y noche montando una especialización. Nosotros éramos como: “Queremos salir, queremos ver el sol”, no, ella no se cansa. Entonces, primero, teníamos reunión de la red INJU; después, reunión del postdoctorado, reunión del GT, reunión de la maestría, reunión de la especialización; y por la noche, llegábamos a la habitación a terminar de cuadrar lo del día siguiente, a ver presentaciones, a ver documentos, la ponencia que ella iba a presentar, si estaba bien, si le cambiábamos algo. Ella es incansable”.

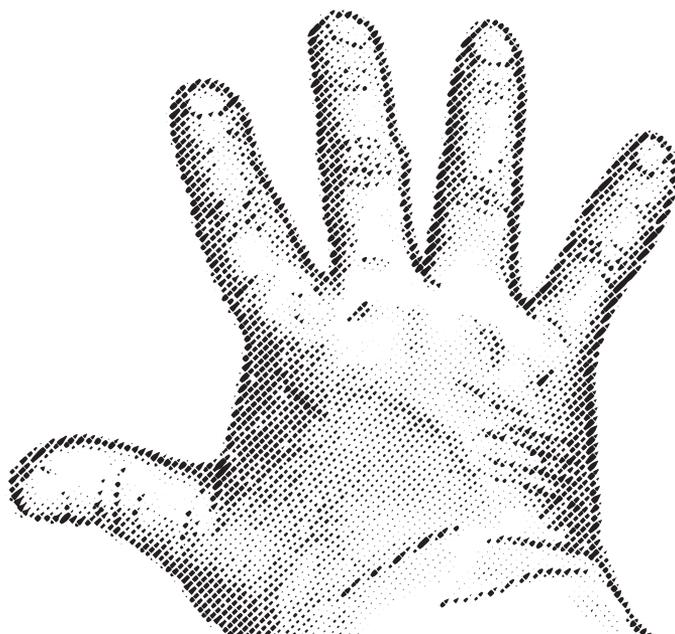
Es normal que, por ejemplo, para visitas de pares académicos, evaluaciones o aprobaciones de algún programa, las jornadas sean exhaustivas y Toya deba pasar varios días con contadas horas de descanso. “No entiendo, no entiendo cómo lo logra. Yo a las 12 de la noche no puedo más”, comenta Daniela, y añade que tal vez ni la misma Toya tenga una respuesta, pues ese ha sido su ritmo toda la vida, ya sea en una protesta defendiendo una causa, en comunidades olvidadas y carentes, en una montaña o en un convento. “Yo creo que no es una condición de ahora, es propio de su vitalidad, de su energía”.

También puede llegar a ser muy dispersa, pensar en un encuentro que tiene en una semana en México, la reunión con una red, la autoevaluación de la especialización y las sesiones del doctorado en el Centro de Estudios. En cada nube de ideas a las que salta para dibujar esquemas, hay un proyecto en marcha o uno surgiendo. Arma y desarma todo en su mente. “Es muy dispersa. Un día trabajando con ella, es como: ‘Dani, tenemos que hacer tal cosa. ¡Ay!, pero acuérdate también de...’ y no me termina de decir bien lo que tenemos que hacer porque tiene mil ideas al mismo tiempo, hay que tratar de captar todo y ayudarle a estructurarlo”.



¿Qué es lo que más disfruta Toya?,
lo puede escuchar al escanear
este código

Al final del día, todo se resume en apreciar y reconocer las bondades que tienen los demás, trabajar en equipo, siempre. “Se ha dado que en esas redes, siempre me han pedido que juegue roles de liderazgo, y pienso que eso ocurre porque mi estilo de liderazgo es de reconocimiento a la gente, poca utilización de nadie y pocos protagonismos. Yo siento que eso a la gente le gusta, le da seguridad y convoca mucho”.



VIII.

Al filo de la oportunidad

“Somos conscientes de nuestros males, pero nos hemos desgastado luchando contra los síntomas mientras las causas se eternizan”²⁹

Hay una historia de descubrimientos, conquistas, dioses, oro, guerras y matanzas que reflexiona sobre la idiosincrasia colombiana; sobre su pasado y su consecuente reescritura en un presente tardío, oscuro, hipócrita, dañino, perjudicial y al mismo tiempo, lindo, alegre, mixto, desordenado: real.

Nos han escrito y oficializado una versión complaciente de la historia, hecha más para esconder que para clarificar, en la cual se perpetúan vicios originales, se ganan batallas que nunca se dieron y se sacralizan glorias que nunca merecimos.

Esas frases son algunas de las reflexiones hechas hace más de 20 años, con cuestionamientos tan vigentes ahora como en ese momento, sobre la deuda de los colombianos con un pasado que ni siquiera distinguimos con claridad. Migraciones, religiones y dolor. Independencias, libertadores y cómplices. ¿Qué pasa con nuestra memoria?

Pues nos complacemos en el ensueño de que la historia no se parezca a la Colombia en que vivimos, sino que Colombia termine por parecerse a su historia escrita.

²⁹ Las citas utilizadas en este comienzo de capítulo, alineadas a la derecha, hacen parte del texto *Por un país al alcance de los niños*, escrito en 1994 por el Premio Nobel de Literatura colombiano, Gabriel García Márquez. Esta es la carta de presentación de la propuesta *Colombia: al filo de la oportunidad*, hecha por la Misión de Sabios que se instaló oficialmente en 1993 y entregó el plan final un año más tarde, en 1994.

En su texto *Por un país al alcance de los niños*, el Premio Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez, hizo un recorrido por eso que llamamos Colombia, comenzando desde la época de la conquista y pasando por los innumerables desencuentros con el progreso, los descubrimientos de tierras y las sepulturas de ideas. Sembró la inquietud, o mejor, hizo énfasis en la necesidad de incorporar el arte a la vida cotidiana como fin máximo, vivir y convivir como iguales en las diferencias y llevar a costas nuestro folclore, nuestro dolor:

Por lo mismo, nuestra educación conformista y represiva parece concebida para que los niños se adapten por la fuerza a un país que no fue pensado para ellos, en lugar de poner el país al alcance de ellos para que lo transformen y engrandezcan.

Ese era y siguió siendo el llamado: un mundo al alcance de los niños.

García Márquez integró el grupo de pensadores, humanistas, científicos y académicos de la Misión de Sabios de 1993, convocada por el expresidente César Gaviria Trujillo, en la búsqueda de respuestas sobre qué necesitaba Colombia para avanzar hacia otros escenarios de progreso y participación ciudadana, en el que la educación fuera el camino para pensar-se. Esa comisión estaba integrada, entre otros, por el neurocientífico Rodolfo Llinás Riascos, el docente e ingeniero Eduardo Aldana Valdés, el investigador Carlos Eduardo Vasco Uribe y el médico Manuel Elkin Patarroyo. La propuesta la resumieron en el documento *Colombia al filo de la oportunidad*.

Algunos de los puntos de atención sugeridos al Gobierno fueron³⁰:

- I. Adoptar el concepto de la buena gestión y mejoramiento de todas las organizaciones colombianas.

³⁰ Documento completo en: http://www.plandecenal.edu.co/cms/media/herramientas/colombia_al_filo_de_la_oportunidad.pdf

2. Difundir y promover el concepto de las organizaciones que aprenden y educan, a través de programas ministeriales específicos, financiados, ejecutados y evaluados.
3. Promover una campaña educativa dirigida a todos los colombianos, orientada a inculcar la idea de que todos debían exigir a cada una de las organizaciones productos y servicios de calidad, entregados oportunamente y a costos razonables.

A las organizaciones públicas, por su parte, se hicieron recomendaciones como³¹:

1. Incrementar y ampliar los esfuerzos del gobierno, a través de la Consejería para la Modernización del Estado de la Presidencia y otras entidades, para mejorar la gestión de las organizaciones públicas.
2. Atacar las causas y no los síntomas de los problemas en los programas de racionalización y simplificación de trámites y de implantación de sistemas de control interno.
3. Hacer obligatorio que todos los ministerios, los departamentos administrativos, las empresas industriales y comerciales del Estado, las sociedades de economía mixta y todas las demás organizaciones públicas adoptaran esquemas integrales y modernos de gestión.

Como parte de las respuestas y acciones frente a las recomendaciones del grupo, la Presidencia de la República creó el Consejo Nacional de Competitividad, que sería el ente asesor del Presidente en el mejoramiento de la calidad, productividad y competitividad del país y de sus regiones.

³¹ Idem.

Integrar la ciencia y la tecnología a la vida de los ciudadanos, la creación de grupos de investigación, el fortalecimiento de redes de innovación y el incremento en la prestación de servicios sociales, fueron otros de los compromisos del Gobierno.

“El futuro de Colombia va a estar profunda y directamente relacionado con la capacidad que los colombianos tengamos de organizar la educación; la hija de la educación: la ciencia; y la hija de la ciencia: la tecnología”, aseguró el comisionado Rodolfo Llinás en su momento, y agregó que sin lugar a dudas, este sería “uno de los ejes principales del futuro de nuestro país en el siglo XXI”.

Una de las críticas que recibió la Misión de Sabios del 90 fue que no llegó a materializarse completamente y pasó al archivo colectivo como un diagnóstico más -utópico quizá- de lo que debería hacerse en Colombia en términos de ciencia, tecnología e innovación.

Pensar en los niños, su misión

“Siento que esto me corresponde”. Ese fue uno de los pensamientos de Toya cuando aceptó el ambicioso reto de hacer parte de la Misión Internacional de Sabios en Colombia, oficializada en el 2019, compuesta por 49 académicos e investigadores en diferentes áreas que tendrían la tarea de repensar el país a la luz de las oportunidades que ofrece el conocimiento. Tal como lo dice el inicio del texto que el grupo definió para comenzar: “Un país en donde todas las niñas y los niños puedan estudiar; en donde podamos tomar agua del río; en donde las personas sean alegres y vivan en paz”.

De los planteamientos de la Misión de Sabios del 93, fueron, precisamente, las ideas que propuso García Márquez, las más significativas y especiales para Toya. Esa propuesta rompía con la homogeneidad del discurso en pro de las ciencias naturales, las ciencias básicas y el “conocimiento duro”,

pues estas, según la investigadora, representaban apenas una de tantas maneras de habitar que tienen los seres humanos. Esa otra mirada suponía pensar en la democratización y apropiación social del conocimiento.

2019

El proyecto se anunció oficialmente en febrero del 2019, con un plazo de ejecución de 10 meses. La Vicepresidencia de la República coordinó la misión, con apoyo del Ministerio de Educación, Colciencias y 10 universidades que ejercieron una función de Secretaría Técnica General. En diciembre de ese mismo año, los colombianos conocieron la propuesta final y un plan de ejecución posible y sostenible en las políticas públicas de educación, ciencia, tecnología e innovación.

Los expertos trabajaron en ocho grupos con los siguientes ejes temáticos:

1. Tecnologías Convergentes e Industrias 4.0
2. Energía Sostenible
3. Biotecnología, Medio Ambiente y Bioeconomía
- 4. Ciencias Sociales, Desarrollo Humano y Equidad**
5. Océanos y Recursos Hidrobiológicos
6. Ciencias de la Vida y la Salud
7. Industrias Creativas y Culturales
8. Ciencias Básicas y del Espacio

La tarea de cada grupo era presentar un documento colectivo con una propuesta, acompañado de los documentos individuales que cada integrante debía aportar.

En el caso del grupo Ciencias Sociales, Desarrollo Humano y Equidad, resultarían siete documentos individuales y uno general. Además de Sara Victoria Alvarado (Toya), los miembros eran el coreano Kyoo Sung Noh, especializado en sistemas inteligentes de información; el francés Stanislas Dehaene, del área de las ciencias cognitivas; el holandés Johan Schot, historiador experto en tecnología y transiciones hacia la sostenibilidad; el estadounidense William Maloney, del campo de las relaciones de educación e industria; la colombiana Ana María Arjona, enfocada en asuntos de reconciliación, y el colombiano (y coordinador) Clemente Forero, economista.

¿Cómo conversar de educación en un contexto tan diverso? Ante esa pregunta que se hacía, una de las discusiones que Toya planteó desde el comienzo fue la necesidad de pensar la educación pero no de manera transversal, como algo que fuera unido a todo, porque al final quedaría en el aire y los temas centrales serían otros; como por ejemplo, tecnología, ciencia, política, industria, entre otros. Una de las directrices adoptadas desde el comienzo fue convocar una mesa de conversación con expertos en educación en Colombia.

“Yo no represento la educación en la misión, decir eso sería irresponsable e irrespetuoso”, planteaba la psicóloga en cada nueva entrevista que le hacían, en la que destacaban su figura de “sabia” y su rol para representar este campo del conocimiento. Por supuesto, ella reconocía la importancia de sus aportes a la educación, pero solo desde su lugar de enunciación: las Ciencias Sociales y el trabajo con la primera infancia.

Dentro de una primera fase de trabajo, se revisaron los insumos de información, contextos y situaciones a ser analizados para levantar un diagnóstico. El siguiente paso consistió en elaborar recomendaciones en términos de políticas públicas, y por último, las propuestas de acciones concretas para materializar lo anterior.

¿Por qué empezar a trabajar en el tema de los niños y las niñas? Los argumentos sobaban. Desde la neurociencia, por ejemplo, por la importancia

de la gestación y proceso de crecimiento del niño hasta los cinco años para desarrollar su potencial de aprendizaje: el 90 % de sus funciones neuronales (Fraser Mustard, 2002; 2003). Desde una mirada económica, porque la inversión en la primera infancia es vista como uno de los caminos estratégicos para avanzar en el desarrollo de una sociedad. Y desde una mirada de la psicología y la educación formal, porque más allá de los cuidados, atención en salud y nutrición, es en esos primeros años de vida en los que también se forman las relaciones de poder, de cooperación, de hospitalidad y de cuidado.

“Es decir, las bases para la capacidad de agencia para crear y mantener junto a otros las comunidades democráticas a las que todos aspiramos”, expuso Toya en las sesiones de conversación con otros académicos para compartir sobre el trabajo en la Misión.

Cada vez, se confirmaba que esta era “una tarea impostergable. Las brechas son inaceptables”: En Colombia, el 11.7 % de los niños menores de cinco años viven en condición de pobreza absoluta (según el DANE³² 2018); cerca del 50 % de los niños de tres años y del 36 % de los de cuatro años no asisten a ninguna institución (UNICEF³³, 2017; OSC³⁴, 2018; DNP³⁵, 2019) y uno de cada cuatro niños no recibe atención médica básica. Y en cuanto a violencias, de acuerdo con Save the Children, en su informe del 2017, ese año en el país, 586 niños y 1.800 niñas entre cero y cuatro años fueron abusados sexualmente por miembros de sus familias.

“Los niños y niñas son de los sectores más vulnerados, no solo por pobreza y desnutrición, sino por la manera como desde la educación les entregamos el conocimiento”, comenta Toya. Además, según ella, hoy en día las Ciencias Sociales no cumplen su rol de pensar, comprender, re-

³² Departamento Administrativo Nacional de Estadística en Colombia.

³³ Fondo para la Infancia de las Naciones Unidas.

³⁴ Organizaciones de la Sociedad Civil.

³⁵ Departamento Nacional de Planeación en Colombia.

flexionar y transformar esas situaciones. La situación podría y tendría que disminuir buscando un proyecto emblema. Ese fue, precisamente, el reto que ella asumió. “Siento que esto me corresponde. Hay pocas personas pensando desde el ámbito de las ciencias sociales, del humanismo, esa es mi misión”. Así comenzó su participación en este grupo.

Una de las propuestas fundamentales fue la Universalización de la educación con atención integral a la primera infancia. “Los niños de la primera infancia no son hijos de adultos, son hijos de jóvenes; y dentro de los jóvenes, de mujeres, y dentro de las mujeres, de adolescentes”. Ese último punto, específicamente, respondía a la búsqueda por esas raíces de desigualdad, planteadas por el filósofo Luis Villoro de la siguiente manera:

“La desigualdad de las mujeres constituye un caso especial entre todas las discriminaciones sociales. En efecto, a diferencia de otros casos, no constituyen una clase social, ni un grupo específico; no son una comunidad, ni una minoría social o racial, atraviesan todos los grupos y pueblos y, en todos ellos, son una inseparable mitad. Acabar con las condiciones que han permitido su desigualdad social y política sería, después de la liberación de los esclavos, la mayor revolución emancipadora”

(Villoro, 1997, citado en CEPAL, 2010).

Después de casi un año de encuentros y debates, el grupo de especialistas elegidos por el Gobierno entregó el Tomo I del libro de la Misión Internacional de Sabios³⁶. Entre otros, se propuso la autonomía del Sistema Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (Sncti), bajo el liderazgo del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación (MinCTI), junto con el

³⁶ Libro digital de la Misión Internacional de Sabios, Tomo I. https://minciencias.gov.co/sites/default/files/upload/paginas/ebook-_colombia_hacia_una_sociedad_del_conocimiento.pdf

Consejo Nacional de Políticas en Ciencia, Tecnología e Innovación (CTI) y un Consejo Científico. Además, pidió aumentar el rubro de regalías destinado a la CTI, para que pasara del 10 % al 25 % y se invirtiera, principalmente, en la educación de niños menores de 5 años, la financiación de centros de innovación y las acciones específicas detalladas en el informe.

Lo anterior, se integró en tres retos:

1. Colombia Equitativa, para abordar los problemas de exclusión y desigualdad social con conocimiento, educación y salud.
2. Colombia Productiva y Sostenible para pensar el crecimiento del país desde la industria y los servicios con contenido tecnológico.
3. Colombia Biodiversa, innovación basada en un modelo bioeconómico que conserve la diversidad natural y cultural.

También se propuso la creación de un Instituto Superior de Investigación en Educación y Alta Formación de Maestros y un plan de becas y estímulos para el estudio de las ciencias básicas.

Esa fue la hoja de ruta trazada en la búsqueda de mejores oportunidades para Colombia, autonomía científica y tecnológica, un reto que apenas comienza y que requiere paciencia y tiempo para comenzar a materializar resultados.



Al escanear este código puede ver a
Toya hablar sobre la importancia de
celebrar la vida

Senderos a la ciencia



IX.

Despedidas

“¿Quién dijo que todo está perdido? Yo vengo a ofrecer mi corazón. Tanta sangre que se llevó el río. Yo vengo a ofrecer mi corazón”. La vida y obra de la compositora argentina Mercedes Sosa (1935-2009) siempre acompañaron la de Toya. Fue para muchos una de las artistas latinoamericanas que supo recoger en poesía, canción, folclor y protesta lo que ella sentía: ganas de ofrecer su corazón y trabajar por la comunidad. El camino no fue simple, pero siempre hubo una salida.

“Y hablo de países y de esperanzas. Y hablo por la vida, hablo por la nada, hablo de cambiar esta, nuestra casa, de cambiarla por cambiar, nomás”. Perseguida, presa, exiliada durante muchos años en Europa, Sosa fue, según la periodista de Reuters, Helen Pooper³⁷, una artista que “luchó contra los dictadores de América del Sur con su voz y se convirtió en una grande de la música latinoamericana contemporánea”.

“Y uniré las puntas de un mismo lazo, y me iré tranquilo, me iré despacio, y te daré todo, y me darás algo, algo que me alivie un poco más”. El día que la cantautora falleció, en la familia Ospina Alvarado realizaron un ritual para despedir la esencia de esa persona que, aún sin conocer frente a frente, los acompañó siempre, en el día a día, el trabajo, la vida en familia o los días de estudio. Allegados y amigos se reunieron en la finca de Toya para interpretar y cantar las músicas de Sosa, para honrar su paso por este mundo. Ese día, hicieron un círculo con velas que plantaron en el prado, las encendieron y cantaron hasta que todas se consumieron. “Yo siento que su vida, expresada en su música, le ayuda a uno a ser un mejor ser humano”, dice Toya.

³⁷ Pooper, H. (Octubre 5 del 2009). Argentine singer Mercedes Sosa dies at 74. Buenos Aires: Reuters. <https://br.reuters.com/article/idUSTRE5931S220091005>

Y es que los rituales son tradición para ellos. También hicieron un homenaje a don Alfredo Alvarado, un hombre que se caracterizó por ser estricto y autoritario, de pocos afectos y muestras de cariño hacia sus seres queridos, a excepción de sus nietas, con quienes quebró su coraza y demostró el amor que pocas veces manifestó tan abiertamente con sus hijos. Fue un hombre duro que inspiraba hasta miedo, “pero de una generosidad radical”, resalta Toya. “Cuando yo era niña, mi papá nunca me dio besos ni me cargó. Siempre fue así hasta el día que nació Angie, su primera nieta. A él le cambió la vida y el corazón, no logramos entender qué pasó, pero cuando Angie nació, él la alzó con esa ternura que nunca tuvo con sus hijos”.

Desde el 2012, la salud de Alfredo comenzó a deteriorarse a causa del alzhéimer. En ocasiones, él no recordaba a las personas y las rechazaba y la relación con Toya fue más tensa. Tal vez, Alfredo esperaba que ella siguiera la línea de estudios de sus hermanos en las ramas de la ingeniería y la biología, en lugar de psicología. Y seguramente, lo último que esperó fue verla casarse en una vereda, en lo alto de una montaña, con un sujeto que él conoció apenas ese día en la ceremonia.

En el 2019, durante el ritual de despedida que le prepararon, cada integrante de la familia le escribió algo en un papel: un pensamiento, una frase o una palabra que querían decir antes de que él ya no estuviera entre ellos. Uno a uno fueron expresando estos sentimientos y entregándolos a una llama encendida en una bandeja. Toya recuerda lo que dijo: “Te agradezco una cosa: tú eras muy bravo y no me gustaba que fueras así; pero si algo aprendí es que todo en la vida lo hacías por otros, bravo y furioso, pero por los demás y eso me quedó de ti”. Alfredo falleció en marzo de ese mismo año. Sus cenizas fueron repartidas entre sus hijos y cada uno plantó un jardín en sus casas para extender su vida.

En tiempos adversos, hay algo que siempre ha caracterizado a Toya: resiste y pocas veces suele quebrarse, menos cuando se trata de sus hijas. Y con Cami, la menor, vivió tres momentos que reafirmaron su idea de familia como una fuente incesante de apoyo y amor. “Cami tiene las siete vidas del gato”, asegura. Cuando su hija tenía 10 años, un perro de raza Fila Brasileiro la atacó. “Tranquila, mami, no llores. No es tan difícil”, le decía Cami a su angustiada madre cada vez que las enfermeras entraban a su habitación (hasta tres veces en un día) para raspar las heridas en su cuerpo y evitar cualquier infección. Una cirugía plástica y una extenuante recuperación de tres meses la sacaron de ese difícil episodio.

Luego, en el 2011, Toya recibió una llamada de Angie, su hija mayor, diciéndole que a Cami se le había reventado un tumor en el hígado. Se estaba desangrando. “Vamos a hacer todo lo que podamos pero, prepárese, es muy difícil salvarla”, fue la advertencia del médico. “No había cómo salvarla. Yo me acurrucaba al lado de ella para cantarle, la acariciaba y le decía: ‘Usted no se me puede morir porque yo me muero’”, alcanza a narrar Toya antes de que se le corte la voz y se le escapen las lágrimas. Cami sobrevivió. Dos años después, en el 2013, la joven fue diagnosticada con cáncer de tiroides. Justo en ese período nació Sofi (la hija mayor de Angie) y operaban a Cami. Toya no pudo ver a su nieta durante dos meses, el tiempo que le tomaron las radioterapias de Cami, un proceso de medicina nuclear para tratar la tiroides.

En el 2016, en medio de este proceso difícil para la familia, Toya recibió la Mención Magna cum Laude, de la Universidad de Manizales y un reconocimiento especial por los quince años de la creación del Doctorado en Ciencia Sociales, Niñez y Juventud, programa que ese mismo año logró la acreditación de Alta Calidad del Ministerio de Educación Nacional y ocupó el quinto puesto en el Ranking Post-Sapiens realizado por el Sapiens Research Group.

En el 2018, cinco años después de la cirugía, los médicos le aseguraron a Cami que se había curado. Hoy Toya recuerda esos episodios como “dolores muy fuertes pero con unos niveles de compensación muy inmensos; esta expe-

riencia me devolvió la espiritualidad”. En su cumpleaños número 50, sus hijas y su esposo le prepararon una fiesta para celebrar. Después de los discursos de amigos, familia, compañeros y conocidos que se dirigieron a Toya ese día, fue su turno: “Lo más hermoso de mi vida es que hoy puedo decir que ya estoy lista para partir. Siento que mi vida no ha sido en vano, y si me tengo que morir hoy, me muero feliz porque fue una vida llena de cosas bellas”.

Una vida llena de retos, locuras, sueños, logros y enseñanzas que marcaron su camino y el de muchas personas que se han cruzado por sus travesías o se han beneficiado por su trabajo con la comunidad. “Toya es una luchadora de la infancia, la juventud, los Derechos Humanos y un país democrático al alcance de los pobres y los niños. Si me preguntan que si me volvería a casar con Toya, yo diría: estoy casado y me caso todos los días; incluso, ya hemos renovado nuestra promesa de matrimonio, siempre con el compromiso humano y social. Ese ha sido el juego de nuestra vida”, dice Héctor Fabio. Agrega que los dos siguen soñando con un mundo fraterno y una vida más humana. “Es posible que florezca en Colombia un trigo que sea repartido para todos, como dice una canción, y para eso estamos investigando”.

Y es que precisamente, entre los proyectos, las ideas, los viajes y los amigos, entre las redes internacionales, las reuniones y los congresos, junto con las celebraciones, los cumpleaños, sus hijas, sus nietas y su familia, entre tantas ponencias, presentaciones y publicaciones y otra cantidad de momentos marcados en su agenda diaria, Sara Victoria Alvarado Salgado, continúa reinventando las posibilidades que le ofrecen la academia y la sociedad, de fortalecer las ciencias sociales como un campo de estudio rico y necesario para construir conocimiento. Cada nueva experiencia sigue estando al servicio de los demás, como una invitación para crear y soñar mundos al alcance de lo humano. Como ella asegura: “Vale la pena gastar toda la vida en tratar de tener comprensiones más claras del mundo para poder realmente encontrar las maneras de transformar ese mundo e ir construyendo aquello que se acerque más a nuestros sueños de humanidad”.

X.**Para atravesar el muro: un cuento del tamaño de lo humano**

Sara Victoria Alvarado Salgado

En un país muy lejano, al otro lado del árbol de roble que se erguía en el jardín un poco orgulloso y desafiante, vivían gigantes del tamaño de un dedal, con corazones rellenos de viento que flotaban sin dirección, al azar de corrientes caprichosas.

Había allí una tienda árabe donde vendían sonrisas, comerciaban con el amor; se intercambiaba decisión y conciencia...se podía comprarlo y venderlo todo...casi hasta el gusto, la forma de mirar y de caminar.

Algo encontré en aquella tienda que llamó especialmente mi atención: fue el estante de las máscaras. Las había de felicidad y tristeza... de risa y de llanto... de rabia y de complacencia... de agrado y de desagrado... de placer y de displacer... cada una venía empacada en un paquete recubierto con hilos de oro. En su interior, en letra gótica, estaban las instrucciones de uso. ¿Cuándo usarla? ¿Cómo usarla? ¿Por qué usarla? En la parte superior del estante había un letrero rodeado con guirnaldas de colores, de latas de Coca Cola, que decía: "Aprenda a vivir".

En aquel lejano país encontré, además, un templo. Uno de los gigantes del tamaño de un dedal, parecía como anclado en la puerta y tenía en cada mano un rollo de pergamino, uno blanco y otro negro. En el blanco, estaba impreso con tinta indeleble un conjunto de indicaciones sobre todo aquello que podíamos y debíamos hacer. En el negro, todo lo que no se podía... o si se podía, no se debía.

El gigante llevaba colgado, en la solapa de su largo traje, un jeroglífico que me costó mucho descifrar... Con esfuerzo, logré entender su significado: "Si quiere ser bueno y aceptado, lea solamente el pergamino blanco". Ese día me enteré además de que existía la maldad y la culpa.

Caminando por la plaza vi innumerables gigantes. Cuando los miré de cerca y con mayor cuidado, descubrí que los había "gigantos" y "gigantes". Todos usaban sus máscaras y caminaban como prendidos de hilos casi invisibles y sus movimientos eran tan armónicos que creí que yo nunca lograría imitarlos, pero... sin esforzarme demasiado, al cabo de unas horas, era ya casi una maestra.

Aquel país con su plaza, su tienda y su templo, estaba rodeado por grandes muros difíciles de escalar... Casi todos, los gigantes buenos, decían que el mundo llegaba hasta el muro...no había por qué pensar en atravesarlo. Otros, algunos pocos (supe que los llamaban locos), decían en sus monólogos, en sus gritos perdidos, que sólo detrás del muro estaba la posibilidad de humanidad.

Mucho tiempo viví en aquel país corriendo de la plaza a la tienda, de la tienda al templo, del templo a la plaza... movida por los mismos hilos casi invisibles, que un día me habían parecido extraños... usando máscaras con tanto talento que llegué a pensar que mi futuro estaba en ser "teatrerá"... sabía cuál máscara ponerme, cuándo hacerlo... dónde y cómo usarla.

Así transcurría mi vida en aquel lejano país... hasta que una noche cualquiera, de esas que sólo se usan para soñar lo que no se puede vivir... para dormir el cansancio de vivir cuando nos atrevemos a hacerlo... ¡soñé un sueño tan, pero tan extraño!

Soñé que los gigantes buenos eran los locos y que los locos eran los gigantes buenos... y algo extraño sucedía, pues soñando la vida al revés, ¡mepecé a sentirme más humana!

Al despertar esa mañana cualquiera, después de una noche cualquiera... entendí que soñando mundos posibles, estaba lista para construir mundos posibles... Fue por ese entonces cuando decidí atravesar el muro.

Fui a la plaza a buscar a algún gigante del tamaño de un dedal que quisiera atravesar el muro conmigo... pero ninguno encontraba sentido a mi propuesta.

Busqué entonces a uno de esos otros, de aquellos que llamaban locos... pero ya habían atravesado el muro esa misma noche mientras yo soñaba.

Corrí entonces a la tienda en donde todo lo vendían, a comprar la capacidad de escalar, de volar... la capacidad de libertad que me permitiese transgredir el muro que me separaba de mi propia humanidad.

El tendero, un poco sorprendido, tal vez por la ingenuidad de mi pregunta, me respondió: "Hace mucho tiempo que esos productos están discontinuados".

Sorprendida, pasé al templo... tal vez encontrase algo en el pergamino blanco que me permitiera encontrar la forma de escalar el muro. Leí con detenimiento una y otra vez, volví a repasar dudando de mi intención... pero nada...no aparecía nada. Cuando salí del templo con gran frustración, fijé mi mirada un poco perdida en el pergamino negro!

Estaba "casi" nuevo... Tal parecía que muy pocos lo habían leído... Sentí temor de entrar en él. Con gran sorpresa, encontré en letras viejas, borrosas, como cansadas de esperar ser leídas...unas palabras: sueña, piensa, ama, busca la libertad, disiente, construye...crece.

Fue así como encontré el sueño de los locos... ¡Estaba lista para escalar el muro! Ya me había atrevido a soñar el sueño de los locos... Y con mi morral al hombro, lleno de ilusiones y de preguntas...con la decisión que

emana del derecho a la vida, me acerqué desafiante al muro y, con gran sorpresa, vi cómo él se deshacía en moronas que iban cayendo una sobre otra, formando casi una cascada de colores que producían el sonido del cristal.

El golpeteo se confundía con el sonido de la risa. Mis ojos no podían creer lo que veían... Allí, al otro lado del muro, todo era transparente... cada minuto, cada espacio, albergaba en su interior corazones de todos los colores, rellenos de vida y de sentido.

Vivían allí hombres y mujeres que no eran gigantes. Todo lo contrario. Eran pequeños y sencillos, casi del tamaño de la inmensidad... danzaban tomados de la mano al ritmo del viento y cantaban con júbilo.

Cuando me acerqué a ellos, quise ser como ellos... Cuando cantaban, cada nota que se desprendía de sus voces tomaba la forma de una rosa amarilla, de aroma un poco tenue.

Una gaviota blanca de brillante plumaje, tomaba en su pico cada rosa y la llevaba volando muy alto a una de las estrellas... de las mil estrellas ¡que daban su transparencia a la vida detrás del muro!

Yo había llevado mis máscaras y cuando me acerqué a los hombres y a las mujeres que vivían detrás del muro, que tenían el tamaño de la inmensidad, me coloqué la máscara de la "sonrisa para un primer encuentro" pero algo pasaba, la máscara tallaba, casi que laceraba mi piel.

Además, los que allí vivían me miraban sorprendidos... allí las máscaras sólo se usaban para hacer teatro, no para vivir: Un poco asustada por mi torpeza para vivir en aquel paraíso, miré, tal vez busqué, una mano que me ayudase a descubrir y a descubrirme... a construir y a construirme... que me mostrara el camino respetando la torpeza de mis inseguros pasos. No tardé mucho en encontrarla, estaba allí abierta, extendida y cálida.

da... tenía que ser la mano de un ser maravilloso. Sí, era la mano de “Tú –Tú”, el amoroso, el presente. Lo llamaban: ¡EL AMIGO!

La existencia de “Tú –Tú” estaba rodeada de un halo tan sorprendente... era un poco fantástico... un tanto mágico. Tomada de su mano, aprendí a mirar el olor de las flores... a saborear el canto de los pájaros... a escuchar el azul del cielo... a oler la suavidad de la arena... Aprendí a crecer por dentro, a transgredir la luz de la noche, a tocar el sol en mis sueños, a volar tan alto, tan alto... A sentir, a jugar, a reír, a cantar... A soñar con rosas amarillas para tener rosas amarillas. En fin, creo que aprendí a construir mundos posibles... y al hacerlo, recuperé mi propia humanidad. La verdad es que nunca me imaginé que fuera tan bella... tan dulce... tan vital.

Por esos días, en una noche cualquiera, vino “Tú –Tú” a mis sueños y con la voz del maestro me dijo: “Has aprendido a vivir... vuela tan alto como puedas, llega a las estrellas y riega con mucho afecto cada una de las rosas amarillas que tu amiga gaviota ya sembró”.

Al despertar de mi sueño, la mano de “Tú –Tú” ya no estaba cerca, pero él seguía cerca... Cuando lo miré a los ojos, sonrió y con la ternura que caracteriza a los constructores de lo humano, abrió sus brazos fuertes y me mostró una estrella que aparecía tímidamente en lo alto... le dije: ¡Vamos! Me dijo: ¡Ve! Le dije: “No puedo, voy contigo”... Me dijo: “Ve sola... ¡Tú eres capaz! Sigue adelante... Vuela alto... Llega lejos...”. Partí muy triste con la convicción de que no volvería a verlo.

Salté en mis sueños... llegué a la estrella, regué la rosa... y cuando regresé, con alegría... con júbilo... encontré a “Tú –Tú”. Estaba allí, tan maravilloso como siempre... más libre que nunca... realmente, él nunca se había ido... había conquistado mi espacio interior.

La guitarra no solo ha acompañado a Toya en sus fiestas y reuniones, sino que se convirtió en un símbolo de unión, franqueza y amor.







Sara y Héctor se casaron en un pequeño pueblo de Cundinamarca. El trabajo por la comunidad marcó el día en que prometieron amarse toda la vida y buscar soluciones para los más necesitados.



En la casa de Toya los muebles también tenían papel político. Los niños y niñas eran actores activos, con voz y voto.





Una de las pocas fotografías que existen de
Toya cuando vistió los hábitos.

Germán Olarte y Toya son grandes amigos.





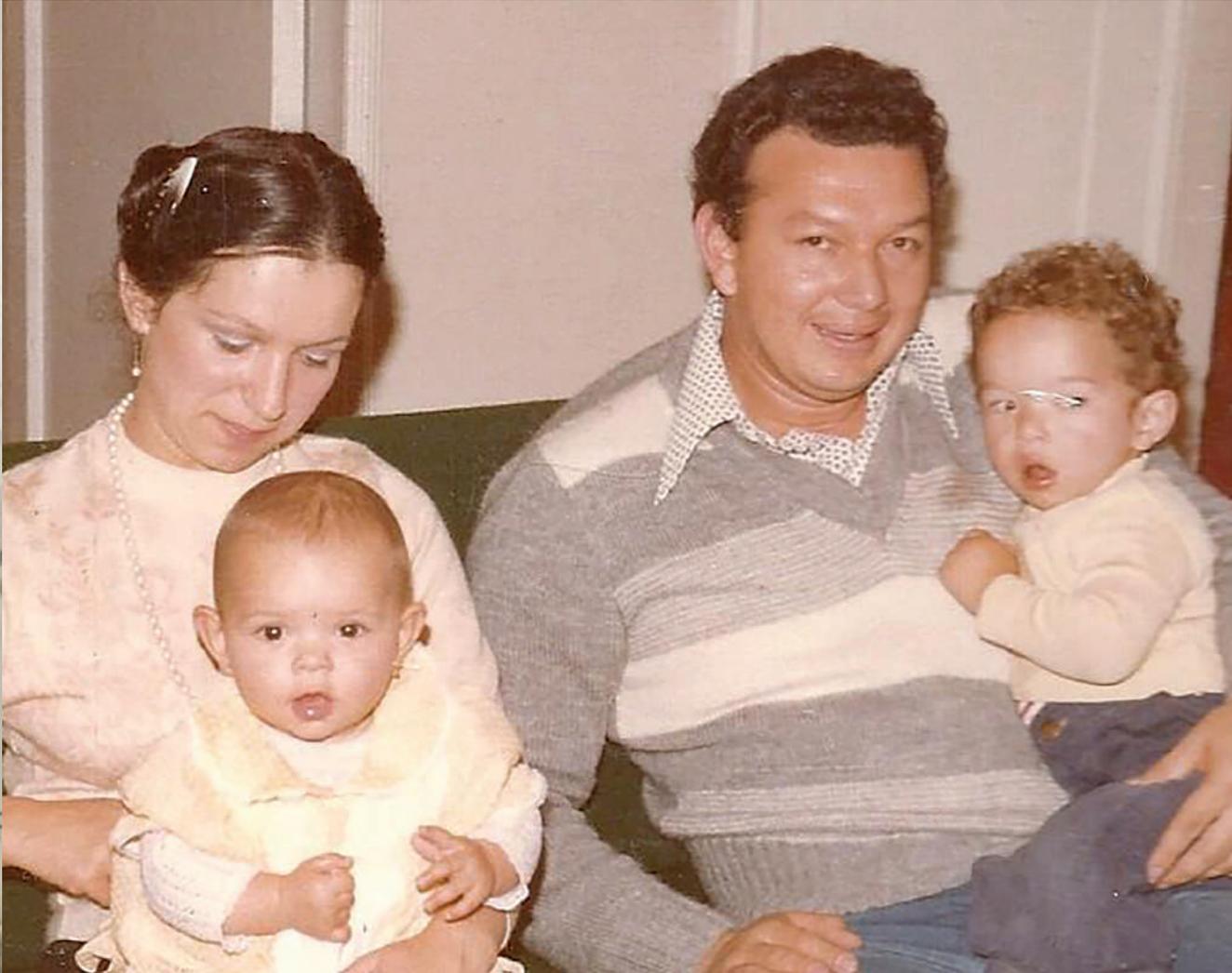


Germán Olarte en la sala de su casa

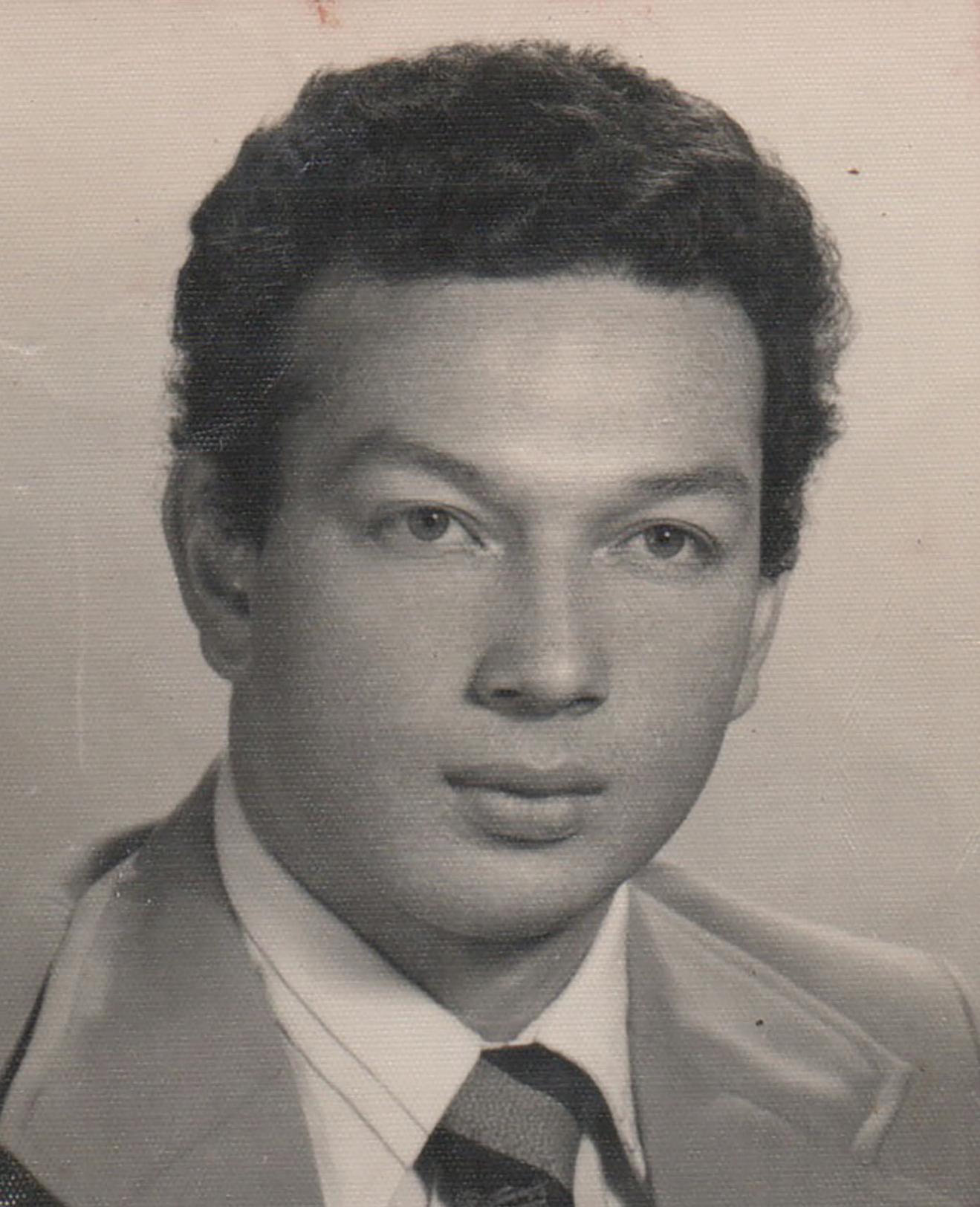


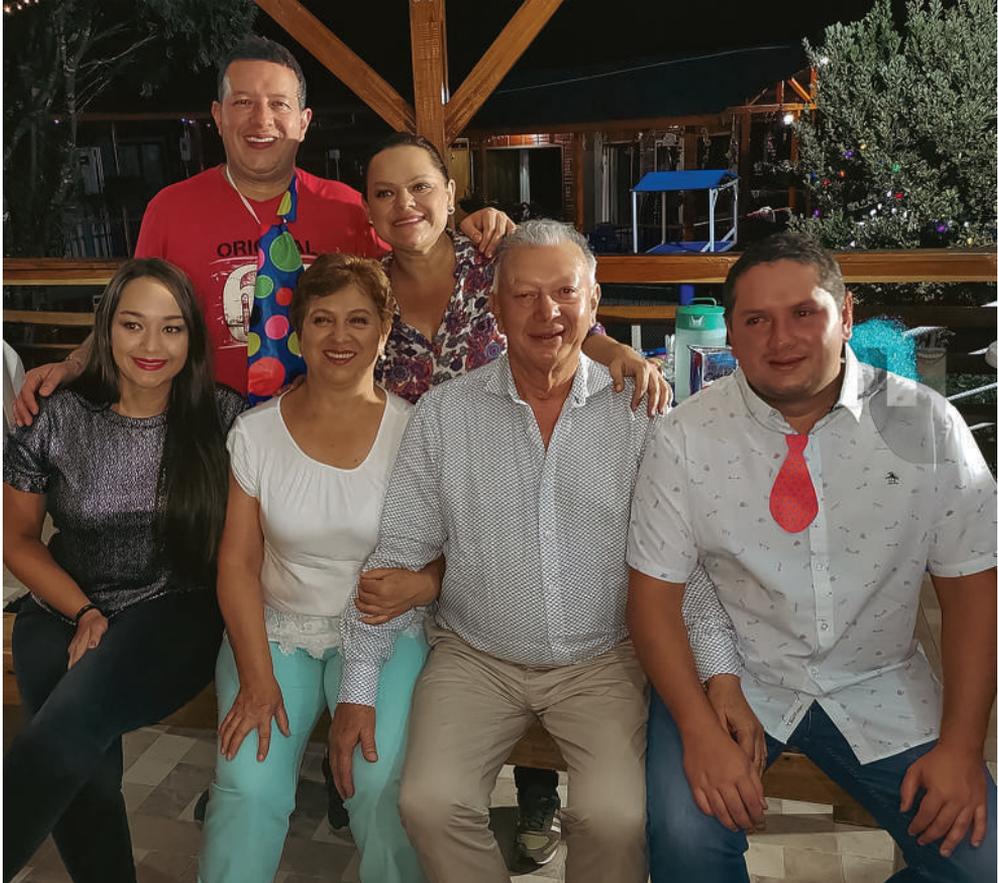


Germán Olarte en el colegio. Disfrutaba de jugar fútbol pero se enamoró del baloncesto en el bachillerato.



Germán y su esposa Gloria con su hijo Luis Bernardo, el primogénito
y María del Rosario, la segunda hija del matrimonio.





Gloria y Germán con sus cuatro hijos. Luis Bernardo del 20 de noviembre de 1976. Rosario, del 5 de abril de 1978. Germán, del 9 de marzo de 1986 y Maria Camila del 10 de diciembre de 1991.





Germán Olarte Echeverri

- i. En el centro de la vida
- ii. Preguntando se llega a Roma
- iii. Una abuelita en piso de tierra
- iv. Enfermedad social
- v. Caminando
- vi. Luz en medio de la oscuridad
- vii. Cuesta abajo
- viii. Un viaje a Chinchiná
- ix. Lo que nunca cesa



CECILIA RAMÍREZ GÓMEZ
HISTERECTOMÍA
ALÉRGICA: SULFAS, ASA

I.

En el centro de la vida

El médico gineco-oncólogo Germán Olarte empuja resueltamente las puertas plateadas de la zona gris del tercer quirófano de la Clínica Santillana en Manizales³⁸. Viste una bata morada, tapabocas azul y un gorro adornado por calabazas de Noche de Brujas, y se dirige hacia un lavamanos de aluminio donde cuatro tubos largos como cuellos de cisne vierten agua gracias a un sensor de movimiento.

“Buenos días, mamita”. “Hola mijita, ¿qué tal?”, saluda a las enfermeras e instrumentadoras mientras pone sus manos bajo el agua y las remoja hasta el codo. Una, dos, tres cargas de jabón caen automáticamente y durante seis minutos restriega de manera casi compulsiva sus palmas, brazos, antebrazos y uñas. Saluda al médico anesthesiólogo Carlos Llano, pregunta por su familia. Hace lo mismo con todos los presentes. Al terminar, una joven vestida de verde con gorro azul lo ayuda a secarse. Ahora el cirujano está estéril y listo para llevar a cabo la histerectomía que, durante las siguientes dos horas, le realizará a doña Amparo Pérez, de unos sesenta y tantos años, quien luego de sufrir un cáncer y soportar quimio y radioterapias deberá despedirse de su útero para evitar complicaciones más adelante.

La ‘zona gris’ es la antesala del quirófano propiamente dicho, un lugar cegadoramente blanco y lleno de luz donde el anesthesiólogo Llano, tres enfermeras y una instrumentadora laboran alrededor de la camilla de doña Amparo. La paciente pregunta si va a dormir durante la cirugía, le

³⁸ Clínica privada fundada hace 25 años en la capital de Caldas, Manizales.

explican que por ratos, que puede hablar todo lo que quiera pero que no sentirá nada, aunque tampoco lo recordará. La anestesia es raquídea, le dicen, porque ayuda al posoperatorio y evita trombos en las piernas. Uno de sus efectos es que la dejará amnésica durante algunas horas.

Un pito constante, que se pierde en el paisaje sonoro del quirófano, representa el ritmo del corazón de doña Amparo. Una luz ovalada está enfocada en la zona pélvica, previamente rasurada y esterilizada. El resto del cuerpo está cubierto con una lona azul cielo.

“Colocamos el electro en 45 formulación en corte 40”, indica Olarte a la enfermera. “¡Eso!”, dice con ánimo cuando cumplen sus solicitudes. A su lado derecho, una mesita plateada está llena de instrumentos: largos, cortos, de formas extrañas, gasas, agujas y demás. Al fondo, junto a otra mesa más grande milimétricamente ordenada, una enfermera espera pacientemente cualquier petición.

Empieza a escucharse un sonido parecido al de un tenedor y un cuchillo cuando se golpean. Dos pinzas comienzan la búsqueda del cuello uterino. Deben cumplir varias estaciones para llegar allí.

Un bisturí rompe la piel como si fuera un pedazo de cristaflex, de esos que se utilizan para cubrir los alimentos. Al principio, la epidermis³⁹ se arruga hasta que la presión es tanta que se parte en dos y queda tersa. La sangre mancha el espacio que en pocos segundos atiende la enfermera. La meta es hacer una incisión circular para empezar la travesía quirúrgica, primero para hacer a un lado el tejido mucoso y más adelante la pelvis. Dos pinzas grandes agarran los costados internos de los muslos de doña Amparo para abrir el espacio necesario y así Olarte pueda entrar al laberinto uterino.

³⁹ Membrana que recubre la parte más superficial, en este caso, de la zona pélvica.

En ese momento entra un hombre moreno, también vestido de azul. Es el médico Jhon Jairo Díaz. Saluda y toma las pinzas para que el médico Olarte pueda continuar y llegar más a fondo. Poco a poco, entre fórceps y otro par de pinzas se van abriendo paso por el espacio vesical y el rectouterino. Parece un tubo vacío, hasta que pocos centímetros más adelante aparece una especie de bola. Es el peritoneo. Los cirujanos deben primero revisar el estado de los ligamentos de Mackenrodt, que sostienen toda esta zona. Para lograrlo es necesario entrar a la cavidad abdominal.

Para ingresar, Olarte utiliza otro instrumento del tamaño de un lapicero, un electrobisturí. Una punta pequeña y doblada quema el peritoneo y lo parte por la mitad, de arriba a abajo. El sonido es parecido al de una sartén caliente llena de aceite que hace contacto con agua. “Aquí introduzco este separador y ahí está el útero. Ya estamos en la cavidad abdominal”.

Una enfermera enciende el aspirador y acerca un tubo de plástico azul para drenar la sangre y un líquido de color blanco. Olarte explica que ya está viendo el espacio rectouterino y que ahora debe llegar a la parte posterior. Para esto, repite la incisión solo unos centímetros más abajo. “Véalo acá está. Voy a reparar el peritoneo y el tejido mucoso, es decir; a señalar bien cada una de las estructuras”.

Solicita un separador delgado, lo introduce en la parte posterior del útero y lo utiliza para diferenciar los ligamentos cardinal y el uterosacro que sirven de sostén para todo el órgano. Ya llegó al centro de la vida.

El útero tiene dos grandes componentes: el cuerpo uterino, donde se forman los bebés y el cuello uterino, que está íntimamente ligado con la vagina. Ambos reciben terminaciones nerviosas del ligamento cardinal⁴⁰,

⁴⁰ Estructura ubicada en la zona lateral del útero y que se une con el ligamento uterosacro. Proporciona apoyo al útero y transporta arterias uterinas que suministran sangre al órgano.

el cual el médico Olarte bloquea con un par de pinzas -una a cada lado- para evitar mayores dolores en el posoperatorio. Suenan dos *cracks* y listo.

Con maestría, el cirujano identifica cada una de las partes que fácilmente se pueden confundir. Tiene marcada en su memoria el color, grosor y textura de los cientos de componentes que posee esta zona femenina.

Una voz débil, casi en tercer plano, se escucha en el quirófano. "Doctor, ¿ya vamos a empezar?", dice doña Amparo, quien acaba de despertar de uno de sus tantos microsueños. Una risa conjunta silencia por unos segundos el bip-bip del monitor de signos vitales. La jefe de enfermeras le dice que ya van por la mitad y el médico Olarte comenta: "¡Eso amparito, ya casi, vamos muy bien!". La cirugía ya pasó la primera hora.

Ahora empieza a notarse una estructura algo pálida que parece un cordón. Es tan grueso como el espacio que queda al unir el dedo gordo con el índice de la mano. Es el intestino grueso. El médico Díaz toma una compresa y se la pasa al médico Olarte. "Lo vamos a rechazar porque no nos deja trabajar", la introduce despacio pero con fuerza y de esta manera, todas las vísceras quedan ubicadas en el fondo.

Si se cierran los ojos no suena a un quirófano, podría ser un café bar o una sala llena de amigas y amigos charlando. Distintas voces se ubican una encima de la otra. Es casi imposible identificar qué dice cada una. Los golpes de los



Al escanear este código puede escuchar a doña Amparo y a Germán Olarte hablar durante la cirugía

instrumentos quirúrgicos, los pasos casi imperceptibles que bordean el lugar, solo se ven sobrepasados por un bip-bip-bip que hace el monitor de signos vitales cada tantos minutos. En una de las ventanas, al fondo, se ve a nivel el estadio Palogrande. El único que se mantiene en silencio es el anestesiólogo que, sentado al lado de una máquina de un poco más de metro y medio y al costado de la cabeza de doña Amparo, mira fijamente su celular. Parece estar chateando. Espera que nada extraordinario ocurra.

El médico Olarte se detiene un momento, discute unos segundos con el médico Díaz sobre el siguiente paso y el proceso. Aprietan el cuello uterino con tres pinzas, ahora lo deben extraer. Lo miran, dicen que se ve en buen estado. Es una estructura cónica, ubicada en la parte baja del útero y está en contacto con la cavidad vaginal.

Doña Amparo tuvo cáncer de mama -un tipo que se conoce como hormono dependiente⁴¹-. Le realizaron mastectomía radical modificada, es decir, le extrajeron el tejido mamario, los pezones, las areolas y algunos ganglios linfáticos de la axila. Recibió radio y quimioterapia. La cirugía de hoy es preventiva. Prefirieron retirar ambas trompas y ovarios porque al producir hormonas puede afectar o reactivar las células cancerígenas que, por ahora, están en remisión.

Usando el mismo bisturí con que cortaron el peritoneo ahora empiezan a romper los dos ligamentos que unen a la trompa y el ovario izquierdo con el útero. El primero es rojo y el segundo, blanco. El ovario es tan grande como la oreja de un niño de unos 10 años y está lleno de líneas, que parecen los hexágonos de una colmena. El cuello es grueso y más largo. Por allí bajan los óvulos para esperar la fecundación o continuar su ciclo menstrual. Toda la estructura cabe en la mano derecha del médico Díaz.

⁴¹ Este es uno de los tipos de cáncer más comunes, hasta un 70 % se categorizan de esta forma. También se le denominan hormonossensibles o luminales.

Hay algo de sangre, las telas azules se tiñen un poco más de rojo. La enfermera acerca el tubo para limpiar lo más que puede. Debe hacerlo rápido, lo que sigue es esencial. Olarte y Díaz deben ligar la arteria ovárica, un conducto que une esta zona del cuerpo con la aorta; la concentración está al máximo: un solo error puede quitarle al cuerpo oxígeno y proteínas necesarias para la supervivencia. El médico Olarte solicita un portagujas y Vycril 0, una sutura especial muy resistente y que el cuerpo absorberá en tres meses. El cirujano debe hacer una transfixión -un punto en forma de X-. En su mano derecha sostiene un instrumento con una punta afilada. Empieza a romper la piel mientras que con la otra recibe el hilo. Como un maestro de orquesta, mueve rítmicamente sus dedos hasta que finalmente aprieta y queda hecho el nudo. Es un ejercicio tan complejo que hacer solo un movimiento le puede tomar hasta dos minutos.



Al escanear este código puede escuchar lo que se vive en el quirófano

Díaz le entrega a la enfermera la trompa y el ovario izquierdo de doña Amparo. "Ovario y trompa izquierda", dice ella. Empiezan a hacer el mismo procedimiento en la zona derecha: extraer el ovario y la trompa y hacer una transfixión. Enseguida, la enfermera ubica los órganos en la mesa, cerca de los instrumentos, y asegura con voz férrea: "Ovario y trompa derecha".

Doctor - dice doña Amparo.

Cuénteme - responde.

"¿Tengo las piernas abiertas?", todos ríen en la sala. Le dicen que ya casi terminan.

“Ahhh, ¿cómo así?”, contesta la paciente. “Doctor, ¿pero eso que me va a quitar no me hace daño?”. Olarte sigue moviendo con gracia sus manos, mientras le explica que aunque esos órganos ya casi no producen hormonas, era mejor sacarlos. Doña Amparo vuelve a caer dormida.

“Hay que tener mucho cuidado con el intestino, está muy cerca y es peligroso”, comenta el médico Díaz. Ahora deben ligar y reconstruir todo lo que tuvieron que abrir para llegar hasta ese punto. Inician con el peritoneo y el ligamento cardinal. Lo utilizarán para arropar la cúpula vaginal y así dejar que esas fibras que Olarte compara con Sansón, por su fortaleza, puedan cargar el peso de los órganos que están allí. Este procedimiento se conoce como culdoplastia posterior, y es literalmente similar a abrigar a alguien en una cama: los cirujanos toman el ligamento de cada lado y, de manera circular, lo acercan hasta la línea media del peritoneo, lo que termina cubriendo toda la zona.

“Con esto formamos una especie de *airbag* que disminuye la intensidad de las ondas de choque”, comenta el médico Díaz. Por su parte, Olarte dice que la tos, trotar, el coito, ir al baño, reírse, entre otras actividades cotidianas, aumentan la presión que soporta el abdomen, lo que lleva a que el útero se deslice hasta la vagina, lo que se conoce como prolapso del aparato genital. Todo este ejercicio quirúrgico es para evitarlo.

“Eso mijita”, “vea qué belleza”, “esto está quedando muy lindo”, son algunas de las frases que el médico Olarte comparte con su grupo de trabajo mientras sutura. La cirugía en sí no fue larga, tal vez unos sesenta minutos pero durante cerca de una hora y diez minutos más se centraron en reconstruir toda la zona.

Para Olarte esta cirugía es rutinaria. Aunque para esta las posibilidades de que algo saliera mal eran altas: equivocarse al identificar algunas de las múltiples estructuras que hay en la zona pélvica, perforar alguna víscera hueca como el colon o la vejiga, romper algún vaso sanguíneo que

conecte la circulación en la pelvis o los ovarios, que la anestesia obrara mal en doña Amparo, opciones, opciones y opciones. Pero entrar al quirófano siempre ha sido un reto para el médico Olarte, no por él sino por los pacientes. A sus más de 70 años no tiene problema en quedarse horas de pie, a diferencia de algunas enfermeras más jóvenes que deben buscar resguardo en algún sofá cercano. Necesita corroborar que cada una de sus acciones estén encaminadas a ayudar; a prevenir; a salvar.

Un médico Olarte visiblemente cansado pone las últimas dos pinzas en la mesita de al lado. Da un respiro de satisfacción mientras la enfermera y la instrumentadora hacen el recuento de cada uno de los elementos que utilizaron. Le agradece a todos y cada uno de los que allí están. Se acerca a doña Amparo y le susurra algo al oído. Debe ir a almorzar; su esposa Gloria lo espera en casa y, por la tarde, tiene otros pacientes para atender.



Al escanear este código, puede ver el espacio interactivo con audios y videos de Germán

II.

Preguntando se llega a Roma

1949

Germán Olarte Echeverri nació el 24 de septiembre de 1949 en Manizales. En su casa eran once: nueve hermanos, papá y mamá. Él fue el sexto. El primer recuerdo que tiene de su niñez es el fútbol. La cancha de la Universidad Popular (hoy en día de Caldas) era el escenario de un centrocampista que incluso llegó a jugar con las infantiles del municipio. Quería ser el Pelé manizaleño. El equipo de moda era del barrio Vélez. Imbatibles. Pero en un reñido encuentro les ganaron 3 a 2. Aún no llegaba a los 10 años de edad.

Niño desobediente, “casi del montón”, dice él mismo sobre su desempeño en la escuela Anexa, cerca a lo que es hoy el campus Palogrande de la Universidad Nacional. Sus profesoras, de regla en mano, eran la muestra viva del adagio “el conocimiento con sangre entra”. La lección solo servía si estaba al pie de la letra. Los buenos estudiantes repetían, repetían y repetían la información. “Yo era muy imaginativo y no era el niño que se quedaba repitiendo porque ellos exigían volver a decir la clase con puntos y comas y yo, bueno: ¿por qué no se puede decir de esta manera? o ¿por qué la cátedra de agricultura no era así?, ese era mi conflicto”, cuenta Germán.

Vivía en una casa grande, parecía una finca. Germán era un niño estudioso, poco travieso y poco amiguelo y que cumplía con sus labores, mientras que papá y mamá, aunque distantes y fríos entre ellos, nunca tuvieron disgustos mayores.

Su casa era un refugio marcado por el matriarcado. María Silvia Olarte Echeverri, la segunda hija del matrimonio hacía parte de esa energía. “Mi

mamá era una mujer muy inteligente, dedicada al hogar; juiciosa, muy especial en la culinaria, hacía de comer delicioso. Tenía sazón. Para ella lo más importante era la comida y decía que con una buena alimentación uno tenía salud para ser buen estudiante, para su trabajo, para todo”, además aprendió a hacer sombreros y su casa se llenaba con clientes. Era una persona sencilla. Bajita como su esposo. Ella siempre usaba gafas, piel blanca, robusta. Disfrutaba ponerse faldas y le gustaba pavonearse con abrigos y vestidos de sastre.

Manizales siempre ha sido una ciudad intermedia, aunque con un de-tonante en importancia nacional en los años 20 y 30 del siglo pasado gracias al café. Su cultura musical y artística y un grupo de pensadores, escritores y eruditos lograron edificar en estas lomas iglesias, catedrales, bancos, ferrocarriles e incluso un cable aéreo. Conservadora, católica, casi que confesional. Germán creció allí, en medio del machismo, del frío y de la religión.

En su casa, la columna vertebral siempre fue el diálogo. Escuchar, pregun-tar, charlar, abrazar, besar. Se podía sentir débil, desesperanzado, vulnera-ble y en medio de esas cuatro paredes siempre encontró medicina para eso. Su madre, la mayoría de veces, comandaba el batallón. Mientras tanto, su padre, quien murió de 78 años en 1990, se dedicaba a trabajar en la construcción de la vía Manizales - Bogotá, cerca a la zona de Cerro Bravo, tal vez a unos 40 kilómetros de casa. Estaba más ausente que presente.

Don José Olarte López nació en Aguadas, Caldas. Era un hombre per- feccionista, seguramente una de las herencias más fuertes que tiene Ger- mán. “Lo que se proponía hacer, no solo lo terminaba, sino que iba más allá, era un innovador”, dice. Al igual que su padre, Germán es un hombre que no solo sobresale por su buen humor sino porque no le gusta fa- llar. Se toma el tiempo necesario, de pie, horas y horas para que cuando está en el quirófano la sutura quede perfecta. Para que su intervención sea lo menos dañina posible para las pacientes. La perfección ha sido su

acompañante, su guía y, en ocasiones, su castigo, así como lo fue para don José, su padre.

Aunque entre risas no olvida las “pelitas” y una correa gruesa que usaba don José para corregirlo cuando las profesoras lo citaban. Era enérgico y rígido. Su hermana María Silvia guarda en su mente el recuerdo de un hombre bajito, trigueño, honesto y trabajador incansable. Aunque no era el más amoroso siempre encontró la forma de quedarse en el corazón de sus hijos e hijas.

Doña María del Rosario Echeverri, su madre, nació en Salamina y les demostró a sus hijos, con camándula en mano, que es mentira que detrás de un gran hombre hay una gran mujer. Ambos van juntos. Fue ama de casa, la dueña del hogar, la figura de autoridad, de consenso, puro amor. Nunca les pegó, era muy reflexiva, “como una gallinita”, dice Germán mientras sonrío. Una de sus frases le quedó marcada: “La cara del santo hace el milagro”, por eso, desde muy niño, siempre le pone el pecho a los problemas, le gusta resolver directamente todo.

Ella murió a los 65 años por complicaciones de la diabetes y el corazón. Germán estaba terminando el año rural en Aranzazu, a unas dos horas de Manizales. Por la cercanía, viajaba constantemente. Aunque eran muchos hermanos, doña María siempre encontró el tiempo para hacer sentir a cada uno de sus hijos importantes, especiales, por eso Germán la tiene tan marcada. Un grado, un campeonato, un cumpleaños siempre era un momento importante, todos se reunían, se amaban.

El día que murió, en septiembre de 1978, era de noche y Germán estaba de turno; lo llamaron y le dijeron que su mamá estaba delicada, que si podía ir a verla, aunque en realidad ya había fallecido. Un infarto se la llevó. Su hijo no pudo despedirse. Regresar a ese momento, a un adiós postergado, cambia el tono de voz generalmente conciso y fuerte de Germán, a un sonido tenue y nostálgico. Pero sabe que estar en otro lugar tratando de salvar vidas hacía a su madre orgullosa.

Ella fue la razón para estudiar medicina. Quería ayudar a otras personas, estaba seguro de que el papel de la mujer en la sociedad debía cambiar, debía protegerse. “Mi mamá tenía un libro grande de medicina. Ella nunca estudió, sabía lo mínimo, pero se sentaba a leerme cositas sobre el corazón, por eso inicialmente quería ser cardiovascular”. Encontró que muchas dudas le asaltaban y que ser médico le podía ayudar a responderlas.

“Cada día era una enseñanza con ella”, asegura. Laboriosa, con una memoria envidiable y práctica, muy práctica, seguramente de allí sacó su capacidad de resolver problemas de manera rápida y contundente. Le enseñó que preguntando se llega a Roma: “Qué cosa tan sabia, así ha pasado en mi deambular: Cuando no tengo elementos soy muy dinámico para averiguar”. Preguntando logró cambiar la tasa de muertes de mujeres por cáncer de cuello uterino en Caldas. Preguntando patentó un aparato que sirve para mejorar la detección temprana de esta enfermedad. Preguntando se ha ido en contra de muchos de los cánones médicos. Preguntando y preguntando.

La Argentina⁴², un barrio con tinte popular ubicado cerca al colegio Los Ángeles, fue el sitio donde ocurrió la mayor parte de la infancia de Germán. Oleadas de niños jugaban bolas a los cinco hoyos, vuelta a Colombia, fútbol, guerra libertadora. Vivían en una casa de tres pisos, el de la mitad ocupado por los Olarte Echeverri, los demás, alquilados. A ese barrio llegaban campesinos del Alto del Guamo a dos pequeños mercados, vendían pollos, verduras, terneros, huevos y con ese dinero se sentaban a tomar cerveza, aguardiente y a escuchar tangos, vals y folks argentinos.

⁴² Este barrio hace parte de la Comuna La Estación.

En el colegio nunca le fue bien con las matemáticas, los números le daban problemas. Ingresó al Instituto Universitario, un reconocido colegio público fundado en 1920, para hacer el bachillerato. Allí las apuestas fueron a otro nivel. Los reglazos de las profesoras se convirtieron en un paso esencial para entender que el saber es lo único que puede cambiar al mundo. Eran 20 grupos de 40 estudiantes cada uno para primero de bachillerato. Terminaron la secundaria solo dos salones.

Parece a punto de recitar, su postura cambia, le imprime más fuerza a su voz. Cuenta que estar allí lo hizo el hombre que hoy es. Profesores serios, exigentes: Alfonso “Vaca Negra” Palacios, el de biología; Arturo “Cateto” Posada, el de matemáticas, lo marcaron. Hablaban de lo que ocurría en China, de los problemas de la Unión Soviética, del Frente Nacional en Colombia, del Cristal Caldas (equipo de fútbol), en Manizales.

Artistas, cultura, debate, argumentos, contraargumentos y baloncesto eran los temas del día a día de un Germán adolescente.

Los llamaban al tablero. Tragaban saliva, la bendición y a escuchar el desafío del profesor: “A ver, hágame esta factorización” -recuerda Germán sobre Cateto-, silencio en el salón, el ungido intentaba pero no lo lograba, la mente en blanco: “Tiene uno, pero no, mejor cero porque con el uno se chuzo”, decía el profesor y el paredón continuaba.

Cambió el fútbol por el baloncesto. Estudiaba de siete de la mañana a tres de la tarde, y de ahí todo era deporte



Al escanear este código escuche a Germán Olarte recordar sus días como jugador de baloncesto

en las dos canchas que tenía el colegio. La cosa se fue poniendo interesante. Cada vez su equipo tenía más nivel: lo entrenó el Chino Díaz, reconocido periodista y deportista, también Ósforo Bustamante, y empezaron a hacerse notar en los intercolegiados.

Estaba en once, llegaron a la final del torneo contra el equipo Esparta del Colegio de Cristo. El Coliseo Menor Ramón Marín Vargas, que se llama así en honor a un político, abogado y periodista de inicios del siglo xx, estaba a reventar. Las barras de ambos colegios retumbaban. Faltaban unos 30 segundos en el cronómetro. El mejor encestador de ellos, dice Germán, lanzó y pegó en el tablero; él saltó, tomó el balón, hizo un pase y su compañero convirtió. Ganaron por un punto y le quitaron el cetro que por 10 años tuvo la otra institución.

“Como éramos tan fregados, uno de nosotros se subió al último piso y puso un letrero de color rojo que decía ‘Campeones’, y se veía desde el Colegio de Cristo. Ellos hicieron lo mismo en la cúpula: Volveremos”. Este deporte, cuando mira 50 años al pasado, le enseñó a jugar en equipo, a no rendirse, a ser disciplinado y a entender que en la vida también se pierde.

Pero el baloncesto no solo fue su pasatiempo, también le sirvió para zafarse del premilitar. Los viernes y sábados debía ir al Batallón Ayacucho para cumplir dos años de servicio. Uno de los coroneles, en las primeras visitas, preguntó sobre los deportistas, Germán alzó la mano al igual que varios de sus compañeros y los llamaron aparte. Mientras que unos debían marchar; aprender sobre armas, la misión del ejército, realizar largos recorridos; ellos entrenaban para el Interbrigadas Nacional que se jugaría más adelante en Medellín.

El entrenamiento era arduo pero, sin duda, era menos aburrido que el trabajo de sus compañeros. El sargento que comandaba el grupo no era muy amigo de que unos pudieran hacer deporte. Los llamaba “vaselinos”,

algo así como vagos o botadores de corriente, pero donde manda capitán o coronel, no manda marinero. El comandante siempre preguntaba por ellos y se los llevaba. El campeonato en Medellín iba con apuesta y no pensaba perderla.

1968

Era 1968. El general de la Cuarta Brigada los recibió y selló la apuesta con el coronel de Caldas, 200 mil pesos, que para la época no era poca cosa. "Es que tiene mucha plata como para regalarla así, le dijo el general de Antioquia al coronel de Caldas", cuenta Germán, pero su comandante estaba seguro del equipo. El quinteto de Antioquia, que representaba a la Cuarta Brigada, estaba bien armado. Jóvenes altos, acuerpados. Mientras que los de Caldas aunque con una talla mucho menor, eran ágiles.

Germán, y su equipo, jugaron y ganaron. Bogotá, Valle, quinteto tras quinteto fueron cayendo hasta que llegaron a la final, justo contra Antioquia. "Ambos equipos estábamos invictos. El coliseo estaba a reventar. Habíamos adquirido cierto ritmo y la gente nos seguía y nos fuimos a jugar contra la Cuarta Brigada. Les ganamos por 10 puntos y salió el general a regañar al otro equipo: '¿Cómo es que ustedes tan grandes, tan mamones y se dejan ganar de esos culicagados!'".

El coronel les hizo un sentido homenaje, los invitó al mejor restaurante de Rionegro en Antioquia y como premio, les dio un mes libre sin ir al Batallón a prestar sus servicios.



Al escanear este código puede conocer más de la historia de Germán Olarte



III.

Una abuelita en piso de tierra

1969

Su graduación del bachillerato fue en diciembre del 69. En su casa hicieron fiesta, para su madre fue un triunfo de ambos. Gracias a lo que aprendió en el colegio pasó sin mayores dificultades a Medicina⁴³ en la Universidad de Caldas.

“Era como un Batallón Ayacucho”, comenta Olarte, pero ese régimen militar le enseñó disciplina a pesar del estrés psicológico que muchos de sus docentes le impusieron. Una de las primeras órdenes que desacató era que debía ir vestido de corbata y cuello de almidón, nunca la cumplió, eso le generó problemas con algunos profesores. Hoy en día es difícil verlo encorbatado.

Hasta ahí llegó el Germán deportista. Su vida cambió. Los fines de semana debía estudiar; en las noches, cumplir con las rondas de medicina interna y cirugía. “No se me olvida la vacaloca. Era escoger un caso complicado que llegaba al servicio, los profesores tomaban a un estudiante para presentarlo. En 15 minutos debíamos hablar con el paciente, hacer un diagnóstico y discutir lo que encontramos con ellos. Época de no dar papaya”, el que la embarraba, perdía, no había segundas oportunidades. Esas memorias le generan una sonrisa pícaro; sin duda mirar atrás y ubicarse de nuevo en esos momentos de presión extrema le da algo de asombro. Le impresiona haber superado esa etapa.

⁴³ Pregrado fundado en 1950 en la Universidad de Caldas.

“Llegaba el profesor a pasar ronda a las siete de la mañana. Eran 30 o 40 pacientes y debíamos saber al pie de la letra la historia clínica de cada uno: nombre, qué exámenes les habían hecho, cuáles eran los resultados y qué faltaba”. Suelta un resoplo y cae descansado en su silla.

La vida de Germán ha estado marcada por hospitales, camillas, trasnochadas, cirugías. Por esa necesidad de correr en medio de una emergencia, de tomar decisiones de vida o muerte. En ese espacio conoció a quien sería su mujer, su compañera, su amiga, su confidente.

Una liberación de dopamina: así describe el momento en el que en el cuarto piso del Hospital Universitario de Caldas, en el servicio de cirugía, vio a quien se convertiría en su esposa, la enfermera superior Gloria Lucía Jaramillo Mejía.

En una foto en la que el color se ha ido perdiendo por el paso de los años aparece Gloria a inicios de sus 20. Un delfín dorado adorna su cuello, cabello corto hasta las orejas acompañadas por aretes que se parecen a una torre de ajedrez. Sonrisa modesta y mirada distante, de esa mujer se enamoró Germán. Hoy los años no se le notan.

Germán no fue noviero. Iba con sus amigos a las fuentes de soda a charlar con algunas jovencitas, pero siempre ha sido tan respetuoso que pasa por tímido. Luego de ver a Gloria, su recuerdo se quedaría con él entre pecho y espalda. Quería conocerla pero no sabía cómo acercarse, hasta que un día un amigo médico la invitó a una fiesta, quería presentarlos formalmente, y así se dio. Bailaron varias canciones, hablaron, estuvieron juntos. Un chiste aquí, una vuelta allá, un brindis y la conclusión de ella fue: “No me gustó, además nunca ha sido buen bailarín”, dice Gloria sentada en un sillón de mimbre en la finca de la familia, ubicada a las afueras de Manizales.

Con el corazón roto, cabizbajo y sin fuerza, el universitario Olarte tuvo que seguir con su vida. Días después, un hermano de Gloria falleció. Germán llamó a presentar sus condolencias. Charlaron un rato, ese detalle la cautivó, le pareció muy tierna la llamada. Quedó cultivada una semilla.

Ella forzó un encuentro en un paradero de buseta porque lo vio con otra mujer; le pidió a una de sus hermanas que la acompañara para ver con quién estaba. Otro fortuito en el Hospital de Caldas, mientras ambos hacían sus rondas y un tinto de media tarde fueron acercándolos. Ella tenía 21 años y el 26. Él se le declaró, le pidió permiso para visitarla, para conocerla y ella aceptó. Se hicieron novios, al año se casaron... a escondidas. Ninguno de los dos disfruta de las fiestas, ni de ser el centro de atención, por eso, en 1976 salieron de sus casas solteros y regresaron siendo marido y mujer.

“Él es una persona muy directa, muy franca. Tiene una visión muy aguda, muy analítica, trata a todo el mundo por igual. Es llevado de su parecer, terco y le da dificultad aceptar sus errores”. Así describe con rapidez la esposa al esposo, lo mira y una sonrisa se marca en ambos rostros. Vivieron juntos en la casa de los padres de Gloria durante más de diez años. Dice ella que no tuvieron ni un problema. Parecían papá y mamá y no los suegros.

¿Para ustedes, cuál es el defecto más grande de Germán?:

-“Nosotros le decimos ‘el sacaculista’. Le saca el culo a todo”, asegura una de sus cuñadas, Liliana.

-“Pongámonos la camiseta y los guayos, es un dicho que siempre usa. Vámonos a hacer la comida y él se sienta a verlo a uno trabajar. Todos trabajando en la cocina y Germán en el comedor leyendo el periódico” - cuenta con firmeza Gloria, aunque luego de reírse, y ya un poco más seria, le devuelve una mirada a su esposo. Tantos años juntos hacen que pequeños gestos hablen por sí solos.

Germán es detallista, hace fiesta por todo y le encanta celebrar cualquier logro, como lo hacía doña Rosario, su madre. Gloria, no. Es más sencilla, más práctica. Con más de 40 años de casados lo ha acompañado en todos sus dolores, retos y alegrías, le ha enseñado a ser más ordenado, a ser menos terco y a escuchar. A ella, por su parte, le parece increíble lo obsesivo que puede llegar a ser, obsesivo para convertir en realidad sus sueños. Lo que algunos solo imaginan, él lo convierte en realidad.

En 1977, cerca de 26 millones de colombianos vivieron el final del primer gobierno luego del Frente Nacional. El liberal Alfonso López Michelsen⁴⁴ terminaba sus cuatro años en el poder soportando el Paro Cívico que dejó varios muertos y un país dividido. “El mandato claro” pasó a ser “el mandato caro”. La eliminación de subsidios, el aumento de los costos de los servicios públicos y tildar de subversiva a la protesta llevaron a la mayor movilización del siglo xx en Colombia. En el mundo, una extraña y costosa película cambiaría el horizonte de la ciencia ficción, Star Wars lanzaría su episodio cuatro: *Una nueva esperanza*. Edson Arantes do Nascimento Pelé se despediría para siempre del fútbol ese mismo año.

1977

En ese contexto, Germán Olarte Echeverri, cercano a cumplir 30 años, era el médico director del puesto de Salud de Arma, un pequeño corregimiento de Aguadas en Caldas, que hoy no supera los cinco mil habitantes. Unas pocas casas, la mayoría de bahareque. Mulas, cerdos y caballos acompañaban el lento pasar del tiempo. Un fuerte olor a café, caña de azúcar y plátano estaban presentes en los días y las noches de este médico.

Poco a poco, empezó a conocer una comunidad marcada por la pobreza, aunque con algunos ganaderos y paneleros ricos, provenientes del

⁴⁴ Fue el presidente número 50 de Colombia. Hijo del también expresidente Alfonso López Pumarejo. Murió en el 2007.

departamento de Antioquia y del municipio de Aguadas en Caldas. Sentía, a punta de rumores, el paramilitarismo al acecho. Los vecinos cada vez hablaban menos. Llegaban noticias de desapariciones y de algunos asesinatos. Notó que lo que más sufrían los niños era desnutrición y enfermedad diarreica aguda. Las afecciones mentales eran también pan de cada día en la vereda.

Germán terminó allá porque la comunidad de Arma se sentía abandonada por el Estado. Estaban coqueteando con Antioquia, querían dejar de ser caldenses y convertirse en antioqueños. Para evitar esto, la gobernadora de la época, Pilar Villegas, solicitó que enviaran un médico urgentemente para atender a la población. Estuvo allí seis meses, ya estaba casado y tenía un hijo, quienes eran cuidados por los suegros de Germán y su esposa.

Soledad. Eso fue lo primero que sintió. No tenía compañeros para compartir experiencias. Las herramientas eran limitadas, y se dio cuenta de que tenía que profundizar en sus conocimientos porque allí, la mayoría de veces, la vida de la vereda recaía en él y solo en él. Esa soledad le sirvió para leer los libros que le daba la Federación Nacional de Cafeteros y los que, en ocasiones, le entregaban sus amigos cuando iba a Medellín.

Era de madrugada. El reloj indicaba las dos de la mañana de un día cualquiera. Germán había recetado medicamentos y atendido a algunos pacientes. Estaba cansado, aunque su sueño nunca ha sido muy profundo. Dormía en el puesto de salud. Su habitación, que días antes funcionaba como bodega, contaba con una cama y una biblioteca que organizó con la ayuda de la enfermera.

Un campesino de unos 30 años, delgado, con poncho, botas y machete al cinto llegó a caballo, se bajó y empezó a tocar la puerta desesperado. El hombre le comentó que desde las seis de la tarde, su mujer, había entrado en trabajo de parto, le pidió que lo acompañara. Sin dudar, Germán tomó su equipo, un maletín negro donado por la Federación Nacional de Cafeteros que contaba con anestesia, guantes, tapabocas, suero y medicamentos para ayudar al parto, y salió.

El corregidor le había entregado la responsabilidad de atender los partos, Germán lo sabía. Este era uno más. Dice el Banco Mundial⁴⁵ que, por cada mil personas, había casi ventiocho nacimientos en esa época; hoy la cifra ronda los dieciocho.

El campesino iba a pie y Germán en el caballo. Primero llegaron a río Oro, que desemboca en el Cauca, unos sesenta minutos después se detuvieron. El jinete amarró el caballo y pasaron por una garrucha, ahora debían subir la montaña para llegar a la finca. Una hora caminando. “Empezamos a oír una niña quejándose”, recuerda Germán. Niña, porque tenía 16 años.

“La abuelita nos abrió, nos recibió con una velita, la casa tenía piso de tierra”, recuerda. “Buenas noches señores -dijo la señora- siquiera vinieron, esta niña está muy acelerada, ¿qué les provoca?: ¿cafecito?”

Aún era de noche, la abuelita alumbraba el nacimiento con una pequeña vela, casi a ciegas. Gemidos de dolor; algunas gotas de sudor combinadas con sangre. Él trataba de calmarla. Ella decía que estaba cansada, tenía miedo. Tres contracciones en diez minutos, todo en orden. La joven tenía unos ocho centímetros de dilatación y el médico tomó la decisión de romper membranas para revisar qué tan saludable estaba el bebé y acelerar el trabajo de parto. Un líquido de color lechoso empezó a salir; indicación de que todo iba por buen camino. No hubo complicaciones,

⁴⁵ Dato extraído de <https://datos.bancomundial.org/indicador/SPDYN.CBRT.IN>

nació una niña, “muy bella”, dice Germán. El ejercicio tomó unos cuarenta minutos. La abuelita se acercó, abrazó a la joven, el campesino hizo lo mismo. Una postal: felicidad y una nueva vida. Cuando el sol despuntaba, el nuevo padre debía salir a trabajar y llevó al médico hasta el puesto de salud. Otro día arrancaba.

Esa experiencia lo marcó. Aunque quería especializarse en cirugía cardiovascular, ver de frente las penurias de las mujeres rurales, quienes debían dar a luz con una vela, en piso de tierra o caminar varias horas para llegar a algún puesto de salud, mientras que en la ciudad podían contar con mejores cuidados, médicos, enfermeras, residentes, lo hizo cambiar de idea. Ahí supo qué quería hacer con su futuro: salvar vidas, vidas de mujeres, vidas de mujeres rurales.

Pero pasaría algún tiempo hasta que hallara su enfoque: el cáncer de cuello uterino que, según la Organización Mundial de la Salud⁴⁶, les quitó la vida a unas 300.000 mujeres en el 2018. La mayoría, en países en vía de desarrollo como Colombia, y de estas, un gran número eran mujeres campesinas, alejadas de los cascos urbanos...mujeres olvidadas por el Estado, por todos.



Al escanear este código puede escuchar esta historia en la voz de Germán Olarte

⁴⁶ Dato extraído de [https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/human-papillomavirus-\(hpv\)-and-cervical-cancer](https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/human-papillomavirus-(hpv)-and-cervical-cancer)



IV.

Enfermedad social

Se graduó como médico de la Universidad de Caldas, el mismo año que se casó con Gloria; lo contrataron medio tiempo en el Hospital Infantil como docente asistencial en pediatría y el otro, en el Hospital Universitario⁴⁷ como médico de personal. En noviembre de 1976 nació Luis Bernardo, el primogénito. Dos años después, entró a ser docente en la institución que le dio su título profesional y de la que se jubiló.

A principios de los 80 inició su especialización en Ginecología y Obstetricia en la Universidad de Caldas. Allí, en muchas ocasiones vio mujeres campesinas ir a pedir ayuda. La mayoría llevaba días sangrando, y la mayoría moría. ¿Por qué?: cáncer de cuello uterino. Una enfermedad que tiene mayor prevalencia en países pobres, donde se dan el 83,1 % de casos y 85,5 % de muertes. Más tarde se comprobaría que el virus del papiloma humano (VPH) es su causa, y aún hoy en día sigue siendo un problema de salud pública.

Muchos de sus compañeros ginecólogos se estaban enriqueciendo. Citas particulares, cirugías, muchos pacientes, buen dinero, pero también alto número de muertes prevenibles. Eso le taladraba fuertemente la cabeza. ¿Se podía hacer algo más? ¿Cómo cambiar una realidad social? ¿Qué no estaba funcionando? Por eso, en 1982 se fue a Bogotá a cursar una subespecialización en oncología en el Instituto Nacional de Cancerología. Quería entender mejor la relación entre cáncer y mujer.

⁴⁷ Su nombre completo es E.S.E. Hospital Departamental Universitario Santa Sofía de Caldas.

Fue un reto. Su esposa Gloria, sus hijos Luis Bernardo, de seis años, y María del Rosario, de cuatro, se fueron con él. Lo enviaron en comisión de estudios, le habían autorizado veinte horas pero uno de sus jefes se convirtió en un obstáculo. Al final solo le pagaban cuatro horas semanales, unos 16 mil pesos mensuales. Solo el arriendo le costaba 25 mil. Le tocó gastar todos los ahorros que había recogido atendiendo partos. Algunos de sus compañeros le decían que estaba loco, no entendían cuál era la razón de hacer ese esfuerzo si ya tenía un trabajo estable y debía responder por su familia. Pero su objetivo era claro: encontrar nuevos modelos de diagnóstico, más eficientes, más baratos, de más fácil acceso que la citología.

Aunque el cáncer es más frecuente en hombres, en el grupo de edad de 25 a 50 años las mujeres lo sufren más debido a los cánceres ginecológicos, como es el caso del de cuello uterino. Puede tomar hasta diez años para afectar definitivamente algún órgano; por eso, para Germán, es increíble que cerca de 300 mil mujeres al año mueran por esta afección perfectamente prevenible. Pero situaciones económicas, sociales e incluso políticas juegan en contra de quienes la sufren.

El ciclo viral del VPH, un virus que ataca el núcleo de las células epiteliales escamosas es la causa comprobada del casi 90 % de este tipo de cáncer; comienza cuando partículas infecciosas alcanzan, por vía sexual, la capa basal del epitelio, una fina organización de proteínas que divide los cuatro tipos de membranas que forman la parte más profunda de la piel. Es un lugar rico en hormonas. Las partículas del virus entran en las células de esta región de la piel a través de micro lesiones imperceptibles al ojo humano. Con el paso del tiempo, el genoma del virus se amplifica, crece, se ensambla en las células sanas y empieza un crecimiento desmesurado, cambiando los patrones de comportamiento. Entonces, una pequeña lesión se convierte en cáncer. A esa pequeña lesión la llaman “mancha blanca”, un estado preclínico, el cual es fácilmente controlado si el diagnóstico se da a tiempo.

El cuello uterino es el centro de la vida. En el endometrio se ubica la placenta, a sus costados están las trompas de falopio y en la parte inferior el cérvix, la vagina y la vulva. La importancia de este grupo de órganos no solo tiene que ver con la reproducción, sino que están conectados a varios procesos fisiológicos, uno de ellos es el sistema inmunitario o defensivo. Una telaraña que tiene sus centros en las caderas, médula ósea y los ganglios de las axilas, y juntos están 24 horas del día vigilando y desechando virus, bacterias y elementos extraños, pero en algunas ocasiones no es suficiente. La genética, la forma en la que nos alimentamos, el sedentarismo y la polución afectan todo el tiempo, a toda hora y, en algún momento, el cuerpo pestañea y no logra defenderse.

Un tumor cancerígeno cuenta con tres capas: una central, en donde se ubican las células que van muriendo y dos periféricas, con las que va creciendo y colonizando todo a su alrededor. Como en una lucha del medioevo, el tumor cuando está invadiendo, no descansa, ataca las 24 horas del día. Envía células al torrente sanguíneo. El sistema inmune destruye y copia su estructura genética e informa al sistema central para generar más anticuerpos pero en algún momento un espía se escapa o pasa desapercibido, el caballo de Troya que inicia la colonización.

El tejido epitelial, que cubre el cuello uterino, es como un edificio de cuatro pisos cada uno con una función distinta: basal, parabasal, intermedia y superficial. El primer “piso” repele todo lo que no debe entrar; es el defensor del cuello uterino porque allí llegan inicialmente las células cancerígenas. A esa etapa se le conoce como precancerosa o preclínica. En ese punto Germán describe una “mancha blanca” que con un sencillo proceso se puede borrar como la tiza en un tablero. De allí a que el cáncer logre subir las escaleras hasta el siguiente piso, es decir, que rompa las membranas de esa barrera, pueden pasar hasta diez años; luego de esto, a medida que la enfermedad coloniza los conductos, los vasos sanguíneos o los ganglios linfáticos, la complejidad aumenta.

En ese primer piso se encuentra la membrana basal, importante porque de allí se hace la recuperación de algún daño y también nacen las nuevas células, la herencia del útero. Ese proceso en las mujeres toma catorce días. Cuando el cáncer llega allí, el poder de la herencia se pierde, son tantas las células invasoras que modifican el ADN y convierten a los inquilinos de ese piso en otro tipo de habitante que en lugar de reproducirse cada catorce días⁴⁸, puede hacerlo hasta una vez por minuto. Esto se conoce como neoplasia, un invasor que ya cambió todo a su gusto. Una célula sana tiene veintitrés cromosomas, pero cuando llega una neoplasia, todo se descontrola.

Cuando el cáncer se ha tomado solo un tercio del tejido se conoce como grado uno; dos tercios, grado dos y el 100 % del tejido ya es un cáncer *in situ*. Cuando rompe la membrana basal es invasivo, llega al estroma (una capa extracelular) y de ahí puede irse a algún otro órgano o a los ganglios linfáticos (importantes para la defensa del cuerpo) y empieza la metástasis.

Germán Olarte se centró en desarrollar mejores métodos para diagnosticar esa “mancha blanca”, llevar tecnología a las zonas olvidadas y dejar capacidad instalada en los municipios para que los médicos generales, y no los especialistas, pudieran atender estas pacientes.

En Bogotá, mientras cursaba la subespecialización, se encontró con quien sería su mano derecha. El papel de las enfermeras en los equipos de trabajo de Germán siempre ha sido fundamental. Entender los problemas de las mujeres, ponerse en sus zapatos y generar la confianza necesaria para abrir sus cuerpos y corazones, ha sido primordial. Allí se volvió amigo de Martha Inés Urrego Ocampo, integrante de la primera promoción de Enfermería Superior de la Universidad de Caldas, docente, madre. Una

⁴⁸ El tiempo general que toma el ciclo menstrual de una mujer.

profesional bajita, morena, su sonrisa llena de alegría cualquier sitio, y que incluso luego de jubilarse de la misma institución donde trabajó siguió dictando contenidos sobre manejo de pacientes oncológicos. Los estudiantes la adoran.

En ese entonces no existían posgrados en oncología, aunque sí un programa entre el Instituto Nacional de Cancerología (INC) y la Universidad Javeriana, Profesional Visitante, se llamaba. Urrego, que ya era docente de Enfermería Superior en los primeros semestres, realizaba prácticas con los estudiantes sobre tratamientos para el cáncer; manejo de rayos X, radioterapia y uso de equipos de cobalto con el apoyo del médico César Arango, quien fallecería años después. Ahí ella se dio cuenta de que su camino era trabajar esta enfermedad.

“Hubo un congreso y vino toda la plana mayor del Programa, pero no recibían enfermeras. Aquí estuvo el director científico del INC y yo hablé con él y le dije que a mí me gustaba mucho la oncología. Su respuesta fue que ellos nunca habían aceptado a alguien que no fuera médico, pero que le escribiera una carta porque tenía junta la semana siguiente. Me aprobaron. Fui la primera enfermera en rotar allí”, cuenta.

Germán cursaba el mismo programa. Se hicieron amigos. Cuando ambos regresaron a Manizales empezaron a ir juntos al Comité de Tumores en donde oncólogos, patólogos, trabajadores sociales, ginecólogos y enfermeros, entre otros especialistas, estudiaban casos de pacientes de todo el Departamento. A ambos les preocupaba el tema, pero no sería hasta unos años después que empezarían a trabajar de la mano.

Cuando Germán regresó a Manizales en 1984 a trabajar, recuerda que había cáncer en todos lados, la intervención más común era la cirugía radical en la que se extraía el útero, ganglios y ovarios, la cual se conoce técnicamente como histerolinfadenectomía radical. “Realizaba unas dos cirugías en el Hospital de Caldas y dos en Villapilar; duraban cuatro a cinco

horas pero la mayoría de los pacientes se salvaban cuando estaban en etapas tempranas”, rememora el cirujano.

El problema es que las mujeres de la zona rural pocas veces eran diagnosticadas en etapas iniciales de la enfermedad. Una unión de misticismo, machismo y pobreza eran el cóctel perfecto para que familias campesinas se quedaran sin la tía, la abuela, la madre. Sin el engranaje que unía a los hijos con los padres, a los abuelos con los nietos, a los tíos con los sobrinos.

En Manizales no había muchos especialistas, a casi ninguno le llamaba la atención ir a los pueblos y los pocos que lo hacían no contaban con las herramientas para tratar enfermedades complejas allá. Las pacientes debían viajar varias horas para llegar a la capital por una cita, dejar a sus hijos al cuidado de alguien más, pagar el pasaje, la comida y la residencia. El procedimiento que les hacían era, en general, sencillo, una colposcopia, una mirada profunda, estereoscópica del cuello uterino. Un telemacro aumenta el tamaño unas quince veces de la zona, pero este procedimiento solo era habilitado para especialistas en centros de alta complejidad, por eso era necesario movilizarse.

Luego debían regresar por los resultados y, si estos eran positivos para la enfermedad, iniciar el tratamiento, es decir, viajar unas cinco o seis veces más. Muchas de estas mujeres nunca regresaron, algunas decidieron empezar a tratarse cuando era muy tarde, otras murieron en sus pueblos sin ningún tipo de atención o esperanza.

“Usted quiere ir allá es para mostrarse, a que la toquen”, “una mujer sin útero es una mujer vacía”, “si usted no me puede dar hijos, no me sirve”, “¿enferma?, eso es que tiene algún cuento con el médico”, esas son algunas de las frases que constantemente escuchaba el grupo de trabajo de Germán al atender pacientes. Sabían que era esencial cambiar la cultura para lograr algún cambio significativo, y la única forma de hacerlo era con la gente, enseñando, haciendo detección temprana, previniendo.

1986

Por esto, Germán decidió hacer una pequeña prueba en 1986. El destino: Riosucio, municipio del Alto Occidente de Caldas con cerca de 60.000 habitantes y una historia marcada por los indígenas, los españoles, divisiones y reencuentros. Allí la incidencia de cáncer era alta, además recibía pacientes de Supía y Anserma.

Tenían todo listo, un pequeño grupo se presentó como voluntario para apoyar a Germán y a Hernán Estrada, médico ya fallecido. Cuando llegaron a Riosucio, el director del Hospital había olvidado la cita. “Augusto Montoya nos dijo ‘yo no los esperaba’. Y nosotros ¿cómo así?, trajimos colposcopio y todo, acuérdense. Augusto respondió: ‘por aquí hacemos los mejores fríjoles, ya se los pongo a hacer y voy a conseguirle las pacientes’. Y se fue a dar una vuelta por los dos parques y trajo veintidós niñas sin citología, de estrato bajo y bueno... nos pusimos a trabajar con Hernán Estrada y de esa primera inmersión encontramos ocho cánceres en comienzo y uno invasivo”, dice Germán, quien nunca habla en primera persona, siempre incluye a su equipo, siempre es “nosotros”.



Al escanear este código escuche a Germán Olarte contar una anécdota sobre sus viajes

En el análisis que realizaron de las veintidós mujeres encontraron analfabetismo, pobreza, malnutrición y un marcado machismo. Comportamientos sexuales inseguros, factores de riesgo como haber sido madres antes de los dieciocho años, entre otros.

Trataron a las nueve mujeres enfermas, una de ellas tuvo que ir hasta Manizales para que le realizaran radio y quimioterapia y a las demás las intervinieron allí mismo en Riosucio días después. “Eso es mucho en una muestra tan pequeña y tomada al azar. Volvimos a operar a esas niñas, llevamos al anestesiólogo y evolucionaron muy bien. Había unas que venían de Caramanta, Anserma, otros municipios y Augusto se tomó el tiempo de llevarlas hasta Riosucio”, dice. Esa experiencia les dio una idea: si lograban entregarles servicios de calidad en los pueblos a las mujeres, podrían evitar desplazamientos costosos y aseguraban su tratamiento.

En medio de la construcción de esta idea encontraron un aliado: Bernardo Ocampo Trujillo, un viejo conocido de las aulas de Medicina de la Universidad de Caldas y de todo el gremio médico de la zona. Fue profe de Germán y luego, cuando fue director del Hospital de Caldas, lo vio crecer en la especialización. “Los datos regionales de cáncer de cuello uterino y cérvix eran peor que en India”, dice Bernardo.

Entre charlas, Germán se acercó a Bernardo para pedirle apoyo, quería empezar a atender pacientes en los municipios y, curiosamente, Trujillo era ahora jefe de la Oficina de Educación Médica de la Facultad de Medicina y había acabado de inaugurar el programa Iraquipe (Integración docente-asistencial para la cirugía quirúrgica periférica), que buscaba llevar capacidad médica a los municipios alejados. Le gustó la idea y los apoyó. Ahí nació una amistad que sigue hasta el día de hoy.

Con los datos recogidos, presentaron el Proyecto Integración Docente Asistencial para el Control de Cáncer de Cuello Uterino en Caldas a la Universidad de Caldas y a la Dirección de Territorial de Salud del Departamento,

que se llamaba Servicio de Salud en 1988. El rector de ese entonces, Álvaro Gutiérrez Arbeláez, lo aprobó de inmediato. Con esta iniciativa descentralizada trabajaban aspectos educativos, diagnóstico precoz de la enfermedad, tratamiento, rehabilitación y seguimiento.

1989

El 7 de abril de 1989, Día Mundial de la Salud, lanzaron el programa. El primer viaje fue a Manzanares, allí atendieron a unas sesenta mujeres. Un grupo nutrido de enfermeras, anesthesiólogos y ginecobstetras hicieron voluntariado en la iniciativa. Durante cinco años recorrieron los cinco hospitales regionales de Caldas -Chinchiná, La Dorada, Riosucio, Salamina y Manzanares- en viajes de uno o dos días, cada ocho o quince días.

Uno de los primeros hitos fue conseguir un colposcopio para llevar a los municipios, un aparato grande, pesado, el segundo que llegó al viejo Caldas. Era de marca Olimpia. Bernardo les ayudó en esa tarea.

“Una anécdota muy interesante y yo diría que mi mayor aporte al programa de Germán fue que cuando se compró el colposcopio y yo estaba en el Servicio de Salud. ¿Cómo vamos a hacer para transportar este equipo tan supremamente pesado y por esas carreteras?, entonces yo hice el diseño de la caja para meter el colposcopio con ayuda de un carpintero y con esa caja se transportó el aparato por todos los municipios”, comenta Trujillo Ocampo, médico con quien Germán compartió quirófano en varias ocasiones. Llevaban el colposcopio y también una radiofrecuencia, que sirve para tomar biopsias; atendían, si era posible, las cirugías en el mismo municipio. Ninguno de los integrantes recibió dinero a cambio.

En ese primer viaje, recuerda Martha Urrego, se fueron juntos en el carro de Germán, hicieron el trabajo y recolectaron datos. El lunes siguiente los citaron a reunión con el director del Hospital de Caldas, la directora de la Escuela de Enfermería, el decano de Medicina, la plana mayor. Creían que querían conocer cómo les había ido y, tal vez, felicitarlos por el esfuerzo de entregar sus fines de semana. La sorpresa fue grande.

“Estaban furiosos, nos preguntaban: ‘qué están haciendo profesionales de enfermería y especialistas viajando a pueblos a buscar pacientes’, que qué era esa pérdida de recursos”, comenta Martha mientras acerca su mano al brazo de Germán, de Germancito, como le dice, y lo golpea suavemente en búsqueda de una mirada cómplice.

A pesar de esto, tenían claro el objetivo. Nada los detuvo.

Sin duda, la ciencia no es perfecta, es falible... como todo lo que el ser humano hace. Pero es claro que este método de generar conocimiento es el mejor que existe. En medio de ese universo hay intereses oscuros, mafias, irresponsables. La ciencia ha desarrollado vacunas que erradicaron enfermedades, nos ha llevado a otros planetas, nos ha ayudado a entender las dinámicas de la naturaleza, pero también nos trajo la bomba atómica, las armas biológicas, y los artefactos para la muerte.

Carl Sagan decía en el libro *El mundo y sus demonios*⁴⁹ que “la sabiduría radica en comprender nuestras limitaciones” y Germán siempre ha tenido claros sus límites. Siempre los ha querido superar. Al igual que para su escritor favorito, Charles Darwin, la evolución es un elemento que marcó su vida; ahora el cirujano quería entender cómo sus conocimientos médicos podían aportar a la construcción de una mejor sociedad y para eso necesitaba ayuda de otros que tuvieran el mismo objetivo.

Por eso, a inicios de 1990 comenzó una maestría en Desarrollo Social y Educativo con la Universidad Pedagógica Nacional y el Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano (Cinde), y allí conoció a Sara

1990

⁴⁹ Libro publicado en 1995 escrito por Ann Druyan y Carl Sagan en el que se abordan las falacias de las pseudociencias y las formas en las que la investigación científica puede responder las preguntas que hace el ser humano sobre la naturaleza.

Victoria Alvarado, directora de la Maestría en Manizales. Gracias al ejercicio investigativo de este posgrado entendió las implicaciones del cáncer en la sociedad y se alió con quien se convirtió en una amiga cercana, en una confidente.

Mientras que Alvarado se centró en construir comunidad, en formar puentes entre las necesidades de la gente y su rol a la hora de tomar decisiones, Germán quería llevarles medicina, servicios de alta calidad. Deseaba salvar vidas y terminaron trabajando juntos. Si se le pregunta sobre su persona favorita, aparte de su esposa y familia, rápidamente nombra a Sara Victoria. “Con ese espíritu, esa dinámica, con polo a tierra, ella siempre está transformando la sociedad desde la capacitación del talento humano y eso hoy es más válido que nunca y cambió mucho nuestras vidas. Nos enseñó a pensar”.

Cada año Sara Victoria, a quien todos conocen como Toya, visita el consultorio de Germán para su revisión de rutina, actividad que se convierte en una conversación profunda sobre el futuro, el ser humano, las comunidades, la salud, la mente, el cáncer, la política, los recuerdos.

El cariño es mutuo. Con admiración, Sara Victoria comenta que años atrás Héctor Fabio, su esposo, se enfermó. Parálisis del escribano, una enfermedad que va debilitando algunos músculos de la mano, el diagnóstico no era bueno. Ella no podía hablar con él, estaba deprimido, tampoco con sus hijas. ¿Con quién podía soltar sus cargas emocionales?, ¿con quién podía buscar ayuda?, con Germán Olarte: “Qué hago con esto”, le dijo, y él les abrió una puerta. Los acompañó en el proceso y los guió en la búsqueda de soluciones. Héctor Fabio salió adelante.

Incluso Toya pasó por su quirófano. Terminaba el siglo xx y ella vivía con su hija María Camila en Manizales, estaba sola y empezó a sentirse mal. Se comunicó con Germán, le comentó sus síntomas y él, sin dudarle, la recogió en su casa. Era necesario realizar una histerectomía total, la misma in-

tervención que le hizo a doña Amparo. “Acostada en la camilla. Alrededor, tres de mis estudiantes: Germancito, Hernán Alberto Giraldo y Francia Restrepo. Me sentía como la reina de Inglaterra”. Un acto hermoso de cuidado, los alumnos pendientes de su maestra.

Regresar a inicios de los 90, a su maestría, es llevar a Germán a un punto de quiebre en su formación. “Trabajé con una colega, Sonia Inés Betancur; profesora de enfermería. Esa fue una sugerencia de Sara Victoria. De ahí surgió la investigación. Iniciamos la educación formal y el registro como base. Sara se entusiasmó con el proyecto y nos acompañó hasta el final. Desde eso somos muy amigos”.

De Toya no olvida el empeño que ponía cada hora de su tiempo en hacer de la Maestría un espacio de crecimiento personal y profesional tanto de estudiantes como docentes. A las siete de la mañana se paraba en la puerta prácticamente a tomar lista. Todo debía estar en orden.

“Mujer disciplinada y puntual. Muy humana. De una gran capacidad de comunicación. Adivina el pensamiento. Nunca la he visto brava”. En la primera sesión de la Maestría, que se realizó en la sala Carlos Náder de la Universidad de Caldas, Toya les pidió a sus estudiantes ir de sudadera y ropa sencilla. Cuando Germán y Sara se encontraron hubo un clic, “le tomé de las manos y lo miré a los ojos, ahí supe que era una buena persona”, dice ella sobre él.

En una de las caminatas de la Maestría entendió, por la fuerza de los hechos, por qué el cáncer de cuello uterino es una enfermedad social. Al lado de la vieja carrilera en Villamaría, un anciano construyó La Carrilera⁵⁰, un barrio ilegal en donde 360 mujeres vivían, cada una con dos o tres hijos. Era una comunidad unida, muchas de ellas trabajan en los bares de

⁵⁰ También se le conoce como Los Vagones. Es uno de los barrios más pobres de Villamaría, en general, es lo que se conoce como “invasión”.

Manizales y se apoyaban para cuidar a sus familias.

Llevaba ya algún tiempo yendo a barrios pobres para realizar citologías gratuitas como parte de su maestría. Se fue con odontóloga, nutricionista y trabajadora social para realizar una brigada. Con la ayuda del abuelo construyeron una camilla de guadua, colposcopio al hombro y a buscar a las mujeres.



Al escanear este código puede escuchar a Germán Olarte hablando sobre el cáncer como enfermedad social

Era sábado y el equipo estaba listo para atender a las interesadas. Ya habían estado con ellas algunos miércoles antes para darles charlas sobre autocuidado, sexualidad segura, nutrición, entre otros temas. Ellas se quedaban porque al final les regalaban bienestarina.

5:00 p.m. y nadie llegó. Germán no entendía y el abuelo, muy tranquilo, le dijo: “Pongámonos a jugar dominó y tómese este guarito porque hoy ya no vino nadie”. Quedaron de verse al día siguiente.

10:00 a.m. Domingo y no veían a nadie en el barrio. El abuelo le dio algunas indicaciones para que las pudiera hallar; debía buscarlas en lo más profundo del barrio. “Me encontré las primeras, y les dije ‘allá las estoy esperando, ayer las esperé todo el día’. Les pregunté por qué no habían ido. Su respuesta me sorprendió, me pateó, dijeron que debían prostituirse para conseguirle la papa a sus muchachos”.

Esa corta respuesta le quedó marcada en la cabeza. La papita, las necesidades, las falencias. Ahí aprendió, al mirar al rostro a esas mujeres,

que sin nutrición, sin comida no hay vida. “Así comencé a elaborar que la mortalidad por cáncer es una enfermedad social”, no es que una persona produzca estos desórdenes, es una cosa más estructural, explica. “La población colombiana consumía 5 % de proteínas con lo que se fabrican los anticuerpos. Si la dieta son puros carbohidratos, plátano, yuca, papa y solo un pedacito de carne, son personas desnutridas que van a padecer de muchos problemas, empezando por el cáncer”.

Con esos rostros en su mente y mientras continuaba la maestría, la sed de conocimiento regresó; ahora quería profundizar sus conocimientos en cáncer de mama. La Universidad de Caldas, a diferencia de otras del país, contó con docentes como Bernardo Botero Peláez que incluyeron la tradición argentina de abrirles las puertas a los ginecólogos a estos temas, generalmente exclusivos de los cirujanos.

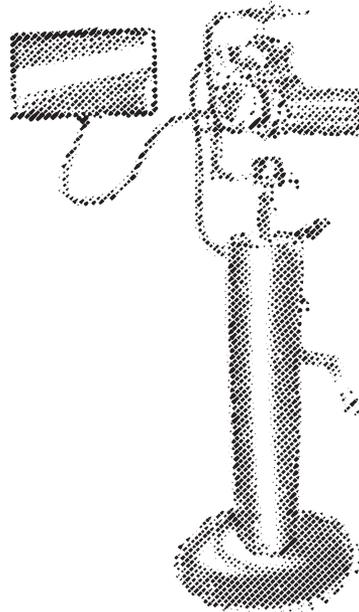
1990



Al escanear este código puede escuchar esta historia en la voz de Germán Olarte

Por eso, a mitad del 90, emprendió un nuevo viaje, el destino: Universidad de Antioquia. Allí realizó una pasantía de seis meses en la que aprendió el manejo de radioterapia, quimioterapia y cirugía para el cáncer de mama. “Mis amigos me volvieron a decir que si estaba loco, que acaba de llegar de la subespecialización, que ya tenía trabajo pero yo necesitaba conocer, primero, la filosofía de esa universidad y segundo, formarme en mastología. La U. de Caldas me apoyó y allá terminé”.

En Manizales, el médico cirujano vascular José Zamarino Jaramillo Gallego lideraba las cirugías de mama. Incluso, comenta Germán, que Hernando Vásquez Botero, el jefe de Zamarino, le dijo que cuando regresó de Antioquia, le preguntó si Olarte venía a quitarle el trabajo. Pero la realidad fue otra, se convirtieron en colegas y amigos de años y años de operaciones. “En el primer año vimos cien casos, un volumen exagerado. Empezamos a trabajar juntos. Mucho de lo que sé del mundo quirúrgico se lo debo a él”.





Desde 1970

CALDAS NOTICIAS

1995

Manizales especial
1986 - 1992

CALDAS COMANDA EL NÚMERO DE MUERTES POR CÁNCER DE CUELLO UTERINO DEL PAÍS

Según el Instituto Nacional de Cancerología de Bogotá, Caldas registra el mayor número de muertes por cada 100 mil habitantes, con una tasa de 12,468 al año 1992.



Mortalidad por Subregiones 1986 - 1992



Germán Olarte y el equipo

El médico ginecobstetra Germán Olarte empuja resultadamente las sillas plateadas de la zona gris del tercer quirófano de la Clínica Británica en Manizales. Viste una bata morada, tapabocas azul y un gorro adornado por calabazas de Noche de Brujas, y se dirige hacia un wamamano de aluminio donde cuatro tubos largos como cuellos de botella esperan, aquí gracias a un sensor de movimiento.



Las primeras 3 municipalidades de Caldas desde Germán Olarte y su equipo se concentran en la prevención de tumores uterinos.

Qué es el cáncer de cuello uterino

Es el cáncer que comienza en el cuello uterino, la parte inferior del útero y que desemboca en la parte superior de la vagina.

El cáncer cervical comienza en las células de la superficie del cuello uterino, generalmente es muy lento y comienza como una afección precancerosa llamada displasia. Esta afección se puede detectar por medio de una citología vaginal y es casi 100% tratable. Pueden pasar años para que la displasia se convierta en cáncer cervical.

Cifras alarmantes

El cáncer de cuello uterino es el tercer tipo de cáncer más común en las mujeres a nivel mundial.

V.

Caminando

La mujer. La del campo o la ciudad. La del siglo pasado. La que está delimitada al placer sexual. La que tiene el deber de la reproducción. La madre. La de uno de los libros favoritos de Germán escrito a inicios del siglo xx por Maksim Gorki, que relata la tortuosa vida de una esposa maltratada y violentada por su marido obrero en un contexto hostil de posguerra en Europa. Esa era la mujer que Germán veía en sus viajes a los municipios de Caldas. Buscaba implementar medidas contundentes, sin caducidad: educación, atención primaria y programas descentralizados.

“Nadie debería morir por cáncer de cuello uterino”, dice Germán. Pero acá en Colombia mueren cinco mujeres al día por esa razón. Los factores de riesgo para desarrollarlo están ligados a una mala alimentación, un inicio temprano de la vida sexual, múltiples gestaciones y estrés psicológico crónico, todas constantes en Caldas, aunque estas situaciones son prevenibles y tratables con atención médica y educación. ¿Cómo mejorar el acceso a la salud?, ¿cómo enseñar no solo a la mujer sino a su pareja que el cuidado sexual es una necesidad?, ¿cómo demostrar que el cáncer de cuello uterino no se debía ver solo como una enfermedad sino como una cruz con la que toda comunidad carga?, esas eran las preguntas que se hacía constantemente el grupo de trabajo.

A inicios de los 90, el Instituto Nacional de Cancerología lanzó el Atlas del Cáncer. Caldas comandaba el número de muertes por cáncer de cuello uterino del país, casi doce mil mujeres murieron por esta causa allí y las tres capitales del Eje Cafetero lideraban la lista. Por su parte, Manizales, cuando se comparaba con las diez ciudades principales del país, se ubicó

en un deshonroso primer puesto, la mortalidad rondaba el 38,8 % por cada cien mil habitantes. La situación era grave y Olarte lo sabía.

A cada municipio llegaba el equipo interdisciplinario conformado por médicos especialistas en oncología y ginecobstetricia, patólogos, enfermeras, psicólogos y trabajadores sociales. El colposcopio era cargado entre varios, y así empezaban las largas jornadas de diagnóstico. “Si en Salamina descubríamos diez casos de precáncer, a diez mujeres tratábamos, ahí, en su pueblo y a costos muy bajos”, dice Olarte.

Ese mismo año, en un nuevo viaje a Riosucio, el equipo liderado por Germán esperaba al menos ochenta mujeres para hacer citologías, colposcopias y exámenes afines a la detección de cáncer de cuello uterino. Iniciaban la jornada desde muy temprano porque era quizás la única fecha organizada para los chequeos de este tipo. Venían de otros municipios, de veredas y de zonas alejadas.

A mitad del día, se levanta de la silla una mujer de 32 años, furiosa y renegando de su espera. Pedía ser atendida pronto porque, según ella, venía de una vereda muy alejada del pueblo. “Tengo el virus del papiloma humano”, contó exaltada. Germán, que difícilmente pierde la paciencia, inició con la consulta y encontró cáncer invasivo pero en etapa temprana. En términos médicos, en grado o *estadio I*, eso quiere decir que se puede intervenir quirúrgicamente. La remitieron a Manizales para la operación que consistía en extraer el útero. Ella se negó. “No me puedo operar porque si mi esposo se da cuenta, me deja. Perdería toda la capacidad sexual”. Por más que lo intentaron la negativa se mantuvo.

De la señora, que para ese tiempo tenía cuatro hijos, no se supo nada hasta unos años después cuando la encontraron en el Comité de Ginecología Oncológica del Hospital de Caldas que se realizaba cada miércoles.

Había iniciado radioterapias pero fue demasiado tarde. El sangrado había comenzado y el cáncer crecía sin control en su cuerpo. Murió.

“Ver niñas tan jóvenes muertas, mamás que dejaban tres o cuatro hijos y el esposo solo, nos generaba una gran impresión”, comenta la enfermera Urrego. “Esos hijos casi siempre terminaban en violencia, analfabetismo o narcotráfico”.

Ella y Germán cuentan este tipo de historias con pesadumbre en sus voces, se nota algo de desazón. Están seguros que con un tratamiento rápido la mujer de Riosucio y muchas otras habrían sobrevivido.

Como prueba y error ya no solo era importante crear programas para la prevención y el diagnóstico temprano, lo realmente vital era cambiar la cultura. El machismo por el autocuidado, la desidia por la protección de la mujer. A los hombres, los esposos, los del campo y también a los de la ciudad, había que enseñarles con lápiz y colores que, si sus esposas no se operaban, se morían. Que el cáncer de cuello uterino estaba matando en Caldas más personas que una guerra, dejaba viudos y huérfanos a diestra y siniestra.

La enfermera Martha Urrego cuenta que a Germán se le pasaban las horas definiendo la estructura del proyecto. Hernán Estrada, patólogo ya fallecido, fue quien ayudó a escribir las primeras líneas de lo que sería una iniciativa de cinco años recorriendo los municipios de Caldas. “Hicimos un estudio socioeconómico y vimos que era un procedimiento tan sencillo que podíamos desplazarnos hasta el municipio y hacer las colposcopias en atención primaria”, agrega.

A finales de los 80 e inicios de los 90, Germán llevaba una vida a varias bandas. Sus clases de oncología en la Universidad de Caldas, cuidar a sus tres hijos (en 1986 nació el tercero, Germán) y recorrer el departamento buscando mujeres que pudieran estar enfermas. El problema más grave del cáncer de cuello uterino era la cobertura. Con el Programa llegaban a cinco municipios, pero solo en esta región son 27. A eso se le suma el tema político: los directores de los servicios de salud, cuenta el médico, decían que el recurso les daba para hacer tantas citologías en X o Y municipio y, ¿el resto?... a la mano de Dios.

El avance que llevaba el proyecto era tangible pero lento. ¿Cuánto podían hacer veinte o treinta especialistas cada ocho o quince días en visitas de unas diez horas a algún municipio?, ¿cómo cambiar la dinámica? Esta enfermedad es invisible durante un largo periodo, es asintomática. Luego de esto todo se complica: sangrados, disminución de peso y finalmente, la muerte.

En 1992 se realizó el Congreso Mundial de Patología en Acapulco, México y la iniciativa ya contaba con tres años de datos. El grupo de trabajo decidió firmar un artículo científico, el primero de varios, acerca de lo que encontraban en sus viajes. Nueve voluntarios participaron.

En las visitas a los municipios se registraron 559 casos, de los cuales, 152 tenían NIC (neoplasia intraepitelial cervical), una condición que aunque no es cáncer puede convertirse en este. Además de veintiún casos de cáncer invasivo. El promedio de edad de las pacientes con cáncer era de menos de 50 años y de las lesiones preinvasoras, como el NIC, menos de 34. Eso quería decir varias cosas: la primera, que había una relación proporcional entre la edad y la lesión. A mayor edad, peor el tipo; y, la segunda, confirmaron que pasan unos diez años para que la enfermedad como tal apareciera.

1992

Con esos datos⁵¹ el Programa creció y llegó a todo el departamento que, para la época, seguía liderando los índices de muertes. Había siempre una preocupación constante: el día que ellos no pudieran volver a los pueblos, las comunidades quedaban solas... de nuevo. “Hicimos una tesis con esos elementos de los 559 casos y entendimos que lo que estábamos desarrollando era un modelo de intervención comunitario con un elemento de educación formal y otro no formal”, que se realizaba con las enfermeras y médicos y luego con la comunidad. Ahí llegó María Camila en 1991, la cuarta hija del matrimonio.

El actor clave para este nuevo paso era el médico general. Cada municipio tenía uno, pero hasta la fecha, las colposcopias eran un tema de especialistas que solo se podía resolver en la capital. ¿Y si se capacita al médico general para realizar este procedimiento que, normalmente, es sencillo?

“La Dirección Territorial nos dio colposcopios y lo que necesitábamos para utilizarlos y así formamos la Red de Patología Cervical y Colposcopia de Caldas en 20 municipios. Eran costosos. Fue un proceso largo, pero llegamos a todo el departamento”, acota Germán. Con esta capacidad instalada ahora debían fortalecer el centro de datos. Por ello, en la Universidad de Caldas montaron la Unidad Central de Patología Cervical y Colposcopia. Distintos profesionales investigaban diferentes líneas, desde lo educativo, hasta lo sociológico, epidemiológico y clínico para el diagnóstico.

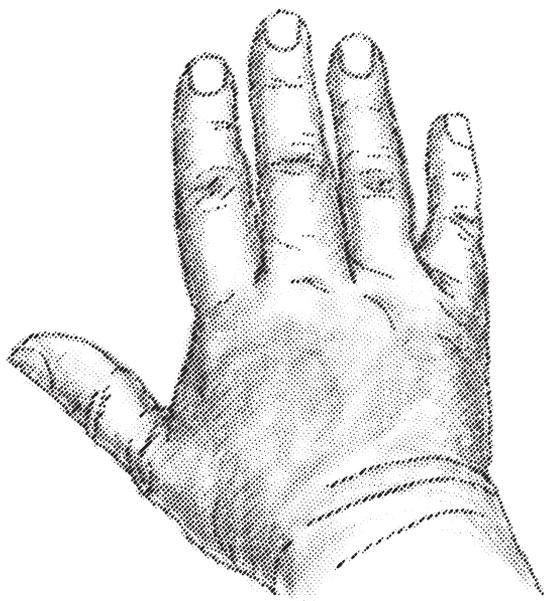
“Nosotros combinamos las llamadas que nos hacían de las unidades los médicos generales con las revisiones de las pacientes. Esa comunicación era muy fluida y hacíamos un cronograma de actividades para visitar todos los municipios, diagnosticar y tratar”. Además, el grupo de trabajo realizaba jornadas, incluso diplomados, con los médicos y enfermeras

⁵¹ De dichos datos se publicó un artículo titulado Detección precoz del cáncer de cuello uterino mediante colposcopia. Informe de 559 casos, liderado por Germán Olarte y acompañado por otros ocho profesionales.

para enseñarles a identificar lesiones como el NIC, cómo tratarlas y cuál era el proceso y seguimiento adecuados. Sin embargo, otro círculo, el de los especialistas, no estaba de acuerdo con la iniciativa. Los celos profesionales se hicieron notar y pasaron la cuenta de cobro. Germán, quien está acostumbrado a planear y analizar cada paso que da, nunca tuvo en su radar la guerra que iba a enfrentar cuando el programa creció. Y mucho menos, quiénes iban a ser sus rivales.

La colposcopia, desde mediados de los años 50, fue únicamente responsabilidad del ginecólogo. En 1960, el médico ginecólogo Antonio José Giraldo trajo esta técnica a Manizales y durante 25 años la desarrolló como una tradición, ¿a quién se le podría pasar por la mente que una acción médica de ese tipo pudiera estar en manos de médicos generales? Esta idea fue el resultado de la implementación y desarrollo de la atención primaria en salud en Caldas en el área urbana y rural.

1960



VI.

Luz en medio de la oscuridad

La vida es de luces y sombras, de subidas y bajadas, de alegrías y tristezas, de incertidumbre continua. En *Ensayo sobre la ceguera*⁵² José Saramago escribió que el ser humano sirve para escuchar la historia de la humanidad que existió antes. Que si un día los ojos (o en general nosotros mismos) nos apagamos, el hilo que nos une se romperá. Germán sabe que para poder innovar debe entender los errores y aciertos del pasado, además de buscar soluciones que sobrepasen lo evidente.

Tradicición y costumbre, dos sustantivos que se convierten en piedras inamovibles en algunas vidas. Palabra de Dios, fe ciega, elementos que Germán no ha sido capaz de incluir en su forma de ser. Por eso, cuando su grupo de trabajo empezó a enseñarles a los médicos generales de los hospitales municipales a realizar colposcopias, la respuesta fue contundente. “Nos dijeron: ‘se enloquecieron’ y hubo una discusión muy grande con la Sociedad Caldense de Ginecología y Obstetricia”, comenta. Para muchos era imposible que se permitiera ese cambio. La Sociedad Colombiana de Ginecología y Obstetricia también se opuso, incluso “hoy todavía se oponen”, a pesar de los beneficios que trajo el Programa.

En uno solo de los treintaidós departamentos de Colombia los médicos generales pueden realizar colposcopias: en Caldas. Para cambiar la estadística tuvieron que romper varias barreras: la primera fueron los intereses económicos. Cuando estos procedimientos se llevan a cabo en municipios, sus costos disminuyen, pero también lo hace la facturación de los especialistas. Al menos, con el paso del tiempo empezó a cambiar la

⁵² Libro publicado en 1995. José Saramago recibió el Premio Nobel de Literatura en 1998.

respuesta: “Nosotros tenemos mucho trabajo y no hay tiempo de botar corriente por allá”, eran algunos de los comentarios de los especialistas que lentamente aceptaron el modelo.

El paso siguiente fue lograr que los administrativos y políticos de la salud dieran su aval para poder llevar nuevos servicios a la Red de Patología Cervical y Colposcopia que habían creado y, finalmente, lo académico. La Universidad de Caldas tomó la decisión de graduar médicos colposcopistas con diplomados que tomaban casi un año, lo que derribó la última barrera que existía para fundar la atención primaria social, que incluye no solo este procedimiento sino una intervención completa en la que hay educación, apoyo de expertos en Manizales, tratamiento y seguimiento. Con estos ejercicios, el Programa se fue convirtiendo en política pública, poco a poco otros municipios se sumaron.

“La atención primaria social es una filosofía. Trabajar alrededor del riesgo para evitar aparición del cáncer que es una fase terminal de un problema que comenzó hace diez o veinte años”, comenta Olarte.

En el 96, cuenta Germán, la médica de San Félix -quien hacía parte del Programa- atendió a una señora. En medio de la cita, la paciente mostró una fotografía de sus tres hijos y el esposo. Al hacer los exámenes se dieron cuenta de que el pronóstico era poco alentador, tenía cáncer y debía operarse lo más pronto posible. Cáncer; cáncer; cáncer, una palabra, cinco letras y muchas vidas truncadas. La familia cayó en una honda preocupación. Solo escuchar el diagnóstico pone los pelos de punta y nubla el futuro.

La remitieron a Manizales, quedó en manos de Germán y su equipo. La intervención se hizo pronto y gracias a eso “la señora aún sigue viva y los hijos son grandísimos. Esos muchachos estuvieron al lado de ella y su

esposo. Hoy es una familia muy bonita y reconocida en San Félix”, explica Germán. De esta manera quedó demostrada la forma en la que el médico general realizaba un primer acercamiento y diagnóstico y luego, con el apoyo de la Red y los expertos en la capital, tomaban decisiones rápidas que salvan vidas.

En esa época, cuando el Programa estaba en su punto más alto, varios estudiantes de Medicina de la Universidad de Caldas ingresaron a su equipo de trabajo y luego rotaban. Pero algunos se quedaban con ellos. Una de ellas fue María del Pilar Arango. Germán fue su profesor durante la carrera y su referencia para convertirse en ginecóloga. Desde el 93 empezó a acercarse a este ejercicio de extensión que contaba con elementos académicos y docencia, primero apoyaba a Germán en algunas actividades y luego profundizó con el diplomado en el manejo de colposcopias.

Gente pobre que no tenía acceso a la salud, personas de las áreas rurales, población que vivía en zonas alejadas y cuyas posibilidades de un servicio de calidad eran nulas, ellos eran con quienes trabajaban. “Encontraron que los municipios que tenían una estadística alta por cáncer de cuello uterino como Salamina llegaron a tener cero casos del 2010 al 2014”. Arango comenta que gracias a esos trabajos en los años 80 y 90, cuando se graduó y empezó a trabajar como profesional, veía cambios: lesiones menos graves y muy pocos casos de cáncer de cuello uterino.

Las jornadas de atención eran largas pero divertidas. Fines de semana enteros. “Muchas veces íbamos a hacer el Programa y nos tocaba hacer cirugías a las pacientes, se brindaba atención a las personas”. ¿Cuánto vale la hora de vida de una madre?, no tiene precio, por eso para el equipo de Germán, cuidarlas era lo más importante.

Una de sus alumnas más aventajadas es Paula Andrea Gallego Sánchez, que ha estado desde hace más de diecisiete años trabajando junto al médico. Primero rotó por el programa de cáncer de cuello uterino y mama,

luego hizo parte del equipo y ahora está a punto de terminar su doctorado en la Universidad de Caldas en Ingeniería con énfasis en biofísica de cáncer específicamente en cáncer de cuello uterino.

La sensibilidad social es contagiosa, y el Programa logró llegarle al corazón. Paula estaba acostumbrada a atender los pacientes y ya. Solo asistencia. Pero con esta actividad se dio cuenta que el equipo se preocupaba por la comunidad, por educarlos, que pudieran aprender a cuidarse. La idea es “tomar las banderas de él, de este proceso que lleva ya tantos años. Es muy importante esa labor”.

Uno de los grandes problemas a los que se enfrentaban los municipios a la hora de adquirir un colposcopio era el costo, unos cincuenta millones de pesos aproximadamente. Para un pueblo pequeño y un hospital de primer nivel ese era gran parte de su presupuesto. Dotarlos era un reto. Y entregar ese servicio a su comunidad no dependía de ellos sino de los políticos en la capital.

La citología y la colposcopia han sido el primer paso para identificar un posible cáncer. Luego de hacer la revisión profunda del tejido, si encuentran algo, deben realizar una biopsia. Una pequeña incisión para sacar la muestra y enviarla a revisión del patólogo, lo que puede demorar algunos días. Esta acción es invasiva y aunque poco peligrosa es incómoda, hay dolor y posible inflamación.

Rudolf Ludwig Karl Virchow fue un médico y político alemán quien murió a inicios del siglo xx. Germán lo nombra constantemente, lo admira, dice que es el padre de la patología moderna. Fue uno de los pioneros en el estudio de los tejidos. Una de sus frases más famosas *omnis cellula e cellula* (toda célula proviene de otra célula) modificó la forma de entender el funcionamiento de lo microscópico en el cuerpo humano. Gracias a sus

estudios hubo un avance importante para lograr entender cómo cambia un tejido sano a patológico. La patología, finalmente, es el estudio de las manifestaciones celulares de las enfermedades en órganos y tejidos. Germán siempre lo tiene en mente porque gracias a lo que hizo Virchow y otros médicos, él y su equipo desarrollaron la metodología para realizar una biopsia virtual en Caldas con impedanciometría y otro de sus hitos, el Colpolarte con el que ilumina el oscuro camino del cuello uterino.

Este pequeño aparato de no más de un metro de alto le dio alegrías y le quitó varias noches de sueño a Germán. Cuando habla de este invento demuestra control, mucho control. Mide cada palabra y presenta esa invención como un trabajo colectivo, nunca propio, aunque para nadie es un secreto que quien se subía las mangas para armar y desarmar era él con la ayuda de uno o dos amigos, como su padre, don José, que siempre quería ir más allá, ese fue su legado. Tenía marcada en su cabeza la necesidad de llevar atención hasta las veredas más alejadas del departamento; para eso debía, sí o sí, hacer un equipo práctico, muy barato y abierto, es decir, que cualquiera pueda modificarlo, mejorarlo.



Al escanear este código puede escuchar a Germán Olarte explicar las razones por las que inventó el Colpolarte

“El Colpolarte⁵³ es la luz en el túnel, la luz en la oscuridad”, así lo define su creador. A diferencia de un colposcopio regular, este tiene varias ventajas: la cámara puede rotar 360 grados, apoya el tema educativo porque al proyectar la imagen en alta resolución tanto la paciente como estudiantes pueden ver, preguntar y entender qué está analizando el médico y no cuesta más de cinco millones de pesos. “Antes tocaba meter la cabeza y era un proceso incómodo, ahora todo lo hacemos a través de una pantalla” según el médico de Chinchiná Rubén Darío Castaño Gómez, quien aprendió con Germán.

Incluso en la Universidad de Caldas adecuaron una gran sala en la que mientras atendía a sus pacientes con el Colpolarte, ellos podían ver qué pasaba sin la necesidad de tener a cuatro o cinco alumnos en el mismo lugar. Hoy es un auditorio.

Generalmente los colposcopios en los hospitales eran, en palabras de Germán, muy manuales, no permitían tomar fotos ni videos, entonces el registro de las actuaciones de los médicos y la investigación quedaba coja. Con una cámara Sony empezó a explorar colores, grababa, como niño chiquito, las flores, la luz y luego comparaba con las fotografías de las inves-



Al escanear este código puede escuchar a Germán Olarte hablar sobre el Colpolarte

⁵³ El Video colposcopio o Colpolarte fue el primer producto de investigación patentado en la Universidad de Caldas.

tigaciones, necesitaba una imagen perfecta. Acompañaba sus ejercicios de videógrafo con distintos tipos de luz hasta que encontró que la halógena era la que mejor reflejaba el colorido natural de los tejidos. Con Gloria y sus hijos se iban los fines de semana a probar, ese era el plan.

En Pereira compró una de las primeras cámaras que empezó a utilizar para registrar sus hallazgos en los pueblos. Alguna vez, en uno de los viajes al municipio de Palestina, se llevó el artefacto, empezó a hacer registro, necesitaba cuatro pilas, de las costosas, y le duraban más o menos tres minutos por el uso de la cámara y de las luces. Con la familia armaba y desarmaba el aparato.

Luego de esa primera experiencia se dio cuenta de que necesitaba apoyo profesional. Le pidió ayuda a un amigo ingeniero electrónico y empezó a trabajar. Desde el 2000 comenzó a construir un prototipo. Durante años de idas y venidas a los municipios hizo experimentos. Un tornillo acá, una manivela allí, un cable atravesado por acá, X tipo de cámara frente a otra, preguntas y preguntas, pruebas y pruebas y al final, respuestas. Le presentó su invento a varios médicos cercanos quienes le ayudaron a afinar los elementos y la usabilidad.



Al escanear este código puede escuchar a Germán Olarte contar cómo nació el Colpolarte

“Compré un trípode, puse una cámara, hasta que llegué a ese Colpolarte. Fue un sueño cuando entregamos eso porque ya los médicos tienen la herramienta, la tecnología. Y la comunidad cuenta con el galeno formado inmerso allá en el problema”, comenta.

Para Germán simplemente era un video colposcopio pero el grupo de enfermeras con las que trabaja hace más de treinta años lo veían tan “engomado” que un día cualquiera le dijeron “eso es un Colpolarte” y así quedó. Este invento tiene como función aumentar el tamaño del cuello uterino, a través de unas lentes de bajo poder y una luz blanca, para que el médico pueda ver en detalle el órgano y analizar si presenta regiones anormales. Las primeras manifestaciones del cáncer que a simple vista son invisibles, además de apoyar esto con la electro bioimpedancia, un elemento esencial en la biopsia virtual que también desarrolló.

2012

En el 2012, el equipo de trabajo le presentó a la Universidad de Caldas el Colpolarte y luego de un largo y tortuoso camino con abogados, la Superintendencia de Industria y Comercio le aprobó la patente de invención del video colposcopio dos años después, la primera de esta institución. Ahora podría llevar tecnología a todo el departamento, una tecnología útil y barata. Pero las luchas no terminarían, antes de lograr esto, debía superar que la Universidad de Caldas cerrara el Programa, su Programa, y que algunas donaciones del gobierno japonés quedaran en el olvido.

La mano derecha de Germán, Martha Urrego, tiene recuerdos que muestran a Germán como es: un hombre feliz, despistado y muy mal bailarín. Una noche, durante una de las tantas travesías por Caldas, terminaron sus labores en el Hospital Felipe Suárez de Salamina y salieron de regreso a Manizales. Iban en dos carros: el de Germán, quien siempre le ha gustado la velocidad al conducir; y el del ginecólogo Jaime Cardona, más mesurado detrás del volante.

“Se le olvidó que íbamos en caravana y arrancó rápido. El otro carro no hacía sino esfuerzos para seguir el paso. Germancito no hacía sino mirar el retrovisor y en un momento dado dijo: ‘Esto tan raro, ese tipo que viene atrás hace rato nos está persiguiendo. Yo acelero y él acelera, yo disminuyo el paso y él también. Esto es muy asustador, paremos mejor y lo despistamos’”. Eso hicieron y, claramente, el otro vehículo también. Todos terminaron llorando de la risa.

En otra de las historias, se acercaba el Día del Maestro, que a Germán le encantaba. Todos sus compañeros y compañeras del programa iban a salir juntos ese día. El más feliz era él, decía que ojalá pusieran tango para poder bailar. “Yo sé bailar muy bien y me encanta”, parafrasea Martha a Germán. Todas sus compañeras estaban expectantes, por fin tenían un buen parejo. Inició la fiesta y el primero que se puso al frente para marcar el paso fue Germán, empezó a bailar y gran decepción. “Cero paso, cero ritmo y no tenía ni idea de qué sonaba. No sabíamos si bailaba o marchaba. Parece amasando barro, comentaban varias de nuestras compañeras. Hay que enseñarle a bailar”, afirma Martha mientras algunas lágrimas caen por la risa.

Germán es un tipo inquieto, así lo define su amigo y compañero William Aristizábal, quien ha compartido con él viajes y es su coequipero. A inicios del siglo XXI, los datos epidemiológicos en Colombia de cáncer de mama empezaron a ensombrecer el panorama, mientras que en el 2012 murieron 2865 mujeres por esta enfermedad, en 2016 la cifra llegó a 3013⁵⁴. Caldas no se alejaba de esta realidad. Cada vez había más mujeres enfermas, más muertes y pocas soluciones.

⁵⁴ Dato extraído del Atlas de mortalidad por cáncer en Colombia del Instituto Nacional de Salud (INS) https://www.cancer.gov.co/ATLAS_de_Mortalidad_por_cancer_en_Colombia.pdf

Mientras continuaba con la iniciativa para controlar y detectar el cáncer de cuello uterino, empezaron a trabajar un nuevo programa: ahora el foco sería el de mama que aunque noventa y nueve de cada cien casos son tratables, en Colombia mueren casi cuatro mil mujeres al año por esta enfermedad. Para lograrlo necesitaban tres cosas: traer a las mujeres de todo el departamento a Manizales para examinarlas; conseguir un mamógrafo y también un electrógrafo para hacer las pruebas.

Presentaron un proyecto a la Embajada del Japón en Colombia, querían fortalecer lo que ya habían desarrollado. Luego de unos pocos meses escribiendo, cotizando y llamando, en el 2002 llegó el mamógrafo con el que empezaron a atender pacientes del Sisben. El acuerdo era centrar el trabajo en comunidades de bajos recursos. Luego, decidieron recibir mujeres de otros municipios.

El mamógrafo es un artefacto aparatoso. Generalmente tiene dos componentes, un centro de datos en el que se pueden revisar los resultados de los rayos X y un componente alto y delgado en el que se ubica y aprieta la mama para conseguir la mayor resolución posible en la visualización de las estructuras de la glándula mamaria. El que llegó a Manizales era grande, muy grande, casi que imposible de movilizar. Fue necesario buscar acuerdos con hospitales y alcaldías para que pagaran parte de los costos de los viajes hasta Manizales y así poder ampliar el público objetivo.

Fue un éxito, el mismo embajador vino a entregar algunos de los equipos y por unos diez años, cada semana, veinte o veinticinco mujeres de diferentes municipios llegaban a la sede del Programa en uno de los costados de la Facultad de Medicina de la Universidad de Caldas. Les hacían exámenes y, si era necesario, biopsia. Había educación no formal para entender la enfermedad y los factores de riesgo.

“Ellas debían venir todos los lunes a un taller que era toda la tarde. Ese programa educativo se llamaba **Escuela para la vida**. Entonces

semanalmente estaba esa cantidad de gente esperando que se abrieran las puertas, eso era en la calle 49, bajando a la Dirección Territorial de Salud de Caldas. Truene, llueve o relampaguee, ahí estaban. Llegaban 100 o 110 personas al programa educativo”, recuerda Martha.

Iniciaron con un mamógrafo, luego llegó el ecógrafo y finalmente un steereotaxy (equipo que toma biopsias dirigidas). Incluso la visita del embajador de Japón fue una escena imborrable. El Programa delegó algunas lideresas en los barrios, ellas ayudaban a replicar la información sobre el cuidado y los factores de riesgo del cáncer de mama.

“Cuando avisaron que iban a venir a instalar el ecógrafo, ellas mismas programaron el recibimiento al embajador: Eso fue lindo –dice Martha- porque las señoras pintaron en cartulinas con pinturas y colores la bandera del Japón. El embajador llegó a la Gobernación y allá estábamos nosotros con las pacientes”, todas sacaron las banderas y empezó a sonar el himno. Al otro día la portada del periódico La Patria fue esta noticia.



Al escanear este código puede escuchar a Martha Urrego explicar cómo funcionaba la Escuela para la vida



Al escanear este código escuche a Martha Urrego hablar sobre sus recuerdos de esa época

La vida es de etapas, de capas, de momentos. El grupo de trabajo de Germán estaba integrado por sus viejos amigos y amigas que llevaban años entregándose a sus proyectos. Pero los años pasan. Algunos fallecieron, otros se jubilaron y, poco a poco, entre la burocracia, el poder y la política, los esfuerzos empezaron a languidecer. Olarte y Urrego, entre otros, decidieron entregar el trabajo de sus vidas a un grupo de personas jóvenes, a una nueva decana. Querían descansar. Fue cuando llegaron las sombras.



Al escanear este código puede escuchar a Martha Urrego explicar cómo funcionaba el proyecto

VII.

Cuesta abajo

El consultorio en el que atiende a sus pacientes hace más de 20 años es pequeño. Al pasar un corredor algo apretado, a mano derecha, hay un letrero: Germán Olarte, médico ginecobstetra. Al frente, una camilla forrada con una tela azul y al lado el Colpolarte. Un televisor en la pared acompaña las citas. Un escritorio de vidrio, lleno de papeles, lapiceros, pantalla de computador y algunos macromodelos del útero y la mama están ubicados de forma desordenada. Olarte toma asiento y a su derecha hay un viejo teléfono, tiene disco de marcar, brilla, es dorado. A su espalda un gran cuadro colorido, naranja y rojo ilumina el espacio.

Es un hombre que habla lento pero seguro, aunque mide sus palabras, logra generar un halo de misterio, de cuento de hadas a sus historias. Pero cuando debe referirse a los momentos difíciles es más reacio. Responde rápido y en voz baja. En marzo del 2005, Germán era docente, dirigía varios programas y atendía su consulta particular pero sus hijos, nietos y esposa lo querían más en casa. Decidió jubilarse. En un sentido evento entregó el informe de más de veinte años de trabajo: el origen de la atención primaria social, las cifras que lo respaldaban e historias de vida. Quedaron vigentes convenios con la Dirección Territorial y la Secretaría de Salud con los que obtenían los recursos para las correrías por el departamento. En la dirección designaron a Martha Inés Urrego, docente de enfermería y quien había dirigido la Oficina de Bienestar Universitario de la Universidad de Caldas. La lucha de años que abanderó Germán por las mujeres, al fin tendría rostro femenino.



Al escanear este código puede escuchar a Martha Urrego hablar sobre las dificultades de esa época

Algunos meses habían pasado desde que Martha era la directora. Un día la llamaron de la Rectoría para poner a participar el Proyecto en una convocatoria de la Función Pública sobre iniciativas relevantes. La Presidencia de la República los eligió: “Se enteraron del Programa, y lo seleccionaron para estar en el Banco de Datos de Proyectos Exitosos”, le pidieron un resumen con los resultados e hitos. Presentaron la iniciativa y los premiaron. Por casualidad, Germán estaba de visita en Bogotá por lo que lo delegaron para recibir el premio. Se puso la mejor pinta y asistió al evento: “Llegó a la ceremonia presidida por el presidente de ese entonces, Álvaro Uribe, y cuando nombraron el Programa de Cáncer de Cuello Uterino salió Germancito muy feliz a recibirlo. Cuando ya estaba llegando al escenario por el premio aparece un señor completamente desconocido, se acerca al presidente y recibe el galardón”. El señor incógnito se hizo humo. Germán volvió a Manizales con las manos vacías y varias preguntas sin resolver. El señor extraño, incógnito, era el presidente del Consejo Superior de la universidad. Al menos les quedó la tranquilidad de que no les robaron el premio.

Martha Urrego estuvo de directora del Programa hasta finales de 2007, cuando también se jubiló. La reemplazó la profesora de enfermería Gloria Mercedes Escobar. Durante esos años⁵⁵, Germán continuó apoyando los viajes a los municipios. No quería irse, pero en 2009 todo cambió porque ese año fue cuando Gloria Escobar renunció al Programa, que quedó en manos de la decana de la Facultad de Ciencias para la Salud de ese entonces: Dolly Magnolia González.

Mientras las vidas de Martha, Germán y otros profesionales se centraron en otra cosa, muy rápidamente, esos treinta años de trabajo, de investigaciones, de datos y de vidas salvadas empezaron a ubicarse en el cuarto de Sanalejo.

Sin apoyo político dentro de la Universidad y con otros intereses, ambos programas, tanto el de cáncer de cuello uterino como el de mama, empezaron a perder fuerza. Los recursos del Programa terminaron en otras iniciativas, la Alcaldía de Manizales decidió utilizar ese dinero en un proyecto de la primera gestora del entonces alcalde Juan Manuel Llano. Los directivos dejaron vencer la habilitación de los servicios y a la hora de renovar la los documentos estaban incompletos. Así que la Dirección Territorial los cerró, y así estuvieron casi seis años. Muchos de los equipos se perdieron, aunque el trabajo en algunos municipios se mantuvo de la mano de los médicos y enfermeras que participaron en las sesiones educativas.

Aunque Germán trata de mantener la calma, su rostro se enrojece y el tono de su voz crece. Recuerda que cuando volvió solo encontró “escombros, como quedó el mundo después de la Segunda Guerra Mundial. El salón en donde hacían las clases de las pacientes con biopsias a través de pantalla y parlantes ya se usaba para otra cosa. Todos los archivos se perdieron, los equipos dañados”.

⁵⁵ Durante ese lapso siguió publicando artículos científicos con los resultados de las intervenciones. Uno de estos se titula Detección precoz de lesiones intra-epiteliales del cuello uterino en mujeres de Caldas, Colombia, mediante la técnica de electroscopia de impedancia eléctrica.

Martha vivió algo parecido: “Sentimos una tristeza infinita. Una vez, cuando estaba de catedrática, me llamaron para que mirara el inventario y los equipos. Cuando yo entré a esa Unidad estaba desolada” encontró la puerta cerrada, al entrar vio mucho polvo, y los recuerdos de años de trabajo llegaron a su memoria. “Cuando cerraron, nosotros dejamos veintiocho mil historias clínicas de todas las pacientes en los dos Programas. A mí se me salieron las lágrimas, un Programa que nos dio tantas satisfacciones”, mira al piso, respira y retoma “saber que habíamos logrado tanto, tanto reconocimiento, tantos pacientes, médicos preparados y perderlo por falta de interés de unos cuantos”.

Una casa en ruinas, un edificio derrumbado, un sueño convertido en pesadilla. Paula Gallego recuerda ese momento con gran frustración, perder el esfuerzo de tantos años por disminuir las muertes en Caldas y ver cómo todo se puede frenar por intereses políticos. “No era algo con ánimo de lucro sino todo lo contrario, tratando de proyectar la Universidad hacia la comunidad y lamentablemente no se continuó”.

A Bernardo Ocampo le parece común que en países como Colombia terminen las cosas que funcionan; su lectura racional lo lleva a decir que cuando llega alguien nuevo a un puesto de poder, lo primero que hace es borrar lo que otros han hecho. Esa época de oro de la salud de Caldas



Al escanear este código puede escuchar a Martha Urrego recordar este episodio

sufrió un impacto muy grande y posteriormente ya vino la Ley 100 que reformó el sistema nacional de salud, y el Programa sufrió muchos impactos. La política se metió en la salud.

Ricardo Gómez era ahora el rector de la Universidad de Caldas y un día cualquiera citó a Germán. Lo invitó a una reunión con la decana de salud. La reunión fue tensa. Germán, con una mirada pícaro, cuenta que elevó su voz. No podía contener su dolor ante lo que escuchaba. Querían regalar el mamógrafo que donó la embajada del Japón, decían que no tenían a nadie para trabajar con él y que, además, no tenía dinero para actualizarlo. Llevaba años acumulando polvo y el desuso lo dañó.

“Cuando me dijeron eso, me dio rabia. Les dije que era increíble que por culpa de una mala gestión fueran a perder equipos y esfuerzos tan grandes que salvan vidas. Dejé así y me fui. Tenía una idea”, cuenta.

El rector Gómez Giraldo recuerda ese episodio de otra manera: comenta que la idea era buscar recursos para recuperar el equipo pero no fue posible. Pero, según él, los proyectos de Olarte eran muy valiosos y su trabajo, necesario. “Ese es el científico, el profesor que todas las universidades deberíamos tener. No se queda en diagnosticar un problema sino en proponer y él mismo aplicar la solución”.

Germán llamó a algunos compañeros del programa como el jefe del Departamento de Ingeniería de la Universidad de Caldas, Carlos Alberto Ruiz Villa; y a su amigo William Aristizábal, entre otros. Les dijo que así como una vez, años atrás, se les ocurrió la atención primaria social, ese era el momento de revivirla. Habló de las cifras de cáncer: las de cuello uterino y mama estaban de nuevo liderando las listas. “Las mujeres de los municipios no tenían acceso a los servicios, muchos médicos ya no estaban en los pueblos, las mujeres estaban huérfanas”, recuerda Urrego de esa reunión.

De esas charlas salieron cuatro ideas: donar a los municipios de Caldas el colposcopio patentado por Olarte con la Universidad de Caldas; presentar un proyecto de regalías para reactivar el programa; formar a los nuevos médicos y actualizar el mamógrafo para ponerlo a trabajar. Seis años duró este ejercicio.

El 26 de mayo de 2016 en Cali, Olarte recibió uno de los títulos más honoríficos que un profesional en su área puede obtener. La Federación Colombiana de Obstetricia y Ginecología (FECOLSOG) en el XXX Congreso Nacional de Obstetricia y Ginecología, le hizo un reconocimiento a su trayectoria y su aporte como verdadero baluarte de la ginecología y obstetricia y lo designó como Maestro Colombiano de la Ginecología y Obstetricia.

Para cumplir esos objetivos, el grupo de trabajo se acercó a la Gobernación de Caldas. Guido Echeverry -quien también fue rector de la Universidad- era el primer mandatario del departamento. Su periodo como gobernador empezó en enero de 2016 y en ese momento iniciaron conversaciones para buscar apoyo, pero en junio de ese año la Sección Quinta del Consejo de Estado suspendió su elección y Echeverry salió del cargo en agosto. Aunque lograron algunos avances, las cosas quedaron a medias.

2017

Por esas cosas de la vida, Ricardo, quien acababa de terminar su periodo como rector de la Universidad de Caldas, fue designado como gobernador en reemplazo de Guido. Germán creyó que ese era un buen momento para intentar luchar por una segunda vida del mamógrafo. Tuvieron varias reuniones, casi un año de trabajo pero los avances fueron pocos.

En marzo de 2017 Guido Echeverry regresó como gobernador; luego de que la Sala Plena del Consejo de Estado estudiara su caso y fallara a su favor, y eso cambió el panorama.

La primera gestora del departamento de ese entonces, Ana María Jaramillo, había conocido a Germán cuando el Programa de cáncer de cuello uterino estaba en su apogeo a inicios del 2000. Ella hacía parte de la Alcaldía de Manizales y en ese entonces tuvo que firmar algunos contratos para poder llevar estos servicios a las mujeres más necesitadas de la ciudad. Ahí, dice ella, se enamoró de su trabajo. “Cuando se terminó el Programa fue una pérdida grandísima para el departamento. Esas mujeres quedaron abandonadas porque él era un refugio para ellas, él era quien les daba la mano, era quien las acompañaba en esas angustias”. Comenta que gracias a esa iniciativa, muchas de estas madres, abuelas e hijas llegaban a un sitio que parecía más un hogar. Les daban el desayuno, les enseñaban, incluso no era necesario preocuparse por el pasaje, algo que con el sistema de salud sería imposible, solo Olarte y su grupo de trabajo les daban esa posibilidad. Ese cierre fue una pérdida invaluable.

Para Ana María, la función de la primera gestora es ayudar y no estorbar y, con su esposo, Guido Echeverry, tomaron la decisión de enfocar su trabajo en una sola cosa. Querían entregar de nuevo el mamógrafo para que Germán pudiera seguir sus investigaciones en la Universidad de Caldas, reactivar, parcialmente, lo que hacía antes y buscar que, con esos resultados, la Embajada del Japón donara otro artefacto móvil para poder llevarlo a los municipios. Un poco más de un año estuvieron en esos quehaceres. Así que mientras por un lado intentaban buscar los recursos para actualizar el mamógrafo, por otro, Germán desarrollaba un proyecto para revivir sus intervenciones de cáncer de cuello uterino.

Con el grupo de investigación GITIR de la Universidad de Caldas, la Universidad Autónoma de Manizales y la Gobernación departamental, presentaron el proyecto *Implementación del Programa para diagnóstico y control de enfermedades crónicas no transmisibles y Cáncer de Cérvix y mama, con el apoyo de TIC en el Departamento de Caldas*, que fue aprobado por el OCAD en 2014 con recursos cercanos a los 5500 millones de pesos.

Gracias a esta iniciativa donaron catorce Colpolartes al mismo número de municipios, fortalecieron la Red de Patología Cervical y Colposcopia al formar diecisiete nodos en todo el departamento, desarrollaron varios programas mediados por telemedicina, formaron médicos y enfermeras de Caldas y se llevaron a cabo diez investigaciones encaminadas a la promoción y prevención del cáncer de cuello uterino y mama. Germán no recibió un peso de dicha actividad, pero eso no le importó. Lograron revivir la atención primaria social. El proyecto terminó en 2019.

Mientras llevaba a cabo ese proyecto, afinaba otro con el que solicitaron recursos a entidades como Davivienda para actualizar el mamógrafo. Ana María Jaramillo recuerda que Olarte no paraba de trabajar: horas y horas escribiendo y borrando mientras las curvas del cáncer estaban creciendo. Y aunque no era comparable con lo que ocurría años atrás, los números no eran positivos. No era solo la plata, necesitaban hacer sostenible el esfuerzo en medio de un sistema de salud plagado de corrupción, de intermediarios.

El mamógrafo estaba archivado y el dueño claramente no era Germán, sino la Universidad de Caldas. Por eso lograron adecuar un espacio en la IPS Universitaria para ubicar el aparato actualizado y llegaron a varios acuerdos: la Dirección Territorial de Salud de Caldas contrataría las pruebas con esa entidad para poder tratar mujeres de escasos recursos del departamento y, la Universidad de Caldas dejaría que Germán continuara con sus investigaciones. Casi que un trueque, el mamógrafo por la posibilidad de usarlo para entender más a fondo la enfermedad.

El 16 de octubre de 2018 se lanzó la campaña #EnCaldasEstamosEnModoRosa⁵⁶ en la que representantes de la organización Modo Rosa, equipo directivo de la Universidad, gobernador, entre otros invitados, hicieron la entrega formal del mamógrafo listo para una segunda vida útil. Germán

⁵⁶ Se puede ver más sobre este evento en <https://www.ucaldas.edu.co/portal/en-la-u-de-caldas-se-realizo-la-presentacion-de-la-campana-encaldasestamosenmodorosa/>

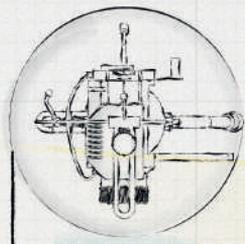
formó personal médico de todo el departamento para que pudieran hacer una mejor detección temprana y enviar a las mujeres a recibir atención en Manizales. No era el mismo Programa, ahora debía vivir entre las EPS y los intermediarios pero, finalmente, lograron revivirlo.

“El doctor Germán es un apóstol. Él es un ser excepcionalmente bueno, de una importancia total, tenemos el privilegio de tenerlo a él, es una cosa que pocos dimensionan”, dice Jaramillo con orgullo.

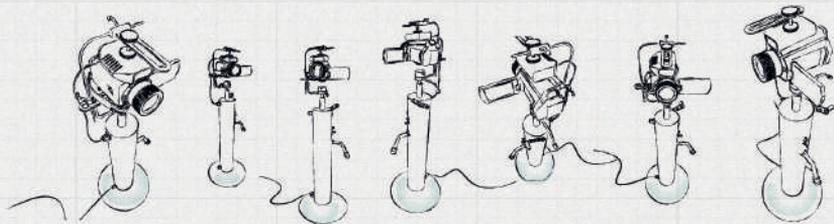
Sin duda, aunque el alma de Germán es sensible, su racionalidad cumple una función primordial en cada decisión que toma. Tal vez la muerte de su padre y madre son dos momentos en los que su vida tambaleó. Germán habla fácilmente de sus hitos, pero poco de sus momentos difíciles. Hace poco uno de sus hermanos falleció. En medio del luto, tomó el papel de faro en medio del dolor y les dijo a todos sus familiares que ahora él estaba descansando, que agradecerían por su vida, sus recuerdos, que lo tuvieran en sus corazones siempre, con amor.

En sus años de docente libró batallas, incluso recibió anónimos y amenazas cuando fue Jefe del Departamento de Gineco-Obstetricia de la Facultad de Medicina de la Universidad de Caldas por los cambios que implementó. Luego de jubilarse, en lugar de descansar, ha mantenido su pie de lucha para defender su legado, para seguir reclamando vidas a la muerte a pesar de la intervención de algunos políticos, y para mantener la atención primaria social activa.

VIDEO COLPOSCOPIO COLPOLARTE



SUPERIOR



20°

REGLETA DE AJUSTE DE LUZ

OBJETIVO TELE MACRO

PRECISION DE ALTURA

AJUSTE DE ALTURA

ACERO INOXIDABLE

SOPORTE CON 4 RODAJINES

FRONTAL

PANTALLA FULL HD



CABLE HDMI

CONDUCCION DE LUZ POR CABLE DE FIBRA OPTICA

CILINDRO QUE CONTIENE TRANSFORMADOR Y FUENTE DE LUZ

CABLE DE ENERGIA

LATERAL

LAMPARA DE VIDEO SONY HVL-10NH

CÁMARA SONY HDR-SR10

AJUSTE DE ROTACION

360°

INTERRUPTOR

Nº 12 97 23 14

PATENTADO
2014

VIII.

Un viaje a Chinchiná

8 de agosto de 2019. Hospital San Marcos⁵⁷, Chinchiná⁵⁸, Caldas. Hace sol, 26 grados centígrados. El cielo está completamente despejado, es difícil levantar la mirada sin sentir alguna incomodidad en los ojos. El médico Olarte baja de su auto, camina lento, mucho más lento que hace un par de años. Saluda efusivo a los porteros de la institución, da la mano y empieza a indicar, con voz suave y amigable, qué equipos deben bajar de su camioneta para poner en marcha el objetivo de su visita, una jornada para aplicar la atención primaria social. Adentro hay un grupo de mujeres previamente filtradas por las médicas y enfermeras del Programa. La actividad tiene algo de diplomacia y formalismo, hay un halo de agradecimiento por parte de los funcionarios. Cuatro personas hacen parte del equipo de trabajo y dentro del centro asistencial se les unirán el médico Rubén Darío Castaño y la enfermera Verónica Ocampo.

Luego de pasar una gran puerta metálica, algo sucia, unas diez mujeres se encuentran en la sala de espera del segundo piso. Están sentadas en sendas sillas de plástico negras. Dos de ellas hablan por celular; una más revisa sus redes sociales, mientras que las demás tratan de superar el aburrimiento. Un movimiento constante de las piernas demuestra algo de nerviosismo. Pasan los minutos y bajan la mirada, sus dedos se entrela-

⁵⁷ Esta institución es una Empresa Social del Estado (E.S.E) desde 1996 y fue fundada en 1934. Su nombre viene de Marco Antonio Jaramillo, uno de los benefactores que, en ese tiempo, donaron los terrenos para la construcción del hospital.

⁵⁸ Municipio caldense ubicado a 18 kilómetros de la capital, Manizales. Cuenta con un poco más de cincuenta mil habitantes y es reconocido por su producción cafetera.

zan, miran al televisor sin poner mucho cuidado y luego se enfocan en el suelo blanco manchado. No se conocen, ninguna habla con otra. Al fondo la voz de las presentadoras de un programa matutino de televisión. mata el silencio. Todas están allí porque luego de que les realizaran la citología encontraron algo extraño y necesitan especificar qué es lo más rápido posible.

Hoy el equipo médico usará no solo el Colpolarte sino la bioimpedancia, una tecnología diagnóstica que nació en Inglaterra y que en Colombia se aplica y mejora desde el 2002 de la mano del médico Olarte y William Aristizábal, ingeniero eléctrico con maestría en matemáticas y bioingeniería. Este último es un hombre sonriente, paisa, que habla fuerte y que, podría decirse, es el amigo que el trabajo de la vida le dio al médico Olarte. Sus familias se encuentran regularmente y siempre celebran con algunos aguardientes Cristal XS. Les caen mejor. William no pudo viajar a Chinchiná en esta ocasión.

La mayoría de las sillas en la sala están vacías. A la derecha, en un consultorio que dice en la entrada Terapia Respiratoria están el médico Olarte, el médico Castaño y una residente de medicina de la Universidad de Manizales. Allí atenderán a las pacientes. En otra oficina se encuentra Jerónimo Rojas, un bioingeniero que está terminando su doctorado. Cuenta con el apoyo de dos colaboradores quienes ponen a punto un nuevo *software* que desarrolló el equipo para tomar los datos de las pacientes y revisar las curvas eléctricas de los tejidos, lo que se conoce como electrobioimpedancia. Hoy el trabajo es en dos habitaciones: en una el médico Olarte atiende a las pacientes y en otra, Jerónimo analiza las curvas eléctricas.

Empiezan a pasar de a una. Sebastián Vargas, uno de los colaboradores, le hace preguntas a una mujer bajita, no pasa de los treinta años, su cabello es negro y corto, se le nota incómoda, ansiosa, llena de incertidumbre. Responde rápido y en voz baja.

¿Edad de su primera menstruación? -12 años, responde-.

Inicio de relaciones sexuales -15 años-.

¿Le han hecho terapias de reemplazo hormonal para controlar el periodo o algo así? -no, siempre lo he tenido regulado-.

Número de parejas sexuales -uno-.

Número de partos -dos-.

¿Cesáreas? -no-.

¿Abortos? -no-.

¿Usa anticonceptivo? -no-.

Vargas pasa todos estos datos a un programa que opera Jerónimo Rojas, un hombre que camina por la mitad de sus treinta años y quien lleva más de diez trabajando con Aristizábal y el médico Olarte, ellos son sus mentores. Aunque su área es la electrónica, aprendió la relación entre esta y los tejidos, entre la electricidad y la vida. Es crespo y su cabello sobresale por donde camine, es amable y su bata blanca de médico lo confunde con el personal asistencial. Se comunica con el médico Olarte, que está al otro lado de la sala esperando a la paciente, de manera remota. De una en una pasan, en cualquier momento una enfermera las llamará para continuar con el proceso.

Al otro consultorio llega una de las pacientes que acaba de entregar sus datos. Su cabello es castaño oscuro, supera los cuarenta años, es bajita y acuerpada. La saludan. Lo primero que se ve es a la residente sentada en un escritorio viejo, su labor es pasar al mismo programa los datos que encuentren en esta parte de la intervención. Detrás de una división de

vidrio está el médico Olarte vestido con una bata quirúrgica desechable de color azul que cubre parcialmente su camisa blanca. El ambiente es tenso, cómo no, la palabra cáncer hace parte de todo el ejercicio.

El médico Olarte se pone de pie y la toma de las manos. “Buenos días mi-jita, ¿cómo amaneció?”, le dice con cariño, como un abuelo cuando habla con su nieta. Al igual que trata a sus pacientes, trata a sus familiares. Ella responde algo temerosa. Le hace preguntas rutinarias sobre sus hijos, su esposo, su vida y eso va rompiendo el hielo. Explica pacientemente lo que harán mientras ella se quita la ropa y se prepara para la colposcopia. El Colpolarte, que tiene una luz blanca alrededor de la cámara, está ubicado al frente de la mujer y una pantalla a su izquierda transmitirá las señales para que ella pueda conocer, por primera vez, su cuello uterino.

En una mesita pequeña de metal reposan los equipos que ayudarán a detectar las curvas eléctricas de los tejidos para realizar una biopsia virtual. Un método diagnóstico desarrollado por el médico Olarte y que ha cambiado la forma de atender a sus pacientes.

La bioimpedanciometría⁵⁹ es una técnica que desarrolló el médico Brian Brown de la Universidad de Sheffield en Inglaterra desde mediados de 1975. El principio es sencillo: todos los materiales y seres vivos conducen corrientes eléctricas. Cuando sentimos una descarga se da un proceso en el que los tejidos intentan evitar el paso de esta pero, inexorablemente, la corriente eléctrica logra abrirse camino. Esta técnica lo que hace es conocer las curvas de resistencia o resistividad -una propiedad de la na-

1975

⁵⁹ Sobre este tema, Germán ha publicado varios artículos científicos como Caracterización del tejido columnar del cérvix mediante electroscopia de impedancia eléctrica y modelado computacional en el 2017, también Espectroscopia de impedancia eléctrica en cáncer invasivo del cuello uterino en mujeres de Caldas (Colombia) en 2010, entre otros.

turala- a la electricidad. Si un tejido se resiste menos, quiere decir que existe una alteración.

El médico Olarte y William llevan más de veinte años desarrollando proyectos y publicando artículos científicos para confirmar el uso de la técnica, para conocer esas curvas de los tejidos en mujeres jóvenes, adultas, con lesiones precancerosas, con cáncer; que sean madres, que no tengan hijos, pruebas y pruebas en distintas poblaciones de Caldas.

Con el paso del tiempo lograron no solo validar la técnica como diagnóstica para lesiones precancerosas, sino que desarrollaron un protocolo en el que, junto al Colpolarte, pueden realizar una biopsia virtual, en lugar de tomar muestras y llevarlas a patología, lo que puede tomar varios días; allí, en el mismo sitio, analizan lo que identifica el médico Olarte y las curvas eléctricas que registra William. El ejercicio de la colposcopia es falible, unos ojos cansados luego de cinco o seis horas de atender pacientes, el cambio de la luz del día, son algunos problemas que con el uso del Colpolarte y la electrobioimpedancia se evitan. Este avance les ha significado varias ponencias internacionales, invitaciones a contar su experiencia y publicaciones en revistas indexadas. "La dupla colposcopia y espectroscopía de impedancia es sensible para detectar la enfermedad y la especificidad, lo que disminuye los falsos positivos y negativos en las pruebas", comenta William.

Ambos empezaron a trabajar juntos sin esperarlo. Un amigo del médico Olarte, Carlos González, hizo un doctorado en Inglaterra y conoció lo que Brown estudiaba en temas de resistividad. Al regresar, le presentó esa técnica al cirujano, hicieron algunas pruebas, pero González volvió a Europa. "Estaban encartados", comenta Aristizábal, quien también hizo una pasantía en la Universidad de Sheffield y se familiarizó con la técnica, por lo que lo invitaron a entrar de lleno al Programa y unir la medicina con la bioingeniería.

William explica los cambios de los tejidos cuando llega el cáncer con un ejemplo. En una ciudad que se conoce como cuello uterino hay una avenida, el epitelio, que tiene dos carriles: el escamoso y el columnar, por los que deben pasar 100 carros por minuto. Si todo está en orden, ambos carriles cumplen su cuota sin problema pero cuando empiezan a llegar células malignas y a reproducirse, el epitelio escamoso cambia su estructura, las calles se agrietan y la única forma de conocer qué tan profundo es el daño es con una revisión de 360 grados de toda la zona.

Cuando hay células malignas la matriz se ensancha, los puentes intercelulares se rompen, la comunicación entre estas cambia, modifica la relación entre el núcleo y el citoplasma lo que transforma las señales eléctricas de esos tejidos. Eso es lo que se ve reflejado en las curvas.

“En el trabajo con Germán y el grupo hemos estado haciendo mediciones de la espectroscopia de impedancia eléctrica en pacientes y hemos visto cómo tienen que ser las respuestas eléctricas de los tejidos cuando están sanos, cuando tienen una lesión precancerosa, neoplasia cervical y si la lesión va avanzando”, cada estadio de la enfermedad, incluso los sitios en los que se detecta tiene parámetros distintos, explica Aristizábal.

A lo largo de varios proyectos han ido afinando el método. En la iniciativa de regalías, del 2016 al 2019, realizaron mil exámenes de electroscopia de impedancia eléctrica y en cada uno tomaban por lo menos dieciséis medidas de resistividad. Al final, construyeron una base de datos de más de 25.000.

Germán asegura que estos avances superan lo logrado por Virchow. Es una herramienta ágil, barata, evita molestias y es muy útil en un país pobre como Colombia. Permite identificar una lesión precancerosa sin la biopsia común, eso quiere decir que los médicos pueden tratar inmediatamente a la paciente.

Para llegar a ese punto, el equipo de trabajo ha comparado miles de curvas eléctricas, las imágenes de las colposcopias y de la histología que los pató-

logos les entregaron, eso sumado a los resultados de la citología. Fue un ejercicio de creación conjunta. Primero llegaba el ginecólogo y mostraba una imagen o video y daba su diagnóstico. Después iban los ingenieros y hacían lecturas de las curvas, más adelante llegaba el patólogo, quien hablaba sobre el daño estructural del tejido y así, lentamente, reunión tras reunión, paciente tras paciente, elaboraron el concepto de bioelectrocolposcopia que usan hoy como metodología de trabajo.

“Aquí estamos uniendo en tres segundos, en una curva sintética, cómo está la actividad bioquímica, la fisiología y la estructura del tejido que es la esencia de la patología”, en ocho minutos pueden dar un diagnóstico que une diferentes disciplinas médicas y que, además, pueden llevar hasta la vereda más alejada sin mayores costos, explica William.

En el consultorio del Hospital San Marcos, el Colpolarte empieza a transmitir al televisor; se ve un tejido rojo oscuro que poco a poco se ilumina gracias a la luz de la cámara y a la que cae de la ventana que tiene Germán a su espalda. La cámara empieza a dar imágenes para que analice cómo se ve el tejido, al mismo tiempo el médico le explica a la paciente lo que ve: “Vea este cuello tan bonito, esta parte está muy sanita, mamita”.

Llega a un punto en el que se detiene. Hay una mancha blanca, no es grande pero es notoria. Toma un instrumento pequeño, no mide más de diez centímetros, parece una varita de las que usan los magos y continúa su conversación con quienes están en la sala y con Jerónimo en el otro consultorio. Ahora va a comprobar su diagnóstico inicial, una neoplasia intraepitelial, no es cáncer pero sí es una lesión que con el tiempo podría serlo.

Primero aplica una sustancia en el cuello uterino y ubica la varita que envía cargas muy pequeñas de electricidad al tejido, mientras tanto, Jerónimo confirma en su computador lo que Olarte ve. Dividen el cuello

uterino como un reloj de pared y empieza a hacer muestreos a las doce, luego a las tres, a las seis y a las nueve.

Utilizan varias sustancias para hacer las pruebas: una solución de yodo -lugo- que pinta el cérvix y ayuda a detectar lesiones, también ácido acético y solución salina, las usan para comparar las curvas y mejorar la detección.

Jerónimo escucha pacientemente a Germán por el intercomunicador. Le dice que encontró una lesión a las diez, él debe corroborarlo. Así es, las curvas se ven anormales en ese punto. “A las doce, doctor, listo perfecto. Aquí se ve cómo cambia la curva con el ácido, otra sustancia para que se pueda ver la mancha blanca. Esa curva dio un poco más bajita. Me dice que hay un poquito de sangrado”, comenta Rojas mientras toma nota del tipo de sonda que se utiliza, las lecturas y las observaciones que le entregan.

La mujer se ve muy incómoda, ahora deberán hacer una intervención un poco más completa: deben borrar la mancha blanca, la cauterizarán. Germán pide una radiofrecuencia, herramienta con la que puede aplicar técnicas como corte puro, corte y coagulación y vaporización. El médico Rubén se lo entrega. Empieza a trabajar, Olarte también se ve incómodo, el instrumental es demasiado pequeño, solicita uno más grande. Hay un poco de sangrado. El asistente se acerca y empiezan a trabajar juntos, cambian los instrumentos y avanzan, un olor a carne quemada invade el pequeño consultorio. La paciente se agarra duro de los costados de la camilla y unas cuantas lágrimas caen por sus mejillas, sus movimientos son erráticos, parece que se fuera a desmayar. Un suave pero sonoro chirrido emana de la zona de intervención. La paciente está pálida, muy pálida.

La intervención no demora mucho, Germán se limpia el rostro y los médicos le sonríen. Ella parece haber descansado, poco a poco retorna algo de color a sus mejillas. “Listo, eso fue todo”, le acaban de quitar una lesión que, posiblemente, terminaría en cáncer.

IX.

Lo que nunca cesa

Mientras escucha a Carlos Gardel, su cantante favorito, espera poder regresar a su consulta particular. No sabe cuándo será eso, sus más de 70 años lo hacen población de riesgo en medio de la pandemia por el coronavirus pero, tiene claro, que aún tiene cuerda para más. Los meses de confinamiento los vive con su familia en la finca El Porvenir que compró hace unos 36 años, por primera vez en mucho tiempo puede recuperar los meses perdidos con Gloria, sus hijos y nietos. Al igual que con sus pacientes, Germán es un papá y abuelo amoroso y cercano, lleno de abrazos y besos. De cuentos, de historias, de juegos.

Allí leen, disfrutan de una partida de parqués o dominó pero también revisa datos de sus investigaciones, llama a sus compañeros y les pregunta qué ha pasado con los casos que atendía y realiza algunas consultas mediadas por la tecnología. Por más que lo intenta no es capaz de desligarse del todo de su trabajo vital. Ella también lo sabe, su esposo es incapaz de dejar de pensar, de moverse, “se muere si lo hace”, afirma Gloria.

Es difícil saber si volverá al quirófano o a los pueblos de Caldas en donde tantas mujeres se salvaron del cáncer gracias a sus ideas, a su entrega, a su amor, a su terquedad. Luego de desarrollar dos programas que bajaron la mortalidad del cáncer, patentar un aparato que hizo el diagnóstico más fácil y barato y de validar una metodología que rompe con los cánones médicos, se le hace imposible no vigilar que su legado siga en pie. Quienes fueron sus estudiantes, como Paula o María, tienen claro que ellas tienen la posta. Él sigue pensando en cómo formar a más médicos, enfermeros y especialistas, cómo llegar a otras veredas.

Para algunos de sus amigos como Bernardo Ocampo, Germán es un verdadero científico, alguien que pasó su vida tratando de encontrar respuestas, de solucionar los problemas que veía. Para otros, como Martha Urrego, es un ser social, entregado a los demás, siempre abierto a dar una palabra de aliento, a invertir su tiempo para ayudar. Lo cierto es que ambos tienen la razón.

Una vez terminó el confinamiento por la pandemia, Germán se pudo reintegrar a sus actividades laborales, pudo regresar a los quirófanos, que estuvieron cerrados por más de tres meses para cirugías programadas, a las consultas médicas, y a la academia, uno de los lugares que más alegrías le ha traído en su vida profesional. En agosto de 2022 lo invitaron a la celebración de los 20 años del Registro Poblacional de Cáncer de Manizales, un proyecto que capta toda la incidencia y mortalidad por cáncer en Caldas, y realiza análisis epidemiológicos con base en las características sociodemográficas y clínicas de los pacientes. Durante el evento, el Programa de Intervención Comunitaria para la Detección Temprana de Cáncer de Cuello Uterino, que tantos años lideró Olarte con el apoyo de un grupo interinstitucional e interdisciplinario, fue reconocido como la única iniciativa de Caldas de larga duración. 30



Al escanear este código puede ver a German Olarte hablar sobre lo que piensa del futuro

años de labores a través de un trabajo disciplinado y basado en la atención primaria que logró controlar este tipo de tumores.

Carl Sagan argumentaba que la ciencia más que un cuerpo de conocimiento, es una manera de pensar, y Germán Olarte es la muestra de un alma de niño que siempre tiene preguntas, que se asombra con el verde de la naturaleza y con la posibilidad de construir que tiene el ser humano. Le duele la forma en la que destruimos el planeta, pero siempre tiene palabras positivas, cree que todo cambiará, que cambiaremos, que nos daremos cuenta a tiempo. Ojalá tenga razón.

Como cualquier ser humano tiene deudas, dolores, secretos y remordimientos. Cuando mira su recorrido, el perfeccionismo lo hace pensar que posiblemente pudo haber hecho algo más: salvar otra vida, hacer un esfuerzo extra para llegar a más personas y ese pensamiento lo mantendrá activo hasta que el universo, ese en el que cree más que en Dios, se lo permita. Sin duda, hasta el último día de su vida, Germán Olarte será lo que siempre ha sido: un inventor, un científico, un niño curioso, un héroe silencioso, un ser invaluable.

Agradecimientos

El apoyo de las instituciones, en este caso de la Universidad de Manizales y la Fundación Academia de Dibujo Profesional, tanto en tiempo como en recursos económicos fue esencial para este proyecto. La guía y la juiciosa edición de Ángela Posada y la mirada sin prejuicios de Pablo Correa hicieron que este libro fuera una realidad. A las familias de Sara Victoria y Germán y a todos quienes sin ningún interés brindaron su tiempo para escudriñar estas dos historias, nuestro eterno agradecimiento. Y a nuestros personajes, que merecen este y muchos otros reconocimientos, esperamos que estas páginas hagan visible el trabajo de toda una vida.

Carlos

A mi madre, que desde el cielo me guía.

A mi padre, que en la Tierra me enseña.

A Martha Urrego, que nos dio luz con estas historias.

A mi familia, que siempre me acompaña.

A mis estudiantes, que todos los días me inspiran.

A Toya y a Germán por el amor con el que viven sus vidas.

A este equipo de trabajo.

Mónica

A Toya y Germán por abrirnos su corazón y acogernos como parte de sus familias para narrarnos una historia que hoy le entregamos a los lectores.

Juana

A la vida por darme la posibilidad de hacer a diario lo que amo hacer.

A Germán y a Toya por permitirnos escudriñar entre su pasado, sus logros y sus obstáculos.

Mafe

A mis padres, por llevarme siempre a ser mejor y no soltarme la mano en el camino.

A la vida, por permitirme vivirla con pasión y amor por lo que hago.

A Carlos, por darme la oportunidad de participar en este proyecto.

A Mónica, por acompañarme en aquellos momentos difíciles y ayudarme a salir a flote.

A Andrés, por su conocimiento y consejos para la vida profesional y personal.

A Juana, por estar a mi lado de principio a fin.

Gracias infinitas a Toya y a Germán por brindarme risas, lágrimas y reflexiones.

Andrés

A todos aquellos que aportan a la ciencia y que yacen en el olvido de la historia.

DE CALDAS - COLOMBIA - MEDIANTE LA TÉCNICA DE ESPECTROSCOPÍA DE IMPEDANCIA ELÉCTRICA

ermán Olarte-Echeverri, M.D.*, William Aristizábal-Botero**
ula Andrea Gallego-Sánchez, M.D.***, Jerónimo Rojas-Díaz****
atriz Eugenia Botero, MSc., Gloria Fátima Osorio, M.D., MSc**

do: febrero 2015. Recibido: febrero 2015. Aceptado: febrero 2015.

precisión diagnóstica de la es-
dancia eléctrica para la dete-
epiteliales del cuello uterino;
dio de validez diagnóstica
estudio de corte transversal
ientes de las cuales se sele-
nopáusicas que presentaron
biopsias o tratamientos pre-

olgo, Universidad de Caldas, Programa
cancer de mama - Facultad de Ciencias exactas
Miles, Carrera 22, No. 2000, telefonos: 310-
gular: 210@hotmail.com.
olgo, Ph.D. en Biogenética, Universidad
nstrumentación biomédica - Departamento de
e Kanzas y Nanyang, Universidad de Córdoba
idad orgánica, Programa cancer de cuello
Facultad de Ciencias para la Salud.

eridad de Caldas, Laboratorio de
Departamento de Física, Facultad de
es, Universidad de Caldas.
en Salud Pública, Universidad de Caldas,
uejino, sección de mama, Facultad de
eridad de Caldas.

ita en patología Integrita, MSc. en Educación
aldas, Programa cáncer de cuello uterino y
e-Ciencias para la Salud, Universidad de

mos del cuello uterino. Fueron obtenidas curvas de
magnitud de resistividad ($\Omega\cdot m$) contra frecuencia
(kHz) las cuales permiten diferenciar tipos de te-
jidos y grados de lesión y las curvas de operación
característica del receptor (COR).

Resultados: de los parámetros obtenidos se encon-
tró que la resistividad del líquido extracelular R es
la que mejor discrimina entre epitelios escamosos
sanos y aquellos afectados por lesiones tipo NIC 1 y
NIC 2-3. El valor promedio de R para tejidos sca-
moso sano fue de $24,31 \Omega\cdot m$, desviación estándar
11,26, coeficiente de variación 46,3%, para tejidos
con lesiones tipo NIC 1, el valor promedio fue de
 $9,76 \Omega\cdot m$, desviación estándar 6,52, coeficiente de
variación 66,8% y para tejidos con lesiones tipo
NIC 2-3, el valor promedio fue $6,12 \Omega\cdot m$, desvia-
ción estándar 4,32, coeficiente de variación 70,6%.
También fueron obtenidas curvas de magnitud de
resistividad ($\Omega\cdot m$) contra frecuencia (kHz), las cua-
les permiten diferenciar tipos de tejidos y grados de
lesión. La precisión de esta técnica diagnóstica fue
medida utilizando curvas de operación característica

tin-American Confer
nf. Series: Journal of Ph

equation (1) enables R_o (r
ncy) and the characteristic fre
ses with tissue heterogeneity. I
ped is relatively homogeneous
eters that allow the character
ity of the intracellular matrix.
characteristic frequency (F_c) re
ties of R_o and F_c change at th
s (2)



UNIVERSIDAD DE
MANIZALES®



FUNDACIÓN
ACADEMIA
DE DIBUJO
PROFESIONAL
Vigilada Mineducación.



R =

Este libro se terminó de
imprimir en Matiz Taller
Editorial en el año 2023
Manizales - Colombia